Nicolás de Condorcet

BOSQUEJO
DE UN CUADRO HISTÓRICO DE LOS PROGRESOS DEL ESPÍRITU HUMANO

CLÁSICOS DE HISTORIA 534

NICOLÁS DE CONDORCET

BOSQUEJO
DE UN CUADRO HISTÓRICO
DE LOS PROGRESOS
DEL ESPÍRITU HUMANO

Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain
(1794)
https://books.google.nl/books?id=rAcUAAAAQAAJ&hl=es

Traducción (revisada) de Domingo Barnés († 1940)
Dos tomos
Colección Universal
Madrid 1921
https://archive.org/details/condorcet-calpe-tomo-i/mode/2up

CLÁSICOS DE HISTORIA 534

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El hombre nace con la facultad de recibir sensaciones; de percibir y distinguir en las que recibe, las sensaciones simples de las que están compuestas; de retenerlas, de reconocerlas, de combinarlas, de conservarlas o de evocarlas en su memoria, relacionando entre sí estas combinaciones; de descubrir lo que tienen de común y lo que las distingue; de atribuir signos a todos estos objetos, para reconocerlos mejor y facilitar nuevas combinaciones con ellos.

Esta facultad se desenvuelve en él por la acción de las cosas exteriores, es decir, por la presencia de ciertas sensaciones compuestas, cuya constancia, sea en la identidad de su conjunto, sea en las leyes de su cambio, es independiente de él. La ejercita igualmente por la comunicación con sus semejantes; en fin, por medios artificiales que los hombres han inventado tras el primer desarrollo de esta misma facultad.

Las sensaciones van acompañadas de placer y de dolor, y el hombre tiene del mismo modo la facultad de transformar estas impresiones momentáneas en sentimientos durables, dulces o penosos; de experimentar estos sentimientos a la vista o al recuerdo de los placeres o los dolores de los otros seres sensibles. En fin: de esta facultad, unida a la de formar y combinar ideas, producen entre él y sus semejantes relaciones de interés y de deber, a las cuales la Naturaleza misma ha querido atribuir la parte más preciosa de nuestra felicidad y los más dolorosos de nuestros males.

Si nos limitamos a observar, a conocer los hechos generales y las leyes constantes que presenta el desenvolvimiento de estas facultades, en lo que hay de común a los diversos individuos de la especie humana, esta ciencia lleva el nombre de Metafísica.

Pero si se considera este mismo desenvolvimiento en sus resultados, en relación con la masa de los individuos que coexisten al mismo tiempo sobre un espacio dado, y si le seguimos de generación en generación, presenta entonces el cuadro de los progresos del espíritu humano. Este progreso está sometido a las mismas leyes generales que se observan en el desenvolvimiento individual de nuestras facultades, puesto que es el resultado de este desenvolvimiento, considerado al mismo tiempo en un gran número de individuos reunidos en sociedad. Pero los resultados que cada instante presenta dependen del que ofrecen los instantes precedentes e influye sobre los tiempos venideros.

Este cuadro es, pues, histórico, puesto que, sometido a perpetuar variaciones, se forma por la observación sucesiva de las sociedades humanas en las diferentes épocas que han recorrido. Debe presentar el orden de dos cambios, exponer el influjo que ejerce cada instante sobre el que le reemplaza, y mostrar así, en las modificaciones que ha recibido la especie humana, renovándose sin cesar en medio de la inmensidad de los siglos, la marcha que ha seguido y los pasos que ha dado hacia la verdad o la felicidad. Estas observaciones sobre lo que el hombre ha sido y sobre lo que hoy es, conducirán inmediatamente a los medios de asegurar y de acelerar los nuevos progresos que su naturaleza le permite esperar todavía.

Tal es la bella empresa que he emprendido y cuyo resultado será mostrar por el razonamiento y por los hechos que no hay marcado ningún término al perfeccionamiento de las facultades humanas; que la perfectibilidad del hombre es realmente indefinida; que los progresos de esta perfectibilidad, independientes de todo poder que quisiera detenerlos, no tiene ningún otro término que la duración del globo en que nos ha lanzado la Naturaleza. Sin duda que estos progresos podrán seguir una marcha más o menos rápida, pero jamás será retrógrada; al menos en tanto que la tierra ocupe el mismo lugar en el sistema del universo, y que las leyes generales de este sistema no

produzcan sobre este globo un desquiciamiento general o cambios que no permitan ya a la especie humana conservar y desplegar las mismas facultades o encontrar los mismos recursos.

El primer estado de civilización en que ha sido observada la especie humana es el de una sociedad poca numerosa de hombres que vivían de la caza o de la pesca, que no conocían sino el grosero arte de fabricar sus armas y algunos utensilios del menaje, de construir o abrirse viviendas, pero que tenían ya una lengua para comunicarse sus necesidades y un pequeño número de ideas morales de las que deducen reglas comunes de conducta; vivían en familias, se conformaban con usos generales que desempeñaban el papel de leyes, y aun tenían una forma grosera de gobierno.

Se comprende que la incertidumbre y la dificultad de proveer a su subsistencia, la alternativa necesaria entre una fatiga extrema y un reposo absoluto, no dejen al hombre este ocio en el que, abandonándose a sus ideas, puede enriquecer su inteligencia con nuevas combinaciones. Los medios de satisfacer sus necesidades son también demasiado dependientes del azar y de las estaciones para excitar útilmente una industria cuyos progresos puedan transmitirse, y cada uno se limita a perfeccionar su habilidad o su destreza personal.

Así, los progresos de la especie humana debieron entonces ser muy lentos; no podían realizarse sino de tarde en tarde y cuando era favorecida por circunstancias extraordinarias. Sin embargo, a la subsistencia derivada de la caza, de la pesca o de los frutos ofrecidos espontáneamente por la tierra, vemos suceder la alimentación proporcionada por animales que el hombre ha reducido al estado de domesticidad y que él sabe conservar y multiplicar. A estos medios se une después una agricultura grosera; no se contenta ya con los frutos o las plantas que encuentra; aprende a hacer provisiones, a acumularlas a su alrededor, a sembrarlas o plantarlas y a favorecer su reproducción por el cultivo.

La propiedad, que en el primer estado se limitaba a la de los animales que él mataba, a la de sus armas, sus redes y sus utensilios domésticos, llegó a ser, primeramente la de sus rebaños, y después la de la tierra que ha roturado y que cultiva. A la muerte del jefe, esta propiedad se transmite, naturalmente, a la familia. Algunos poseen algo excedente susceptible de ser conservado. Si es absoluto, hace nacer nuevas necesidades; si no hay lugar sino para una sola cosa, mientras se experimenta la privación de otra, esta necesidad da la idea de los cambios; desde ese momento las relaciones morales se complican y se multiplican. Una seguridad mayor y un ocio más seguro y más constante, permiten consagrarse a la meditación, o, al menos, a una observación continuada. Se introduce el uso, por parte de algunos individuos, de dar algo de lo superfluo a cambio de un trabajo que le sirve para libertarse de él. Existe, pues, una clase de hombres cuyo tiempo no es absorbido por una labor corporal, y cuyos deseos se extienden más allá de sus simples necesidades.

La industria se despierta; las artes ya conocidas se extienden y se perfeccionan; los hechos que el azar presenta a la observación del hombre más atento y más ejercitado hacen florecer artes nuevas; la población aumenta a medida que los medios de vivir se hacen menos peligrosos y menos precarios; la agricultura, que puede mantener un mayor número de individuos sobre el mismo terreno, reemplaza a las otras fuentes de subsistencia; se favorece así esta multiplicación, la cual acelera recíprocamente sus progresos; las ideas adquiridas se comunican más prontamente y se perpetúan más seguramente en una sociedad que se ha hecho más sedentaria, más compacta, más íntima. Ya comienza a alborear la aurora de las ciencias; el hombre se muestra separado de las otras especies de animales, y no parece ya limitado, como ellos, a un perfeccionamiento puramente individual.

Las relaciones más extendidas, más abundantes, más complicadas, que los hombres entablan entre sí, les hacen experimentar la necesidad de tener un medio de comunicar sus ideas a las personas ausentes, de perpetuar la memoria de un hecho con más precisión que por la tradición oral, de fijar las condiciones de una convención de modo más seguro que por el recuerdo de los testigos, de comprobar de un modo menos sujeto a cambios estas costumbres repetidas, a los cuales han convenido en someter sus costumbres los miembros de una misma sociedad.

Se sintió, pues, la necesidad de la escritura y fue inventada. Parece que fue en un principio una verdadera pintura a la cual sucedió una pintura convencional que no conserva sino los rasgos característicos de los objetos. Después, por una especie de metáfora análoga a la que ya se había introducido en el lenguaje, la imagen de un objeto físico expresó ideas morales. El origen de estos signos, como el de las palabras, debió olvidarse a la larga, y la escritura se convirtió en el arte de atribuir un signo convencional a cada idea, a cada palabra, y, por consiguiente, a cada modificación de las ideas y de las palabras.

Entonces se tuvo una lengua escrita y una lengua hablada que era preciso igualmente aprender, y entre las cuales era preciso establecer una correspondencia recíproca.

Hombres de genio, bienhechores eternos de la humanidad, cuyos nombres, incluso el de su misma patria, han sido enterrados por siempre en el olvido, observaron que todas las palabras de una lengua no eran sino combinaciones de una cantidad muy limitada de articulaciones primeras; que el nombre de éstas, aunque muy limitado, bastaba para formar un número casi infinito de combinaciones diversas. Imaginaron designar, por signos visibles, no las ideas o las palabras que a ellas responden, sino los elementos simples de que las palabras están compuestas.

Desde entonces fue conocida la escritura alfabética; un pequeño número de signos bastó para decirlo todo. La lengua escrita fue la misma que la lengua hablada; no tuyo necesidad sino de saber reconocer y formar otros signos poco numerosos, y este último paso asegura para siempre los progresos de la especie humana.

Quizá fuera útil hoy instituir una lengua escrita que, reservada únicamente para las ciencias, no expresando sino esas combinaciones de ideas simples, que vuelven a encontrarse casi exactamente las mismas en todos los espíritus, y no empleándose sino para razonamientos de un rigor lógico, para operaciones del entendimiento precisas y calculadas, fuese extendida por los hombres de todos los países y se tradujese en todos sus idiomas, sin poder alterarse como ellos al pasar al uso común.

Entonces, por una evolución singular, este mismo género de escritura, cuya conservación no hubiese servido sino para prolongar la ignorancia, se convertiría, en manos de la filosofía, en un instrumento útil para la rápida propagación de las luces y para el perfeccionamiento del método de las ciencias.

Entre este grado de civilización y el que tienen aún los pueblos salvajes, se han encontrado todos los pueblos cuya historia se ha conservado hasta nuestros días, y que tan pronto haciendo nuevos progresos como volviendo a sumergirse en la ignorancia; tan pronto perpetuándose entre estas alternativas o deteniéndose en un momento determinado; tan pronto desapareciendo de la tierra bajo la planta de los conquistadores, confundiéndose con los vencidos o subsistiendo en la esclavitud; tan pronto, en fin, vertiendo cultura de un pueblo más ilustrado para transmitirla a otras naciones, forman una cadena no interrumpida entre el comienzo de los tiempos históricos y el siglo en que vivimos entre las primeras naciones conocidas y los pueblos actuales de Europa.

Se pueden, por tanto, observar ya tres partes bien distintas en el cuadro que me he propuesto trazar.

En la primera, en la que las narraciones de los viajeros nos muestran el estado de la especie humana en los pueblos menos civilizados, nos vemos reducidos a adivinar por qué grados el hombre aislado, o, mejor dicho, limitado a la asociación necesaria para reproducirse, ha podido adquirir estos primeros perfeccionamientos cuyo primer término es el uso de un idioma articulado; el matiz más señalado e incluso único que, con algunas ideas morales más extensas y un débil principio de orden social, hace entonces que se diferencie de los animales que viven como él, en sociedad regular y duradera. Así, no podemos tener aquí otro guía que las observaciones sobre el desarrollo de nuestras facultades.

En seguida, para llevar el hombre el punto en que ejerce las artes, en que ya la voz de las ciencias comienza a alumbrarle, en que el comercio une las naciones y en que, por fin, la escritura alfabética es inventada, podemos unir a esta primera guía la historia de las diversas sociedades que han sido observadas en casi todos los grados intermedios, a pesar de que no se puede seguir ninguna en todo el espacio que separa estas dos grandes épocas de la especie humana.

Aquí el cuadro empieza a apoyarse, en gran parte, en la sucesión de los hechos que la Historia nos ha transmitido, pero es preciso escogerlos en la de los diferentes pueblos, relacionados y combinados para deducir la historia hipotética de un pueblo único y formar el cuadro de sus progresos.

Desde la época en que la escritura alfabética ha sido conocida en Grecia, la historia se une a nuestro siglo y al estado actual de la especie humana en los países más ilustrados de Europa por una serie no interrumpida de hechos y de observaciones, y el cuadro de la marcha y de las progresos del espíritu humano se hace verdaderamente histórico. La filosofía no tiene ya nada que adivinar; ya no tiene que hacer más combinaciones hipotéticas; es suficiente reunir, ordenar los hechos y mostrar las verdades útiles que nacen de su encadenamiento y de su conjunto.

No quedaría, por fin, mas que un último cuadro por trazar, el de nuestra esperanza, el de los progresos que son reservados a las generaciones futuras y que la constancia de las leyes de la Naturaleza parece asegurarlos. Sería preciso mostrar por qué grados, lo que nos podría parecer actualmente una esperanza quimérica, debe sucesivamente hacerse posible, incluso fácil; el por qué a pesar de los éxitos pasajeros, de los perjuicios y el apoyo que recibe de la corrupción de los gobiernos o de los pueblos, la verdad sólo debe tener un tiempo duradero; por qué lazos la Naturaleza ha unido indisolublemente los progresos de las luces y los de la libertad, de la virtud y del respeto hacia los derechos naturales del hombre; cómo estos únicos bienes reales, frecuentemente tan separados que se les ha creído incluso incompatibles, deben, por el contrario, hacerse inseparables desde el momento mismo en que las luces hayan alcanzado un cierto límite en un mayor número de naciones a la vez y hayan penetrado la masa entera de un gran pueblo, cuyo idioma estuviese universalmente extendido y cuyas relaciones comerciales abarcasen toda la extensión del globo. Si se hubiese operado esta unión en la clase entera de los hombres ilustrados, no se encontraría entre ellos sino amigos de la humanidad, ocupados de consuno en acelerar el perfeccionamiento y la felicidad.

Expondremos el origen y trazaremos la historia de los errores generales han retardado o suspendido, más o menos, la marcha de la razón que a menudo, incluso han hecho retroceder al hombre a la ignorancia tanto como los acontecimientos políticos.

Los procesos del entendimiento que nos conducen al error o que nos mantienen en él, desde el sutil paralogismo, que puede sorprender al hombre más ilustrado, hasta los sueños de la demencia, no pertenecen menos que el método de razonar bien o el de descubrir la verdad, a la teoría del desarrollo de las facultades individuales; y, por la misma razón, la forma en que los errores generales se introducen en los pueblos, se propagan, se transmiten y se perpetúan en ellos, forma parte del cuadro histórico de los progresos del espíritu humano. Al igual que las verdades que lo perfeccionan y que lo ilustran, son la consecuencia necesaria de su actividad, de ésta desproporción siempre existente entre lo que conoce, lo que tiene el deseo y lo que cree tener necesidad de conocer.

Se puede incluso observar que, según las leyes generales del desarrollo de nuestras facultades, han debido nacer ciertos prejuicios en cada época de nuestros progresos, pero para extender mucho más allá su seducción o su imperio. Porque los hombres conservan aún los errores de su infancia, los de su pueblo y los de su siglo mucho tiempo después de reconocer todas las verdades necesarias para destruirlos.

En fin, en todos los países y en todos los tiempos hay prejuicios diferentes, según el grado de instrucción de las diversas clases de hombres, así como según sus profesiones. Si los prejuicios de

los filósofos estorban a los nuevos progresos de la verdad, los de las clases menos ilustradas retrasan la propagación de las verdades ya conocidas, y las de ciertas profesiones acreditadas o poderosas oponen obstáculos a estas verdades; son tres clases de enemigos que la razón se ve obligada a combatir incesantemente, y de los cuales no triunfa muchas veces más que después de una lucha larga y penosa. La historia de estos combates, la del nacimiento, el triunfo y la caída de los prejuicios, ocupará, por lo tanto, un gran lugar en esta obra y no será la parte menos importante ni la menos útil de ella.

Si existe la ciencia de prever los progresos de la especie humana, de dirigirlos y de acelerarlos, la historia de los que ya ha realizado debe ser su punto de partida.

La filosofía ha debido proscribir sin duda la superstición, según la cual las reglas de conducta no podían encontrarse más que en las historia de los siglos pasados, y las verdades más que en el estudio de las verdades antiguas. ¿Acaso no debe incluir en la misma proscripción el prejuicio según el cual se rechazarían con orgullo las lecciones de la experiencia? Sin duda, la meditación puede, por felices combinaciones, llevarnos a las verdades generales de la ciencia del hombre. Pero si la observación de los individuos de la especie humana es útil al metafísico y al moralista, ¿por qué la de las sociedades le había de ser menos útil? ¿Por qué no había de serle útil al filósofo político? Si es útil observar las diversas sociedades que existen simultáneamente y estudiar sus relaciones, ¿por qué no lo sería el observarlas también en la sucesión del tiempo? Suponiendo incluso que estas observaciones puedan ser despreciadas en la investigación de las verdades especulativas, ¿deben serlo cuando se trata de aplicar estas verdades a la práctica y deducir de la ciencia el arte, que debe ser su resultado útil? Nuestros prejuicios y los males que de ellos se deducen, ¿no tienen su origen en los prejuicios de nuestros antepasados? Uno de los medios más seguros de desengañarnos de los unos y de prevenirse de los otros, ¿no es el de desenvolver su origen y sus efectos?

¿Hemos llegado al punto en que no tengamos ya que temer ni nuevos errores ni la vuelta de los antiguos; en que ninguna institución corruptora no puede ya ser presentada por la hipocresía y adoptada por la ignorancia o por el entusiasmo, y en que ninguna combinación viciosa no puede hacer ya la desgracia de ninguna gran nación? ¿Será acaso inútil el saber cómo han sido engañados los pueblos, corrompidos o sumergidos en la miseria?

Todo nos dice que tocamos la época de una de las grandes revoluciones de la especie humana. ¿Qué nos podría alumbrar mejor sobre lo que debemos esperar de ella; qué es lo que nos puede ofrecer una guía más segura para conducirnos en medio de sus movimientos que el cuadro de las revoluciones que la han precedido y preparado? El estado actual de las luces nos garantiza que será afortunada; pero no será esto sino a condición de que sepamos utilizar todas nuestras fuerzas; y para que la dicha que promete sea comprada a menos precio; para que se extienda con una rapidez en un mayor espacio y para que sea más completa en sus efectos, ¿no tenemos necesidad de estudiar en la historia del espíritu humano qué obstáculos nos quedan que temer y qué medios tenemos de salvarlos?

Dividiré en nueve grandes épocas el espacio que me propongo recorrer, y me atreveré en una décima época a arriesgar algunas hipótesis sobre los destinos futuros de la especie humana.

Me limitaré a presentar aquí los principales rasgos que caracterizan cada una de ellas; no expondré más que los conjuntos, sin detenerme ni en las ocupaciones ni en los detalles.

Indicaré los objetos y los resultados, de los cuales la obra misma ofrecerá los desarrollos y las pruebas.

PRIMERA ÉPOCA
Los hombres viven reunidos en agrupaciones.

Ninguna observación directa nos instruye sobre lo que ha precedido a este estado; y únicamente examinando las facultades intelectuales y morales, y la constitución física del hombre, es como se puede conjeturar la forma como se ha elevado hasta este primer grado de civilización. Las observaciones sobre aquellas cualidades físicas que pueden favorecer la primera formación de la sociedad, un análisis somero del desarrollo de nuestras facultades intelectuales o morales, deben, por lo tanto, servir de introducción al cuadro de esta época. Una sociedad familiar parece ser natural en el hombre. Formada primero por la necesidad que los niños tienen de sus progenitores, por la ternura de las madres, por la de los padres aunque menos general y menos viva, y la larga duración de esta necesidad, ha dado el tiempo necesario para el nacimiento y el desarrollo de un sentimiento que ha debido inspirar el deseo de perpetuar esta asociación. Su misma duración bastó para hacer notar sus ventajas. Una familia situada en un terreno que ofrecía una fácil subsistencia pudo multiplicarse rápidamente, llegar a constituir una tribu.

Las tribus que hayan tenido por origen la reunión de varias familias antes separadas, han debido formarse más tarde y más lentamente, puesto que la reunión depende entonces de motivos menos apremiantes y de la combinación de un mayor número de circunstancias.

El arte de fabricar armas, de preparar los alimentos, de procurarse los utensilios necesarios para esta preparación, el de conservar estos mismos alimentos durante algún tiempo y el de hacer provisiones para las estaciones en que sea imposible obtenerlos, estas artes, consagradas a las necesidades más sencillas, fueron el primer fruto de una reunión prolongada y el primer carácter que distinguió la sociedad humana de varias especies de animales.

En algunas de estas agrupaciones, las mujeres cultivan alrededor de las cabañas algunas plantas nutritivas y que suplementan el producto de la caza y de la pesca. En otras, formadas en los lugares en que la tierra ofrece espontáneamente un alimento vegetal, el cuidado de buscarlo y de recogerlo ocupa una parte del tiempo de los salvajes. En estas últimas, en que la utilidad de permanecer unidos se ha de hacer sentir menos, se ha podido observar la civilización reducida casi a la simple sociedad de familias. Sin embargo, en todas partes se ha comprobado el uso de un idioma articulado.

Las relaciones más frecuentes y más duraderas con los mismos individuos; la identidad de sus intereses; los socorros mutuos que se prestaban, ya en las cacerías comunes, ya para resistir a un enemigo, han debido producir igualmente el sentimiento de justicia y afecto mutuo entre los miembros de la sociedad. Pronto, bien pronto, este afecto se transformó en una adhesión a la sociedad misma.

Un odio violento, un deseo inextinguible de venganza contra los enemigos de la agrupación fue la consecuencia necesaria.

La necesidad de un jefe, a fin de poder actuar colectivamente, ya para defenderse, ya para procurarse una subsistencia más segura y más abundante, introdujo en estas sociedades las primeras ideas de una autoridad pública. En aquellas circunstancias en que la agrupación estaba interesada, en que debía tomar una resolución común, todos aquellos que tenían que ejecutarla debían ser consultados. La debilidad de las mujeres, que las excluía de las cacerías lejanas y de la guerra, objetos ordinarios de esas deliberaciones, hizo que se prescindiese de ellas en las deliberaciones. Como estas resoluciones exigían experiencia, no admitían más que aquellos a quienes se les podía suponer. Las disputas que surgían en el seno de una misma sociedad turbaban su armonía, podían

destruirla, y era natural convenir en que la decisión sería confiada a aquellos que por su edad y por sus cualidades personales inspiraban más confianza. Tal fue el origen de las primeras instituciones políticas.

La formación de un idioma ha debido preceder a estas instituciones. La idea de expresar los objetos por signos convencionales, parece superior a lo que era la inteligencia humana en ese estado de civilización; pero es muy verosímil que estos signos no hayan sido introducidos en el uso más que a fuerza de tiempo, por grados y de una manera hasta cierto punto imperceptible.

El invento del arco ha sido la obra de un hombre de genio; la formación de un idioma fue la de una sociedad entera. Estas dos clases de progreso pertenecen igualmente a la especie humana.

Uno de ellos, más rápido, es el fruto de las nuevas combinaciones que los hombres favorecidos de la Naturaleza tienen el poder de formar; es el precio de su meditación y de sus esfuerzos. El otro, más lento, nace de las reflexiones y de las observaciones que se presentan a todos los hombres, e incluso de las costumbres que contraen en el curso de su vida común.

Los movimientos mesurados y regulares se ejecutan con menos fatiga. Los que los ven y los oyen sorprenden el orden o sus relaciones con más facilidad. Son, por lo tanto, por esta doble razón, una fuente de placer; así, el origen del baile, de la música y de la poesía, se remonta a la primera infancia de la sociedad. La danza se emplea en ella para la diversión de la juventud y en las fiestas públicas; se encuentran en ella canciones de amor y cantos de guerra; se sabe incluso fabricar algunos instrumentos de música. El arte de la elocuencia no es absolutamente desconocido en estas agrupaciones; por lo menos, se sabe adoptar en los discursos solemnes un tono más grave y más elevado. E incluso, como consecuencia, la exageración oratoria no es del todo extraña.

La venganza y la crueldad, con respecto a los enemigos, erigidas en virtud; la opinión, que condena a las mujeres a una especie de esclavitud, el derecho de mandar en la guerra, considerado como la prerrogativa de una familia, y, en fin, las primeras ideas de las diversas clases de supersticiones, tales son las errores que distinguen a esta época y de los que será preciso buscar el origen y desarrollar los motivos. Porque el hombre no adopta sin razón el error que su primera educación ha hecho en él natural. Si recibe uno nuevo, es porque está ligado a los errores de su infancia; es porque sus intereses, sus pasiones, sus opiniones o sus acontecimientos le han dispuesto a recibirlas.

Algunos groseros conocimientos de astronomía y los de algunas plantas medicinales empleadas para curar las enfermedades o las heridas, son las únicas ciencias de los salvajes, y aun están corrompidas por una mezcla de superstición.

Pero esta misma época nos presenta aún un hecho importante en la historia del espíritu humano. Se puede observar en ella los primeros rastros de una institución que ha ejercido en su marcha influjos opuestos, acelerando al progreso de las luces, al mismo tiempo que extendía el error, enriqueciendo la ciencia con verdades nuevas, pero precipitando al pueblo en la ignorancia y en la servidumbre religiosa, y haciendo comprar algunos beneficios pasajeros con una larga y vergonzosa tiranía.

Entiendo con esto la formación de una clase de hombres depositarios de los principios de las ciencias o de los pensamientos, de las artes, de los misterios o de las ceremonias de la religión, de las prácticas de la superstición, y a menudo, incluso de los secretos de la legislación y de la política; me refiero a esta separación de la especie humana en dos partes: una, destinada a enseñar; la otra hecha para creer. Una, escondiendo orgullosamente lo que se vanagloria de saber; otra recibiendo con respeto lo que se digna revelarle. Una queriendo elevarse por encima de la razón; la otra renunciando humildemente a la suya, rebajándose por bajo de la humanidad y reconociendo a otros hombres prerrogativas superiores a su común naturaleza.

Esa distinción, de la que al final del siglo XVIII nuestros sacerdotes nos ofrecen aún las supervivencias, se encuentra entre los salvajes menos civilizados, que tienen ya sus brujos y sus

charlatanes. Es demasiado general; se le encuentra con demasiada constancia en todas las épocas de la civilización para que no tenga un fundamento en la naturaleza misma. De esta forma encontramos en lo que eran las facultades del hombre, en estos primeros tiempos de las sociedades, las causas de la credulidad en los primeros engaños, como la de la grosera habilidad de los primeros impostores.

SEGUNDA ÉPOCA
Los pueblos pastores.
Paso de este estado al de los pueblos agricultores.

La idea de conservar los animales cogidos en la caza debió presentarse fácilmente cuando la dulzura de los animales hizo fácil su guarda; cuando el terreno de las viviendas les proporcionaba una alimentación abundante; cuando la familia tenía sobrantes y cuando podía temer verse reducida a la escasez por el mal éxito de otras cacerías o por la intemperie de las estaciones.

Después de haber guardado estos animales como una simple provisión, se observó que podían multiplicarse y ofrecer por este medio un recurso más duradero. Su leche presentaba otro recurso, y estos productos de un rebaño, que al principio no eran más que un suplemento al de la caza, llegaron a ser un medio de subsistencia más seguro, más abundante y menos penoso. La caza cesó, por lo tanto, de ser el primero, y en seguida incluso de ser contada en el número de estos medios. Ya no fue conservada más que como un placer, como una precaución necesaria para alejar los animales salvajes de los rebaños, que, habiendo llegado a ser más numerosos, ya no podían encontrar un alimento suficiente en las cercanías de las viviendas.

Una vida más sedentaria, menos fatigosa, ofreció un asueto favorable al desarrollo del espíritu humano. Seguros de su subsistencia, no se inquietaron ya por sus primeras necesidades, y los hombres buscaron sensaciones nuevas en los medios de procurársela,

Las artes hicieron algunos progresos; se adquirieron algunas luces sobre la de alimentar los animales domésticos, de favorecer su reproducción e incluso la de perfeccionar las especies.

Se aprendió a emplear la lana para los vestidos y a substituir el uso de las pieles por el de los tejidos.

La sociedad en las familias se hizo más dulce sin perder intimidad. Como los rebaños de cada una de ellas no podían multiplicarse con igualdad, se estableció una diferencia de riqueza. Entonces imaginaron repartir el producto de estos rebaños con un hombre que no los tuviere y que debía consagrar su tiempo y sus fuerzas a los cuidados que exigiesen, Entonces se vio que el trabajo de un individuo joven y bien constituido valía más que lo que costaba su subsistencia rigurosamente necesaria, y se tomó la costumbre de guardar los prisioneros de guerra como esclavos, en lugar de degollarlos.

La hospitalidad, que se practica también entre los salvajes, toma entre los pueblos pastores un carácter más pronunciado, más solemne, incluso entre aquellos que vagan en carretas o bajo tiendas. Se ofrecen más frecuentes ocasiones de ofrecerle recíprocamente de individuo a individuo, de familia a familia, de pueblo a pueblo. Este acto de humanidad llegó a ser un deber social y se le sujetó a normas.

En fin: como ciertas familias tenían, no solamente la subsistencia asegurada, sino también una parte superflua constante, y, en cambio, a otros hombres faltaba lo necesario, la compasión natural por sus sufrimientos hizo nacer el sentimiento y el hábito de la beneficencia.

Las costumbres debieron endulzarse; la esclavitud de las mujeres tuvo menos dureza, y la de los ricos cesaron de ir acompañadas de trabajos penosos.

Más variedad en las cosas empleadas para satisfacer las diversas necesidades en los instrumentos que servían para prepararlas, más desigualdad en su distribución, debieron multiplicar los cambios y producir un verdadero comercio; no puede éste extenderse sin hacer sentir la necesidad de una medida común de una especie de moneda.

Las agrupaciones se hicieron más numerosas; al mismo tiempo, a fin de alimentar más fácilmente los rebaños, las habitaciones se separaron más cuando permanecieron fijas, o bien se cambiaron en campamentos móviles cuando los hombres hubieron aprendido a emplear, para llevar o arrastrar los enseres, alguna de las especies animales que habían subyugado.

Cada nación tuvo un jefe para la guerra; pero habiéndose dividido en muchas tribus, por la necesidad de asegurar pastos, cada tribu tuvo también el suyo. Casi en todas partes esta superioridad fue adicta a ciertas familias. Los jefes de familia que tenían numerosos rebaños y muchos esclavos, y que empleaban en su servicio un gran número de ciudadanos más pobres, compartieron la autoridad con los jefes de la tribu, como éstos compartían la de los jefes de la nación; al menos, cuando el respeto debido a la edad, a la experiencia o a las empresas les daba prestigio; y en esta época de la sociedad es en la que es preciso colocar el origen de la esclavitud y de la desigualdad de los derechos políticos entre los hombres llegados a la edad de la madurez.

Fueron los consejos de los jefes de familia o de tribus los que decidían, según la justicia general o de acuerdo con los usos reconocidos, las discusiones cada vez ya más numerosas y más complicadas. La tradición de estos juicios, comprobando los usos y perpetuándolos, formó bien pronto una especie de jurisprudencia más regular, más constante, que, por otra parte, habían hecho más necesarios los progresos de la sociedad. La idea de la propiedad y de sus derechos había adquirido más extensión y precisión. La partición de la herencia, cada vez más importante, tuvo necesidad de ser sometida a reglas fijas. Las convenciones, más frecuentes, no se limitaban a objetos tan simples; tuvieron que ser sometidos a fórmulas; la manera de comprobar su existencia para asegurar la ejecución tuvo también sus leyes.

La utilidad de la observación de las estrellas; la ocupación que ofrecían durante largas veladas; el ocio de que gozaban los pastores, debieron determinar algunos débiles progresos en astronomía.

Pero al mismo tiempo se vio perfeccionarse el arte de engañar a los hombres para despojarles, y de usurpar sobre sus opiniones una autoridad fundada sobre temores y esperanzas quiméricas. Se establecieron cultos más regulares y sistemas de creencias menos groseramente combinadas. Las ideas de las potencias sobrenaturales se refinaron de alguna suerte, y junto a estas opiniones se vieron establecerse aquí príncipes, pontífices, y allá familias o tribus sacerdotales; en otras partes colegios de sacerdotes, pero siempre una clase de individuos que reclamaba insolentes prerrogativas, separándose de los hombres para esclavizarlos mejor, procurando apoderarse exclusivamente de la medicina y de la astronomía para reunir todos los medios de subyugar los espíritus y no dejarles ninguno para desenmascarar su hipocresía y romper sus hierros.

Las lenguas se enriquecieron sin hacerse menos figuradas o menos atrevidas. Las imágenes que emplearon fueron más variadas y más dulces: se las tomó de la vida pastoril, como de la vida de los bosques, de los fenómenos regulares de la Naturaleza, como de su desquiciamiento. El canto, los instrumentos y la poesía se perfeccionaron en un ocio que los sometía a auditorios más pacíficos y más difíciles, que permitía observar sus propios sentimientos, juzgar sus propias ideas y escoger entre ellas.

La observación debió hacer notar que ciertas plantas ofrecían a los rebaños una subsistencia mejor o más abundante; se comprendió la necesidad de favorecer su producción, de separarlas de otras plantas que no proporcionan sino un alimento débil, malsano y aun dañino, y se llegó a encontrar los medios para efectuar esta separación.

Del mismo modo, en los países donde las plantas, los granos, los frutos, espontáneamente ofrecidos por el suelo, contribuían, con los productos de los rebaños, a la alimentación del hombre, se debió observar también cómo éstos vegetales se multiplicaban y se procuraría entonces reunirlos en los terrenos más próximos a las viviendas, separarlos de los vegetales inútiles, para que estos terrenos les perteneciesen por entero y ponerlos al abrigo de los animales salvajes y de los rebaños y aun de la rapacidad de los demás hombres.

Estas ideas debieron nacer también, y aun preferentemente, en los países más fecundos, donde estas producciones espontáneas de la tierra bastaban casi para la subsistencia de los hombres. Estos comenzaron, pues, a consagrarse a la agricultura.

En un país fértil, en un clima dichoso, el mismo espacio de terreno producía, en granos, en frutos, en raíces, más alimentos para los hombres que si se le consagrase a pastos. Así, cuando la naturaleza del suelo no hacía este cultivo demasiado penoso; cuando se hubo descubierto el método de emplear en ella los mismos animales que servían a los pueblos pastores para los viajes o para los transportes; cuando los instrumentos de labor hubieron adquirido alguna perfección, la agricultura llegó a ser la fuente más abundante de subsistencia, la primera ocupación de los pueblos; y el género humano alcanzó su tercera época.

Algunos pueblos han permanecido, desde tiempo inmemorial, en uno de los dos estados que acabamos de recorrer. No solamente no se han elevado ellos a nuevos progresos, sino que las relaciones que han sostenido con los pueblos llegados a un alto grado de civilización, y el comercio que han entablado con ellos, no han podido producir esta revolución. Estas relaciones y este comercio les han proporcionado algunos conocimientos, alguna industria, y sobre todo muchos vicios; pero no han podido sacarles de esta especie de inmovilidad.

El clima, los hábitos, las dulzuras adscritas a esta independencia casi absoluta, que no pueden encontrarse sino en una sociedad más perfeccionada incluso que la nuestra; la adhesión natural del hombre a las opiniones recibidas de la infancia y a los usos de su país; la aversión natural de la ignorancia por toda especie de novedad; la pereza del cuerpo, y sobre todo la del espíritu, que triunfan sobre la curiosidad, tan débil todavía; el imperio que la superstición ejercía ya sobre estas sociedades primeras, tales han sido las causas principales de este fenómeno; pero es preciso agregar a ellas la aridez, la crueldad, la corrupción y los prejuicios de los pueblos civilizados. Estos se mostraban a naciones más poderosos, más ricos, más instruidos, más activos, pero también más viciosos, y sobre todo menos felices que ellas. Con frecuencia habrán sido menos sorprendidos ante la superioridad de estos pueblos, que estaban aterrorizados de la multiplicidad y extensión de sus necesidades, de los tormentos de su avaricia y de las eternas agitaciones de sus pasiones, siempre activas y siempre insaciables. Algunos filósofos han compadecido a estas naciones; otros las han alabado; han llamado sabiduría y virtud a lo que los otros estupidez y pereza.

La cuestión surgida entre ellos se encontrará resuelta en el curso de esta obra. En ella se verá por qué los progresos del espíritu no han ido siempre seguidos de los progresos de las sociedades hacia la felicidad y la virtud; cómo la mezcla de los prejuicios y los errores han podido alterar el bien que debe nacer de las luces, pero que dependen más todavía de su pureza que de su extensión. Entonces se verá que el paso del período tempestuoso y penoso de una sociedad grosera al estado de civilización de los pueblos esclarecidos y libres no es una degeneración de la especie humana, sino una crisis necesaria en su marcha gradual hacia su perfeccionamiento absoluto. Se verá que no es el aumento de las luces, sino su decadencia, lo que ha producido los vicios de los pueblos civilizados, y que, en fin, lejos de corromper nunca a los hombres, las luces los han suavizado cuando no han podido corregirlos o cambiarlos.

TERCERA ÉPOCA
Progresos de los pueblos agricultores hasta la invención de la escritura alfabética.

La uniformidad del cuadro que hasta aquí hemos trazado va a desaparecer bien pronto. No son ya débiles matices los que separarán las costumbres, los caracteres, las opiniones y las supersticiones de los pueblos arraigados en su suelo y perpetuarán casi sin mezcla una primera familia.

Las invasiones, las conquistas, la formación y la ruina de los imperios van bien pronto a mezclar y a confundir las naciones, unas veces dispersándolas sobre un nuevo territorio y otras veces cubriendo a la vez un mismo suelo de pueblos diferentes.

El azar de los acontecimientos vendrá a perturbar sin cesar la marcha lenta, pero regular, de la Naturaleza; a retardarla con frecuencia y a acelerarla algunas veces.

El fenómeno que se observa en una nación, en un determinado siglo, tiene con frecuencia por causa una revolución operada a mil leguas y a diez siglos de distancia, y la noche de los tiempos ha cubierto una gran parte de los acontecimientos cuyos influjos vemos ejercerse sobre los hombres que nos han precedido y algunas veces extenderse sobre nosotros mismos.

Pero es preciso considerar primeramente los efectos de este cambio en una sola nación e independientemente del influjo que las conquistas y la mezcla de los pueblos han podido ejercer.

La agricultura une al hombre con el suelo que cultiva. No sólo tendría que transportar su persona, su familia y sus instrumentos de caza, ni tendría solamente que hacerse preceder por sus rebaños. Los terrenos que no pertenecen a nadie, no le ofrecerían ya subsistencias en su fuga, ni para él mismo ni para los animales que le proporcionan su alimento.

Cada terreno tiene un dueño, a quien pertenecen exclusivamente los frutos. La recolección se eleva por encima de los gastos necesarios para obtener la subsistencia y el sostenimiento de los hombres y de los animales que lo han preparado, y ofrece, por tanto, a este propietario una riqueza anual que no está obligado a comprar por ningún trabajo.

En los dos primeros estados de la sociedad, todos los individuos, todas las familias, al menos, ejercían próximamente todas las artes necesarias. Pero cuando hubo hombres que, sin trabajo, vivieron del producto de su tierra, y otros, de los salarios que les pagaban los primeros; cuando los trabajos se multiplicaron; cuando los procedimientos de las artes se extendieron más y se complicaron, el interés común obligó bien pronto a dividirlos. Se comprendió que la industria de un individuo se perfeccionaba más mientras sobre menos objetos se ejercía; que la mano ejecutaba con más prontitud y precisión un número más reducido de movimientos cuando un largo hábito los había hecho más familiares; que hacía falta menos inteligencia para hacer bien una labor cuando ésta se había repetido con frecuencia.

Así, mientras una parte de los hombres se consagraba a los trabajos del cultivo, otros preparaban sus instrumentos necesarios; la guarda de las bestias, la economía interior y la fabricación de los vestidos se convirtieron igualmente en ocupaciones separadas. Como en las familias que no tenían sino una propiedad poco extensa, uno solo de estos empleos no bastaba para ocupar todo el tiempo disponible de un individuo, muchos de ellos compartieron el trabajo y el salario de un solo hombre. Bien pronto las substancias empleadas en las artes hubieron de multiplicarse; y exigiendo su naturaleza procedimientos diferentes, aquellos que exigían uno análogo formaron géneros separados, a cada uno de los cuales se consagraba una clase particular de

obreros. El comercio se extendió, abarcó un número mayor de objetos y los obtuvo de un territorio mayor, y entonces -se formó otra clase de hombres ocupada únicamente en comprar productos para conservarlos, transportarlos y revenderlos con provecho.

Así, a las tres clases que se podían distinguir ya en la vida pastoril, la de los propietarios, la de los domésticos, incorporados a la familia de los primeros, y, en fin, la de los esclavos, es preciso agregar ahora la de los obreros de toda especie y la de los mercaderes.

Fue entonces, en una sociedad más fija, más compacta y más complicada, donde se sintió la necesidad de una legislación más regular y más extensa; la de determinar con una precisión más rigurosa, sea las penas para los delitos, sea las formas para las correcciones, y la de someter a reglas más severas los medios de comprobar los hechos a que debía aplicarse la ley.

Estos progresos fueron la obra lenta y gradual de la necesidad y de las circunstancias; son algunos pasos más en la ruta que habían seguido ya los pueblos pastores.

En las primeras épocas la educación fue puramente doméstica. Los niños se instruían cerca de su padre, sea en los trabajos comunes, sea en las artes que él sabía ejercer, y recibían de él el pequeño número de tradiciones que formaban la historia de la agrupación o de la familia, las fábulas que se habían perpetuado y el conocimiento de los usos nacionales y de los principios o los prejuicios que debían componer su moral grosera.

Se formaban en la sociedad de sus amigos para el canto, la danza y los ejercicios militares. En la época a que hemos llegado, los niños de las familias más ricas recibieron una especie de educación común, sea en las villas por la conversación de los viejos, sea en la casa de un jefe al cual se unía. Allí es donde se instruían en las leyes del país, en los usos y en los prejuicios y en donde aprendían a cantar los poemas en los que se había encerrado la historia.

El hábito de una vida más sedentaria había establecido entre los dos sexos una mayor igualdad. Las mujeres no fueron ya consideradas como un simple objeto de utilidad, sino como esclavas simplemente, aunque más próximas al dueño. El hombre vio en ellas compañeras, y llegó a comprender lo que podían influir en su felicidad. Sin embargo, aun en los países en que fueron más respetadas, y en donde la poligamia fue proscrita, ni la razón ni la justicia llegaron a una entera reciprocidad en los deberes o en el derecho a separarse, ni a la igualdad en las penas con que se condenaba la infidelidad.

La historia de esta clase de prejuicios y de su influjo sobre la suerte de la especie humana debe entrar en el cuadro que me he propuesto trazar, y nada servirá mejor para mostrar hasta qué punto su felicidad está unida a los progresos de la razón.

Algunas poblaciones permanecieron dispersadas en los campos. Otras se reunieron en villas, que se convirtieron en la residencia del jefe común, designado por un nombre correspondiente a la palabra *rey*; en la de los jefes de tribu que compartían su poder y de los ancianos de cada gran familia. Allí se decidían los asuntos comunes de la sociedad y se juzgaban los negocios particulares. Allí acumulaban sus riquezas más preciosas para sustraerlas a los ladrones, que debieron multiplicarse al mismo tiempo que estas riquezas sedentarias. Cuando las naciones permanecieron dispersas sobre su territorio, el uso determinó un lugar y una época para las reuniones de estos jefes, para las deliberaciones sobre los intereses comunes, para los tribunales que pronunciaban los juicios.

Las naciones que se reconocían un origen común, que hablaban la misma lengua, sin renunciar a hacerse la guerra entre sí, formaron casi siempre una federación más o menos íntima, convinieron en reunirse, sea contra enemigos extranjeros, sea para vengar mutuamente sus injurias, sea para cumplir en común algún deber religioso.

La hospitalidad y el comercio produjeron incluso algunas relaciones constantes entre naciones diferentes por su origen, sus costumbres y su lenguaje, relaciones que el bandidaje y la guerra

interrumpían con frecuencia, pero que reanudaba inmediatamente la necesidad, más fuerte que el amor del pillaje y la sed de la venganza.

El degollar a los vencidos o despojarlos y reducirlos a la esclavitud no formaba ya único derecho reconocido entre las naciones enemigas. Las cesiones de territorio, los rescates y los tributos, substituyeron en parte estas violencias bárbaras.

En esta época, todos los hombres que poseían armas eran soldados; el que las tenía mejores, había podido ejercitarse más en su manejo, o podía proporcionárselas a los demás con tal de que les siguieran en la guerra; el que por las provisiones que había reunido se encontraba en estado de subvenir a sus necesidades se convertía necesariamente en un jefe; pero esta obediencia casi voluntaria no llevaba consigo una dependencia servil.

Como había raras veces necesidad de hacer leyes nuevas; como no había gastos públicos a los que los ciudadanos se viesen obligados a contribuir, y si eran necesarios, bastaban para satisfacerlos los bienes de los jefes o las tierras comunales; como era desconocida la idea de dificultar mediante reglamentos la industria y el comercio; como la guerra ofensiva era decidida por el consentimiento general, o la hacían únicamente aquellos a quienes el amor a la gloria y el gusto del pillaje arrastraba a ella voluntariamente, el hombre se creía libre en sus toscos gobiernos, a pesar de la herencia casi general de los primeros jefes o de los reyes, y la prerrogativa, usurpada por otros jefes inferiores, de compartir la autoridad política y ejercer las funciones del gobierno, como las de la magistratura.

Pero con frecuencia se entregaba un rey a venganzas personales, a actos arbitrarios de violencia; con frecuencia, en estas familias privilegiadas, el orgullo, el odio hereditario, los furores del amor y la sed del oro multiplicaban los crímenes, mientras que los jefes, reunidos en las villas, instrumentos de las pasiones de los reyes, excitaban las facciones, y las guerras civiles oprimían al pueblo con juicios inicuos, le atormentaban con los crímenes de su ambición, así como por sus latrocinios.

En gran número de naciones los excesos de estas familias fatigaron la paciencia de los pueblos; fueron aniquiladas, expulsadas o sometidas a la ley común; y se vio establecerse las que se han llamado luego repúblicas.

Por otra parte, estos reyes, rodeados de satélites, porque tenían armas y tesoros que distribuirles, ejercieron una autoridad absoluta; tal fue el origen de la tiranía.

En otras regiones, sobre todo en aquellas en que las pequeñas naciones no se reunieron en las villas, se conservaron las primeras formas de estas constituciones groseras, hasta el momento en que se vio a estos pueblos caer bajo el yugo de un conquistador o, arrastrados por el espíritu de bandidaje, extenderse sobre un territorio extranjero.

Esta tiranía, confinada en un espacio demasiado pequeño, no podía tener sino una duración corta. Los pueblos sacudieron bien pronto este yugo impuesto por la fuerza solamente, y que la opinión misma no podía mantener. Al monstruo se le veía desde demasiado cerca para no inspirar más horror que temor, y la fuerza común de la opinión no puede forjar cadenas durables si los tiranos no extienden su imperio a una distancia bastante grande para poder ocultar a la nación que oprimen, dividiéndola, el secreto de su potencia y de su debilidad,

La historia de la república pertenece a la época siguiente; pero la que nos ocupa va a presentarnos un espectáculo nuevo. Un pueblo agricultor, sometido a una nación extraña, no abandona sus hogares: la necesidad le obliga a trabajar para sus dueños.

Unas veces la nación dominadora se contenta con dejar sobre el territorio conquistado jefes para gobernarlo, soldados para defenderlo y sobre todo para contener a los habitantes y exigir a los súbditos sometidos y desarmados un tributo en moneda o en especie; otras veces se apodera del territorio mismo, distribuye su propiedad entre los soldados y los capitanes; pero entonces adscribe a cada tierra al antiguo colono que la cultivaba, y le somete a este nuevo género de servidumbre,

regulada por leyes más o menos rigurosas. Un servicio militar y un tributo son, para los individuos del pueblo conquistado, la condición adscrita al goce de estas tierras.

Otras veces se reserva la propiedad misma del territorio, y no distribuye sino el usufructo, imponiéndole las mismas condiciones. Casi siempre las circunstancias hacen emplea a la vez estas tres maneras de recompensar los instrumentos de la conquista y de despojar a los vencidos.

De aquí que veamos nacer clases nuevas de hombres: los descendientes del pueblo y los del pueblo oprimido; una nobleza hereditaria que no debe confundirse con el patriciado de las repúblicas; un pueblo condenado a los trabajos, a la dependencia y a la humillación, sin llegar a la esclavitud; en fin: esclavos de la gleba distinguidos de los esclavos domésticos, y cuya servidumbre, menos arbitraria, puede oponer la ley a los caprichos de sus dueños.

Aquí también todavía puede observarse el origen del feudalismo, que no ha sido un azote particular de nuestros climas, sino que se le ha encontrado sobre todo el globo en las mismas épocas de la civilización y siempre que un mismo territorio ha sido ocupado por dos pueblos entre los que había establecido la victoria una desigualdad hereditaria.

El despotismo, en fin, fue también el fruto de la conquista. Entiendo aquí por despotismo, para distinguirlo de las tiranías pasajeras, la opresión de un pueblo por un solo hombre que le domina por la opinión, por el hábito, sobre todo por una fuerza militar sobre los individuos del cual ejerce una autoridad arbitraria, pero viéndose obligado a respetar sus prejuicios, a halagar sus caprichos y a acariciar su avidez y su orgullo.

Inmediatamente, rodeado de una porción numerosa y escogida de esta fuerza armada de la nación conquistadora o extranjera ante la masa de los individuos; rodeado de los jefes más poderosos de la milicia; conservando las provincias mediante generales que tienen a sus órdenes porciones más débiles de este mismo ejército, domina por el terror, y nadie, en este pueblo abatido o entre estos pueblos dispersos y rivales uno de otro, concibe la posibilidad de oponer otras fuerzas a aquellas de que él dispone y que no pudieran aplastar éstas.

Un levantamiento de la guardia, una sedición de la capital pueden ser funestas para el déspota, pero sin debilitar el despotismo. El general de un ejército victorioso puede, destruyendo una familia consagrada por el prejuicio, fundar una dinastía nueva; pero es para ejercer la misma tiranía.

En esta tercera época, los pueblos que no han experimentado todavía la desgracia ni de ser conquistados ni de ser conquistadores, nos ofrecen estas virtudes simples y fuertes de las naciones agrícolas y estas costumbres de los tiempos heroicos; y una mezcla de generosidad y de barbarie forman un cuadro tan atractivo, que nos seduce todavía, hasta el punto de admirarlo y de despertar en nosotros añoranzas.

El cuadro que se observa en los imperios fundados por los conquistadores nos presenta, por el contrario, todos los matices del envilecimiento y de la corrupción a que el despotismo y la superstición pueden conducir a la especie humana. Allí se ven nacer los tributos a la industria y al comercio, las exacciones que llevan a comprar el derecho de emplear sus facultades a voluntad, las leyes que dificultan al hombre en la elección de su trabajo y en el uso de su propiedad, las que ligan a los niños a la profesión de sus padres, las confiscaciones y los suplicios atroces; en una palabra: todo lo que el menosprecio de la especie humana ha podido inventar de actos arbitrarios, de tiranías legales y de atrocidades supersticiosas.

Se puede notar que, en los pueblos que no han podido demostrar grandes revoluciones, los progresos de la civilización se han detenido en un término muy poco elevado. Los hombres experimentan allí, sin embargo, estas necesidades de ideas o de sensaciones nuevas, primer móvil de los progresos del espíritu humano, que produce igualmente el gusto por las superfluidades del lujo, aguijón de la industria, y la curiosidad penetrante de un ojo ávido de levantar el velo con que la Naturaleza ha cubierto sus secretos. Pero ocurre casi por todas partes que, para escapar a esta necesidad, los hombres han buscado, han adoptado con una especie de furor medios físicos de

procurarse sensaciones que puedan renovarse sin cesar; tal es el hábito de los licores fermentados, de las bebidas calientes, del opio y el tabaco. Hay pocos pueblos en los que no se observe uno de estos hábitos, en los que nace un placer que llena los días enteros o se repite a todas horas, que impide sentir el peso del tiempo, satisface la necesidad de estar ocupado o despierto, acaba por enmohecerlo y prolonga para el espíritu humano la duración de su infancia y de su inactividad; y estos mismos hábitos, que han sido un obstáculo para los progresos de las naciones ignorantes o esclavizadas, se oponen todavía, en los países esclarecidos, a que la verdad esparza en todas las clases sociales una luz igualmente pura.

Exponiendo lo que fueron las artes en las dos primeras épocas de la sociedad, se hará ver cómo a las que trabajaban la madera, la piedra o los huesos de los animales, y a las que preparaban las pieles y formaban los tejidos, estos pueblos primitivos pudieron unir las artes más difíciles de los tintes, la cerámica y aun los comienzos de los trabajos en metales.

Los progresos de estas artes hubieron de ser lentos en las naciones aisladas; pero las comunicaciones, aun las más débiles, que se establecieron entre ellas, aceleraron la marcha. Un procedimiento nuevo, descubierto en un pueblo, se hizo común a sus vecinos. Las conquistas, que tantas veces han destruido las artes, comenzaron por extenderlas y sirvieron a su perfeccionamiento antes de paralizarlas o de contribuir a su caída.

Se ven muchas de estas artes llevadas al más alto grado de perfección en los pueblos en que el largo influjo de la superstición y del despotismo ha consumado la degradación de todas las facultades humanas. Pero, si se observan los progresos de esta industria servil, no se verá nada que anuncie los beneficios del genio; todos los perfeccionamientos parecen la obra lenta y penosa de una larga rutina; por todas partes, al lado de esta industria que nos asombra, se aperciben trazas de ignorancia y de estupidez, que nos descubren el origen.

En las sociedades sedentarias y pacíficas, la Astronomía, la Medicina, las nociones más simples de Anatomía, el conocimiento de los minerales y las plantas, y los primeros elementos del estudio de los fenómenos de la Naturaleza se perfeccionaron, o, más bien, se extendieron por el solo efecto del tiempo, que, multiplicando las observaciones, conducía de una manera lenta pero segura a apoderarse fácilmente y casi al primer golpe de vista de algunas de las consecuencias generales a que debían conducir estas observaciones.

Sin embargo, estos progresos fueron muy débiles; y las familias hubieran permanecido mucho más tiempo en su primera infancia si ciertas familias, si, sobre todo, las castas particulares, no hubieran hecho de ellas el primer fundamento de su gloria o de su potencia.

Se hubiera podido ya unir la observación del hombre y de las sociedades a la de la Naturaleza. Ya se transmitían de generación en generación un pequeño número de máximas de moral práctica y de política: estas castas se apoderaron de ellas; las ideas religiosas, los prejuicios y las supersticiones aumentaron todavía su do minio. Sucedieron a las primeras asociaciones, a las primeras familias de charlatanes y de hechiceros, pero emplearon más arte para seducir espíritus menos groseros. Sus conocimientos reales, la austeridad aparente de su vida, un menosprecio hipócrita por lo que constituye el objeto de los deseos de los hombres vulgares, daban autoridad a sus prestigios, mientras que estos mismos prestigios consagraban a los ojos del pueblo sus débiles conocimientos y sus virtudes hipócritas. Los miembros de estas sociedades siguieron primeramente con un ardor casi igual dos objetos muy diferentes: uno, el adquirir por sí mismos nuevos conocimientos; el otro, emplear los que poseían para engañar al pueblo y dominar los espíritus.

Sus sabios se ocuparon, sobre todo, de la astronomía; y, en cuanto se puede juzgar por los restos esparcidos, por los monumentos de sus trabajos, parece que alcanzaron el punto más alto a que podemos elevarnos sin el auxilio del telescopio y sin el apoyo de las teorías matemáticas, superiores a los primeros elementos.

En efecto: con el auxilio de una larga sucesión de observaciones se puede llegar a un conocimiento de los movimientos de los astros bastante preciso para poner en estado de calcular y

de predecir los fenómenos celestes. Estas leyes empíricas, bastante más fáciles de encontrar cuando las observaciones se extienden sobre un espacio de tiempo más largo, no han conducido a estos primeros astrónomos hasta el descubrimiento de las leyes generales del sistema del mundo, pero suplen suficientemente para todo lo que podía interesar a las necesidades del hombre o a su curiosidad, y servir para aumentar el crédito de estos usurpadores del derecho exclusivo a instruirse.

Parece que se les debe la idea ingeniosa de las escalas aritméticas, de este medio feliz de representar todos los números con un pequeño número de signos y de ejecutar, mediante operaciones técnicas muy simples, cálculos que no podía alcanzar la inteligencia humana entregada a sí misma. Aquí está el primer ejemplo de estos métodos que doblan sus fuerzas y con ayuda de los cuales puede hacer retroceder indefinidamente sus límites, sin que se pueda fijar un término que le esté prohibido alcanzar.

Pero no parece que hayan extendido la ciencia de la aritmética más allá de sus primeras operaciones. Su geometría, que encerraba todo lo que es necesario para la carpintería, en la práctica de la astronomía, se detuvo en aquella proposición célebre que Pitágoras transportó a Grecia o descubrió de nuevo.

Abandonaron la mecánica de las máquinas a los que debían emplearlas. Sin embargo, algunas narraciones mezcladas de fábulas parecen anunciar que esta parte de las ciencias ha sido cultivada por ellas mismas, como uno de los medios de herir los espíritus con prodigios. Las leyes del movimiento, la mecánica racional, no atrajeron su atención.

Si estudiaron la medicina y la cirugía, sobre todo la que tiene por objeto el tratamiento de las heridas, prescindieron de la anatomía.

Sus conocimientos en Botánica y en Historia Natural se limitaron a las substancias empleadas como remedios, a algunas plantas, a algunos minerales, cuyas propiedades singulares podían servir para sus proyectos,

Su química, reducida a simples procedimientos sin teoría, sin método, sin análisis, no era sino el arte de hacer algunas preparaciones, el conocimiento de algunos secretos, sea para la Medicina, sea para las artes o de algunos prodigios propios para deslumbrar a una multitud ignorante, sometida a jefes no menos ignorantes que ella.

Los progresos de las ciencias no eran para ellos sino un fin secundario, un medio de perpetuar o de extender su poder. No buscaban la verdad sino para extender los errores; y no es preciso asombrarse de que la hayan encontrado tan escasamente.

Sin embargo, estos progresos, por lentos y por débiles que sean, hubieran sido imposibles si estos mismos hombres no hubieran conocido el arte de escribir, único medio de asegurar las tradiciones, de fijarlas, de comunicar y de transmitir los conocimientos desde que comienzan a multiplicarse. Así, la escritura jeroglífica, o fue una de sus primeras invenciones, o había sido descubierta antes de la formación de las castas enseñantes.

Como su fin no era difundir las luces, sino dominar, no solamente no comunicaban al pueblo todos sus conocimientos, sino que corrompían, mediante errores, las que tenían a bien revelarles; les enseñaban, no esto que creían verdadero, sino lo que les era útil.

No les mostraba nada sin mezcla de algo sobrenatural, sagrado, celestial, que tendía a hacerles ser mirados como superiores a la humanidad, como revestidos de un carácter divino, como habiendo recibido del cielo mismo conocimientos prohibidos al resto de los hombres.

'Tuvieron, pues, dos doctrinas: una para ellos solos, la otra para el pueblo; con frecuencia, como se distribuían en muchas órdenes, cada una de ellas se reservaba algunos misterios. Todas las órdenes inferiores eran a la vez pícaros y embaucadores; y el sistema de hipocresía no se des envolvía por entero sino a los ojos de algunos adeptos.

Nada favorece tanto al establecimiento de esta doble doctrina como los cambios en las lenguas, que fueron la labor del tiempo, de la comunicación y de la mezcla de los pueblos. Los

hombres de doble doctrina, conservando para ellos la lengua antigua o la de otro pueblo, se aseguraron también la ventaja de poseer un lenguaje conocido solamente por ellos.

La primera escritura, que designaba las cosas por una pintura más o menos exacta, sea de la cosa misma, sea de un objeto análogo, cedió su lugar para una escritura más simple, en la que la semejanza de estos objetos estaba casi borrada, en la que no se empleaba ya sino signos en algún modo convencionales, y la doctrina secreta tuvo su escritura como había tenido ya su lengua.

En el origen de las lenguas, casi toda palabra es una metáfora y cada frase una alegoría. El espíritu se apoderó a la vez del sentido figurado o del sentido propio; la palabra ofrece, al mismo tiempo que la idea, la imagen análoga por la cual se la había expresado. Pero por el hábito de emplear una palabra en un sentido figurado el espíritu acabó por detenerse allí y hacer abstracción del primer sentido; y este sentido, primeramente figurado, se convirtió poco a poco en el sentido ordinario y propio de la misma palabra.

Los sacerdotes, que conservaron el primer lenguaje alegórico, lo emplearon con el pueblo, que no podía ya comprender el verdadero sentido, y que, acostumbrado a tomar las palabras en una sola acepción, convertida en su acepción propia, entendía no sabemos qué fábulas absurdas cuando las mismas expresiones no presentaban al espíritu de los sacerdotes sino una verdad muy simple. Ellos hicieron el mismo uso de su escritura sagrada. El pueblo veía hombres, animales, monstruos, en los que los sacerdotes habían querido representar un fenómeno astronómico, uno de los hechos de la historia del año.

Así, por ejemplo, los sacerdotes, en sus meditaciones, se habían creado casi por todas partes el sistema metafísico de un Gran Todo, inmenso, eterno, del cual todos los seres no eran sino partes y del que todos los cambios observados en el universo no eran sino las modificaciones diversas. El cielo no les ofrecía sino grupos de estrellas sembradas en estos desiertos inmensos, planetas que describían movimientos más o menos complicados y fenómenos puramente resultantes de las posiciones de estos astros diversos. Imponían nombres a estos grupos de estrellas y a estos planetas, a los círculos móviles o fijos imaginados para representar las posiciones y la marcha aparente, para explicar los fenómenos.

Pero su lenguaje, sus monumentos, que expresaban para ellos estas opiniones metafísicas, estas verdades naturales, ofrecían, a los ojos del pueblo el sistema de la más extravagante mitología, se convertían en el fundamento de las creencias más absurdas, de los cultos más insensatos, de las prácticas más vergonzosas o más bárbaras.

Tal es el origen de casi todas las religiones conocidas, que, después, la extravagancia de sus inventores y de sus prosélitos han cargado de fábulas nuevas.

Estas castas se apoderaron de la educación para modelar al hombre y hacerle capaz de soportar más pacientemente las cadenas identificadas, por decirlo así, con su existencia, para apartar de él hasta la posibilidad del deseo de romperlas. Pero si se quiere conocer hasta qué punto, aun sin el socorro de los terrores supersticiosos, podían llevar estas instituciones su poder destructor de las facultades humanas, es preciso detener un momento los ojos sobre la China, sobre este pueblo que parece no haber precedido a los otros en las ciencias y las artes sino para verse sucesivamente borrado por todos ellos; este pueblo, al que el conocimiento de la artillería no le ha servido para ser conquistado por naciones bárbaras, en el que las ciencias, cuyas numerosas escuelas están abiertas a todos los ciudadanos, es lo único que conduce a todas las dignidades y donde, sin embargo, por estar sometidas a prejuicios absurdos, viven sometidas a una mediocridad eterna; y en el que, en fin, la misma invención de la imprenta ha sido enteramente inútil para el progreso del espíritu humano.

Aquellos hombres, cuyo interés consistía en engañar, debieron hastiarse bien pronto de la investigación de la verdad. Contentos de la docilidad de los pueblos creyeron no tener necesidad de nuevos medios para garantizar su duración. Poco después olvidaron ellos mismos una parte de las verdades ocultas bajo sus alegorías; no conservaron de su antigua ciencia sino lo que era

rigurosamente necesario para conservar la confianza de sus discípulos; y acabaron por ser ellos mismos las víctimas de sus propias fábulas.

Entonces se detiene todo progreso en las ciencias: una parte misma de aquellos de que habían sido testigos los siglos anteriores se perdió para las generaciones siguientes; y el espíritu humano, entregado a la ignorancia y a los prejuicios, fue condenado a una especie de inmovilidad en estos vastos imperios, cuya existencia no interrumpida ha deshonrado el Asia.

Los pueblos que la habitan son los mismos en que se ha podido observar a la vez este grado de civilización y esta decadencia. Los que ocupaban el resto del globo han sido detenidos en sus progresos y nos revelan todavía los tiempos de la infancia del género humano, o bien se han visto arrastrados por los acontecimientos a través de las últimas épocas, de las que nos queda que trazar la historia.

En ésta a que hemos llegado, estos mismos pueblos del Asia habían inventado la escritura alfabética, con la que habían sustituido los jeroglíficos y este arte en cierto modo intermediario; pero nada nos puede instruir con precisión ni sobre el país ni sobre el tiempo en que la escritura fue puesta en uso.

Este descubrimiento fue en seguida llevado a Grecia, a este pueblo que ha ejercido sobre los progresos del espíritu humano un influjo tan poderoso y tan feliz, cuyo genio le ha abierto las rutas de la verdad, que la Naturaleza había preparado, que la suerte había destinado a ser el bienhechor y el guía de todas las naciones y de todas las edades, honor que hasta aquí ningún otro pueblo había compartido. Uno sólo ha podido después concebir la esperanza de presidir una nueva revolución en los destinos del género humano. La Naturaleza y la combinación de los acontecimientos parecían acordarse para reservarle la gloria. Pero no queremos penetrar en lo que un porvenir incierto nos oculta todavía.

CUARTA ÉPOCA
Progresos del espíritu humano en Grecia hasta los tiempos de la división de las ciencias hacia el siglo de Alejandro.

Los griegos, disgustados de estos reyes que se decían los hijos de los dioses, y deshonraban a la Humanidad con sus furores y sus crímenes, se habían dividido en repúblicas, de las cuales sólo Lacedemonia reconocía jefes hereditarios, pero contenidos por la autoridad de las otras magistraturas, sometidos a las leyes como los ciudadanos, y debilitados por la coexistencia de la realeza entre los primogénitos de las dos ramas de la familia de los Heráclidas.

Los habitantes de la Macedonia, de la Tesalia, del Épiro, ligados a los griegos por un origen común, por el uso de una misma lengua, y gobernadas por príncipes débiles y divididos entre sí, no podían oprimir la Grecia, pero bastaban para preservarla al Norte de las incursiones de las naciones escitas.

Al Occidente, Italia, fragmentada en estados aislados y poco extensos, no podía inspirarle ningún temor. Ya la misma Sicilia casi entera y los más bellos puestos de la parte meridional de Italia estaban ocupados por colonias griegas, que, conservando con sus metrópolis los lazos de fraternidad, formaban, no obstante, repúblicas independientes. Otras colonias se habían establecido en las islas del mar Egeo y sobre una parte del Asia Menor.

Así, la reunión de esta parte del continente asiático con el vasto imperio de Ciro, fue más tarde el único peligro real que podía amenazar la independencia de Grecia y la libertad de sus habitantes.

La tiranía, aunque más duradera en algunas colonias, y sobre todo en aquellas a cuyo establecimiento había precedido la destrucción de las familias reales, no podía ser considerada sino como un arte pasajero y parcial, que constituía la desgracia de los habitantes de algunas ciudades sin influir sobre el espíritu general de la nación.

Grecia había recibido de los pueblos de Oriente sus artes, una parte de sus conocimientos, el uso de la escritura alfabética y su sistema religioso, pero todo esto como efecto de las comunicaciones establecidas entre ella y estos pueblos, por los desterrados, que habían buscado un asilo en Grecia; por viajeros griegos, que habían traído del Oriente luces y errores.

Las ciencias no podían, pues, llegar a ser la ocupación y el patrimonio de una casta particular. Las funciones de sus sacerdotes se limitaron al culto de los dioses. El genio podía desplegar allí todas sus fuerzas, sin ser sometido a observaciones pedantescas, al sistema de hipocresía de un colegio sacerdotal; todos los hombres conservaban un derecho igual al conocimiento de la verdad, todos podrían procurar descubrirla para comunicarla a todos y para comunicarla por entero.

Esta circunstancia feliz, más todavía que la libertad política, dejaba al espíritu humano entre los griegos una gran independencia, garantía segura de la rapidez y de la extensión de sus progresos.

Sin embargo, sus sabios, que tomaron bien pronto el más modesto nombre de filósofos o amigos de la ciencia, de la sabiduría, se extraviaron en la inmensidad del vasto plan que habían abrazado y quisieron penetrar en la naturaleza del hombre y en la de los dioses, en el origen del mundo y en el del género humano. Ensayaron a reducir la Naturaleza entera a un solo principio, y los fenómenos del universo a una ley única. Procuraron encerrar en una sola regla de conducta todos los deberes de la moral y el secreto de la verdadera felicidad.

Así, en lugar de escribir verdades, forjaron sistemas, olvidaron la observación de los hechos para abandonarse a su imaginación, y no pudiendo apoyar sus opiniones en pruebas, ensayaron a

defenderlas mediante sutilezas. Sin embargo, estos mismos hombres cultivaron, con éxito, la Geometría y la Astronomía. Grecia les debió los elementos primeros de sus ciencias, y aun algunas verdades nuevas, o al menos el conocimiento de aquellas que habían importado de Oriente, no como creencias establecidas, sino como teorías de las que conocían los principios y las pruebas.

En medio de la noche de estos sistemas aún vemos brillar dos ideas felices, que reaparecerán luego en los siglos más esclarecidos.

Demócrito consideraba todos los fenómenos del universo como el resultado de las combinaciones y del movimiento de los cuerpos simples, de una figura determinada e inmutable que ha recibido un impulso primero, de donde resulta una cantidad de acción que se modifica en cada átomo, pero que en la masa entera se conserva siempre la misma.

Pitágoras anunciaba que el universo estaba gobernado por una armonía cuyos principios debían revelar las propiedades de los primeros; es decir, que todos los fenómenos estaban sometidos a leyes generales y calculadas.

Se reconocía fácilmente en estas dos ideas los sistemas atrevidos de Descartes y la filosofía de Newton.

Pitágoras descubrió por sus meditaciones o recibió de los sacerdotes, sea del Egipto, sea de la India, la verdadera disposición de los cuerpos celestes y el verdadero sistema del mundo; lo hizo conocer a los griegos. Pero este sistema era demasiado contrario al testimonio de los sentidos, demasiado opuesto a las ideas vulgares, para que las débiles pruebas sobre las cuales pudiera establecerse la verdad fuesen capaces de arrastrar los espíritus. Permanece oculto en el seno de la escuela pitagórica y fue con ella olvidado, para reaparecer hacia fines del siglo XVI, apoyado en pruebas más ciertas, que triunfaron entonces de la repugnancia de los sentidos y de los prejuicios de la superstición, más poderosos todavía y más perjudiciales.

Esta escuela pitagórica se había extendido principalmente en la Magna Grecia; allí formaba legisladores e intrépidos defensores de los derechos de la humanidad; sucumbió bajo los esfuerzos de los tiranos. Uno de ellos quemó a los pitagóricos en su escuela; y ésta fue una razón suficiente sin duda, no para abjurar la filosofía, no para abandonar la causa de los pueblos, sino para dejar de llevar un nombre que había llegado a ser demasiado peligroso, y para abandonar formas que no servían ya sino para despertar los furores de los enemigos de la razón y la libertad.

Una de las bases primeras de toda buena filosofía es formar para cada ciencia una lengua exacta y precisa en la que cada signo represente una idea bien determinada, bien circunscrita, y llegar a determinar y circunscribir bien las ideas por un análisis riguroso.

Los griegos, por el contrario, abusaron de los vicios de la lengua común para jugar con el sentido de la palabra, para embarazar el espíritu con miserables equívocos, para extraviarlo, expresando sucesivamente, por un mismo signo, ideas distintas. Esta sutileza daba, sin embargo, firmeza a los espíritus, al mismo tiempo que agotaba su fuerza contra dificultades quiméricas. Así, esta filosofía de las palabras, llenando espacios en que la razón humana parece detenerse ante obstáculos superiores a sus fuerzas, no sirve inmediatamente para sus progresos; pero los prepara, y todavía tendremos ocasión de repetir esta misma observación.

Consagrándose a cuestiones quizá inasequibles para siempre; dejándose seducir por la importancia o la magnitud de los objetos, sin pensar si se dispondría de los medios necesarios; queriendo establecer las teorías antes de haber acumulado los hechos y construir el universo cuando aún no se sabía ni siquiera observarlo, se incurría en el error, entonces bien excusable, que desde los primeros pasos había detenido la marcha de la filosofía. Así, Sócrates, combatiendo a los sofistas, cubriendo de ridículo sus vanas sutilezas, concitaba a los griegos a traer al fin a la tierra esta filosofía que se perdía en el cielo; y no porque desdeñase ni la Astronomía, ni la Geometría, ni la observación de los fenómenos de la Naturaleza, ni porque tuviese la idea pueril y falsa de reducir el espíritu humano al solo estudio de la moral; por el contrario, precisamente a su escuela y a sus

discípulos se deben los progresos de las ciencias matemáticas. Cuando se trata de ponerles en ridículo en las comedias, el reproche que se les dirige, y que es más objeto de burlas, es frecuentemente el de cultivar la Geometría, estudiar los meteoros, trazar las cartas geográficas y hacer observaciones sobre los vidrios calentados, todo lo cual, por una singularidad notable, la época más retrasada no nos lo ha transmitido sino por una bufonada de Aristófanes.

Sócrates quería advertir solamente a los hombres que se limitasen a los objetos que la Naturaleza ha puesto a su alcance; que se asegurasen cada uno de sus pasos antes de dar otro nuevo; que estudien el espacio que les rodea antes de lanzarse al azar en un espacio desconocido.

Su muerte es un acontecimiento importante en la historia del espíritu humano. Es el primer crimen provocado por la guerra entre la filosofía y la superstición,

Ya el incendio de la escuela pitagórica había señalado la guerra, no menos antigua ni menos encarnizada, de la filosofía contra los opresores de la humanidad. Una y otra durarán mientras queden sobre la tierra sacerdotes y reyes, y ocuparán amplio espacio en el cuadro que nos resta que recorrer.

Los sacerdotes veían con dolor hombres que, buscando perfeccionar su razón y remontarse a las causas primeras, conocían todo el absurdo de sus dogmas, toda la extravagancia de sus ceremonias y toda la farsa de sus oráculos y sus prodigios. Temían que estos filósofos confiasen sus secretos a los discípulos que frecuentaban sus escuelas; que no pasase de ellos a aquellos que, para obtener autoridad o crédito, estaban obligados a proporcionar alguna cultura a su espíritu; y que, así, el imperio sacerdotal fuese bien pronto reducido a la clase más grosera del pueblo, que acabaría también por desengañarse.

La hipocresía, asustada, se apresura a acusar a los filósofos de impiedad hacia los dioses, a fin de que no tuviesen tiempo de enseñar a los pueblos que estos dioses eran la obra de sus sacerdotes. Los filósofos creyeron escapar a la persecución adoptando, a ejemplo de los sacerdotes mismos, el uso de una doble doctrina, y no confiando sino a discípulos probados las opiniones que herían demasiado abiertamente los prejuicios vulgares.

Pero los sacerdotes presentaban al pueblo como blasfemias las verdades físicas, incluso las más sencillas. Persiguieron a Anaxágoras por haber osado decir que el Sol era mayor que el Peloponeso.

Sócrates no pudo escapar a sus golpes. No quedaba ya en la Atenas de Pericles quien velase en la defensa del derecho y la virtud. Por otra parte, Sócrates era bastante más culpable. Su odio por los sofistas, su celo por atraer hacia objetos más útiles de la filosofía extraviada, anunciando a los sofistas que sólo la verdad era objeto de sus investigaciones, aseguraba que él quería, no hacer adoptar a los hombres un nuevo sistema y someter su imaginación a la suya, sino enseñarles a hacer uso de la razón; y de todos los crímenes, éste es el que menos perdona el orgullo sacerdotal.

Al pie de la tumba misma de Sócrates fue donde Platón dictó las lecciones que había recibido de su maestro.

Su estilo encantador, su imaginación brillante, los cuadros rientes y majestuosos, los rasgos ingeniosos y picantes, que en sus diálogos hacen desaparecer la sequedad de las dimensiones filosóficas; estas máximas, de una moral dulce y pura, que supo esparcir; aquel arte con que hizo actuar sus personajes, conservando a cada uno su carácter; todas estas bellezas que el tiempo y las revoluciones de las opiniones no han podido agotar, debieron, sin duda, obtener gracia para los sueños filosóficos que con mucha frecuencia forman el fondo de sus obras y para este abuso de las palabras, que su maestro había reprochado tanto a los sofistas, y del que no pudo preservar al primero de sus discípulos.

Nos asombra, al leer estos diálogos, que sean la obra de un filósofo que, por una inscripción colocada sobre la puerta de su escuela, prohibía la entrada a quien no hubiera estudiado la Geometría; y que quien declama con tanta audacia contra hipótesis tan vacuas y tan frívolas sea el

fundador de una secta en la que se ha sometido por primera vez a un examen riguroso los fundamentos de la certeza de los conocimientos humanos y aun quebrantados aquellos que una razón más esclarecida hubiera podido respetar.

Pero la contradicción desaparece si se piensa que jamás habla Platón en su nombre; que Sócrates, su maestro, se expresa por su mediación siempre con la modestia de la duda; que los sistemas los presentaba Platón en nombre de sus mismos autores o de los que consideraba como tales; que, así, estos mismos diálogos eran todavía una escuela de Pirronismo, y que Platón supo mostrar en ellos a la vez la imaginación atrevida de un sabio que se complace en combinar, en desenvolver brillantes hipótesis y la reserva de un filósofo que se entrega a su imaginación sin dejarse arrastrar por ella, porque su razón, armada de una duda saludable, sabe defenderse de las ilusiones más seductoras.

Estas escuelas, en las que se perpetuaban la doctrina, y sobre todo los principios y el método de un primer jefe, para quien sus sucesores estaban muy lejos, sin embargo, de una docilidad servil; estas escuelas tenían la ventaja de reunir, por los lazos de una libre fraternidad, a los hombres ocupados en penetrar los secretos de la Naturaleza. Si la opinión del maestro compartía con demasiada frecuencia la autoridad que sólo corresponde a la razón; si, por lo mismo, esta institución suspendía el progreso de las luces, servía también para propagarlas con más prontitud y extensión en un tiempo en que, desconocida la imprenta y siendo raros los libros, estas grandes escuelas, cuya celebridad atraía a los discípulos de todas las partes de Grecia, eran el medio más poderoso para hacer germinar el gusto por la filosofía y esparcir las verdades nuevas.

Estas escuelas rivales se combatían con esa animosidad que produce el espíritu de secta, y con frecuencia sacrificaban el interés de la verdad por el éxito de una doctrina a la cual cada miembro de la secta adscribía una parte de su orgullo. La pasión personal del proselitismo corrompía la pasión más noble de iluminar a los hombres. Pero al mismo tiempo, esta rivalidad mantenía en los espíritus una actividad útil; el espectáculo de estas disputas y el interés que esta guerra de opinión despertaba, atraía al estudio de la filosofía una multitud de hombres a quienes el solo amor de la verdad no hubiera podido arrancar de los negocios y de los placeres, ni siquiera de la pereza.

En fin: como estas escuelas, estas sectas que los griegos tuvieron la sabiduría de no hacer entrar jamás en las instituciones públicas, permanecieron perfectamente libres; como cada uno podía abrir a su albedrío otra escuela o formar una secta nueva, no había temor de caer en este servilismo de la razón que, en la mayor parte de los otros pueblos, oponía un obstáculo invencible al progreso del espíritu humano.

Mostraremos cuál fue el influjo ejercido por los filósofos sobre la razón, las costumbres y las leyes de los griegos, influjo que debe ser atribuido en gran parte a que no tuvieron, y quizá no quisieron tener jamás, ninguna existencia política; a que el alejamiento de los negocios públicos era una máxima de conducta común a casi todas sus sectas; en fin: a que afectaban distinguirse de los demás hombres por su vida tanto como por sus opiniones.

Al trazar el cuadro de estas sectas diferentes nos ocuparemos menos de sus sistemas que de los principios de su filosofía; menos en buscar, como se ha hecho con demasiada frecuencia, cuáles son precisamente las doctrinas absurdas que nos oculta un lenguaje convertido en casi inteligible; sino mostraremos qué errores generales les han conducido por estas rutas engañosas, y buscaremos su origen en la marcha general del espíritu humano.

Nos consagraremos, sobre todo, a exponer los progresos de las ciencias reales y el perfeccionamiento sucesivo de sus métodos.

En esta época la filosofía las abrazaba todas, excepto la Medicina, que ya se había separado. Los escritos de Hipócrates nos mostraron cuál era entonces el estado de esta ciencia y de las que con ella están naturalmente ligadas, pero que no existían todavía, sino en sus relaciones con ella,

Las ciencias matemáticas habían sido cultivadas con éxito en las escuelas de Tales y de Pitágoras. Sin embargo, no se elevaron mucho más allá del término en que se habían detenido en los colegios sacerdotales de los pueblos de Oriente. Pero desde el nacimiento de la escuela de Platón se lanzaron más allá de esta barrera que les había impuesto la idea de limitarlas a una utilidad inmediata y práctica.

Este filósofo fue el primero en resolver el problema de la duplicación del cubo por un movimiento continuo, es verdad, pero por un procedimiento ingenioso y de un modo verdaderamente riguroso. Sus primeros discípulos descubrieron las secciones cónicas, determinaron sus principales propiedades, y de este modo abrieron al genio este horizonte inmenso en que, hasta el fin de los tiempos, podrá sin cesar ejercitar sus fuerzas, pero cuyos límites verá retroceder ante cada nuevo paso.

No es sólo a la filosofía a lo que las ciencias políticas debieron sus progresos entre los griegos. En estas pequeñas repúblicas, celosas de conservar su independencia y su libertad, tuvieron casi generalmente la idea de confiar a un solo hombre, no el poder de hacer las leyes, sino la función de redactarlas y presentarlas al pueblo, que, después de haberlas examinado, les concedía una sanción inmediata.

Así, el pueblo imponía un trabajo al filósofo cuyas virtudes o cuya sabiduría habían obtenido su confianza, pero no le concedía ninguna autoridad; ejercía solo y por sí misma lo que después hemos llamado el poder legislativo. El hábito tan funesto de llamar a la superstición en auxilio de las instituciones políticas, ha manchado con frecuencia la ejecución de una idea tan propia para dar a las leyes de un país esta unidad sistemática, única que puede hacer su acción segura y fácil y mantener su duración. La política, por otra parte, no tenía todavía principios bastante constantes para que hubiese que temer ver a los legisladores llevar a estas combinaciones sus prejuicios y sus pasiones.

Su objeto no podía ser todavía el de fundar sobre la razón, sobre los derechos que todos los hombres han recibido igualmente de la Naturaleza, y, en fin, sobre las máximas de la justicia universal, el edificio de una sociedad de hombres iguales y libres, sino solamente establecer las leyes, según las cuales, los miembros hereditarios de una sociedad ya existentes pudieran conservar su libertad, vivir al abrigo de la injusticia y desplegar una fuerza que garantizase su independencia.

Como se supusiese que estas leyes, casi siempre ligadas a la religión y consagradas por juramentos tendrían una duración eterna, se ocupaban menos de asegurar a un pueblo los medios de reformarla de una manera posible que de prevenir la alteración de estas leyes fundamentales y de impedir que las reformas de detalle alterasen su sistema y corrompiesen su espíritu. Se buscan instituciones propias para exaltar y alimentar el amor a la patria, que encerraba el de su legislación y aun de sus usos, y una organización del poder que garantizase la ejecución de las leyes contra la negligencia o la corrupción de los magistrados, el crédito de los ciudadanos poderosos y los movimientos inquietos de la multitud.

Los ricos, que eran los únicos que tenían a su alcance el adquirir las luces, podían, amparándose de la autoridad, oprimir a los pobres y forzarles a arrojarse en brazos de un tirano. La ignorancia, la ligereza del pueblo, su antipatía hacia los ciudadanos poderosos, podían dar a éstos el deseo y los medios de establecer el despotismo aristocrático o entregar el Estado debilitado a la ambición de sus vecinos. Forzados a preservarse a la vez de estos dos escollos, los legisladores griegos recurrieron a combinaciones más o menos felices, pero llevando casi siempre la huella de esta agudeza, de esta sagacidad, que caracterizaron desde entonces el espíritu general de la nación.

Apenas se encontraría en las repúblicas modernas, ni aun en los planes trazados por los filósofos, una instrucción de que no hayan ofrecido el modelo o el ejemplo las repúblicas griegas. Porque la liga anfictiónica, la de los etolios, arcadios y aqueos nos presentan constituciones federativas, cuya unión era más o menos íntima; y se había establecido un derecho de gentes menos bárbaro y reglas de comercio más liberales entre estos diferentes pueblos, aproximados por un

origen común, por el uso de la misma lengua, por la semejanza de las costumbres, de las opiniones y de las creencias religiosas.

Las relaciones mutuas de la agricultura, de la industria y del comercio, con la constitución de un Estado y su legislación; su influjo sobre su prosperidad, sobre su potencia, sobre su libertad, no pudieron escapar a las miradas de un pueblo ingenioso, activo, ocupado de los intereses públicos; y allí se perciben los primeros rasgos de este arte tan vasto y tan útil, conocido hoy bajo el nombre de Economía Política.

La sola observación de los gobiernos era, pues, suficiente para hacer bien pronto de la política una ciencia extendida. Así, en los mismos escritos de los filósofos, parece más bien una ciencia de los hechos, y, por decirlo así, empírica, que una verdadera teoría, fundada en principios generales, recogidos de la Naturaleza y declarados por la razón. Tal es el punto de vista desde el cual deben enfocarse las ideas políticas de Aristóteles o de Platón, si se quiere penetrar su sentido y apreciarlas en justicia.

Casi todas las instituciones de los griegos suponen la existencia de la esclavitud y la posibilidad de reunir en una plaza pública la universalidad de los ciudadanos; y para juzgar bien de sus efectos, sobre todo para prever los que producirían en las grandes naciones modernas, es preciso no perder de vista un instante estas dos diferencias de tanta importancia. Pero no se puede reflexionar sobre la primera, sin pensar con dolor que entonces las combinaciones, aun las más perfectas, no tenían por objeto sino la libertad o la felicidad de la mitad, al menos, de la especie humana.

La educación era, entre los griegos, una parte importante de la política. Formaba hombres para la patria bastante más que para ellos o para su familia. Este principio no puede ser adoptado sino por pueblos poco numerosos a los que es más excusable un interés nacional separado del interés común de la humanidad. No es practicable sino en el país donde los trabajos penosos del cultivo y de las artes se ejercen por esclavos. Esta educación se limitaba casi a los ejercicios del cuerpo, a los principios de las costumbres, a los hábitos propios para excitar un patriotismo exclusivo; el resto se enseñaba libremente en las escuelas de los filósofos o de los retóricos y en los talleres de los artistas; y esta libertad es todavía una de las causas de la superioridad de los griegos.

En su política, como en su filosofía, se descubre un principio general, al cual la Historia presenta apenas un número muy pequeño de excepciones: es el de buscar menos en las leyes, hacer desaparecer las causas de un mal que destruir sus efectos, oponiendo estas causas una a otra; es querer, en las instituciones, sacar partido de los prejuicios y de los vicios, más bien que disiparlos o reprimirlos; es el ocuparse más frecuentemente de los medios de desnaturalizar al hombre, de exaltarlo y de extraviar su sensibilidad, que de perfeccionar y depurar las inclinaciones y las tendencias que son el producto necesario de su constitución moral: errores producidos por el error más general de considerar como el hombre de la Naturaleza al que ofrece el estado actual de la civilización, es decir, el hombre corrompido por los prejuicios, por los intereses de las pasiones ficticias y por los hábitos sociales.

Esta observación es tanto más importante y será tanto más necesario desenvolver el origen de este error para destruirlo mejor, cuanto que se ha transmitido a nuestro siglo y todavía corrompe con demasiada frecuencia, entre nosotros, la moral y la política.

Si se compara la legislación y, sobre todo, la forma y las reglas de los juicios en Grecia, o entre los orientales se verá que en los unos las leyes son un yugo bajo el cual la fuerza ha oprimido a los esclavos; en los otros, las condiciones de un pacto común hecho entre los hombres. En los unos el objeto de las formas legales es que la voluntad de los señores sea cumplida; en los otros, que la libertad de los ciudadanos no sea oprimida. En los unos, la ley es hecha para quien la impone; en los otros, para el que debe someterse a ella. En los unos se fuerza a temerla; en los otros se instruye para que se la quiera: diferencias que encontramos todavía entre los modernos, entre las leyes de los pueblos libres y las de los pueblos esclavos. Se verá que en Grecia el hombre tenía al menos el

sentimiento de sus derechos, si no los conocía todavía, si no sabía todavía profundizar su naturaleza y abrazar y circunscribir su extensión.

En esta época de los primeros vislumbres de la filosofía entre los griegos y de sus primeros pasos en las ciencias, las bellas artes se elevaron a un grado de perfección que ningún pueblo había conocido y que apenas algún otro ha logrado alcanzar después. Homero vivió durante los tiempos de estas discusiones que acompañaron la caída de los tiranos y la formación de las repúblicas. Sófocles, Eurípides, Píndaro, Tucídides, Demóstenes, Fidias y Apeles fueron contemporáneos de Sócrates o de Platón.

Trazaremos el cuadro del progreso de estas artes; discutiremos sus causas; distinguiremos lo que se puede considerar como una perfección del arte y lo que no es debido sino al genio feliz del artista; distinción que basta para hacer desaparecer estos límites estrechos en que se ha encerrado el perfeccionamiento de las bellas artes. Mostraremos el influjo que ejercieron sobre sus progresos la forma de los gobiernos, el sistema de la legislación y el espíritu del culto religioso; indagaremos lo que debieron estos progresos a los de la filosofía y lo que ésta haya podido deberles.

Mostraremos como la libertad, las artes y las luces han contribuido al suavizamiento y al mejoramiento de las costumbres; haremos ver que estos vicios de los griegos, tan frecuentemente atribuidos a los progresos mismos de su civilización, eran los de los siglos más groseros, y que las luces y el cultivo de las artes los han atemperado cuando no han podido destruirlos; probaremos que estas elocuentes declaraciones contra las ciencias y las artes se fundan en una falsa aplicación de la Historia, y que, por el contrario, los progresos de la virtud han acompañado siempre a los de las luces, como los de la corrupción han seguido o anunciado siempre la decadencia.

QUINTA ÉPOCA

Progresos de las ciencias desde su división hasta su decadencia.

Platón vivía todavía cuando Aristóteles, su discípulo, abría en la misma Atenas una escuela rival de la suya.

No solamente abrazó todas las ciencias, sino que aplicó el método filosófico a la elocuencia y a la poesía, Fue el primero que osa concebir que este método debe extenderse a todo lo que la inteligencia humana puede alcanzar, puesto que esta inteligencia, ejerciendo por todas partes las mismas facultades, debe por todas partes ser sometida a las mismas leyes.

Mientras más vasto fuere el plan formado, más tuvo que sentir la necesidad de separar sus diversas partes y de fijar con más precisión los límites de cada una de ellas. A partir de esta época, la mayor parte de los filósofos, y aun sectas enteras, se limitaron a algunas de estas partes.

Las ciencias matemáticas y físicas formaron por sí solas una gran división. Como se fundan sobre el cálculo y la observación; como lo que puedan enseñar es independiente de las opiniones que dividen las sectas, se separaron de la filosofía, sobre la cual reinaban todavía estas sectas. Llegaron a ser a su vez la ocupación de los sabios, que tuvieron casi todos la sabiduría de permanecer extraños a las disputas de las escuelas, donde se consagraban a una lucha de reputación más útil para el renombre pasajero de los filósofos que para los progresos de la Filosofía. Esta palabra comienza a no expresar sino los principios generales del orden del mundo, la Metafísica, la Dialéctica y la Moral, de que la política formaba parte.

Felizmente, a la época de esta división precedió los tiempos en que Grecia, después de largas tempestades, debía perder su libertad. Las ciencias encontraron en la capital de Egipto un asilo que los déspotas que la gobernaban hubieran rehusado quizás a la Filosofía. Los príncipes, que debían una gran parte de su riqueza y de su poder al comercio reunido del Mediterráneo y del océano Asiático, tenían que estimular las ciencias útiles para la navegación y el comercio.

Ellas escaparon, pues, a esta decadencia más pronta, que se hizo sentir más pronto en la filosofía, cuyo brillo desapareció con la libertad. El despotismo de los romanos, tan indiferentes al progreso de las luces, no alcanzó al Egipto sino muy tarde, y en un tiempo en el que la ciudad de Alejandría había llegado a ser necesaria para la subsistencia de Roma; ya en posesión de su puesto de metrópoli de las ciencias y centro del comercio, se bastó a sí misma para conservar el fuego sagrado por su población, por su riqueza, por el gran concurso de los extranjeros, por los establecimientos que los Tolomeos habían formado y que los vencedores no pensaron en destruir.

La secta académica, en la que las Matemáticas se habían cultivado desde su origen, y cuya enseñanza filosófica se limitaba casi a probar la utilidad de la duda y a indicar los límites estrechos de la certeza, debía ser la secta de los sabios, y esta doctrina no podía asustar a los déspotas; así dominaba ella en la escuela de Alejandría.

La teoría de las secciones cónicas, el método a emplear, sea para la construcción de los lugares geométricos, sea para la resolución de los problemas y el descubrimiento de algunas otras curvas, ensancharon el camino hasta entonces tan estrecho de la Geometría. Arquímedes descubrió la superficie del círculo, de la parábola y midió la superficie de la esfera; y fueron estos primeros pasos en la teoría de los límites lo que determina el valor último de una cantidad, aquel a que esta cantidad se aproxima sin cesar y sin alcanzarla jamás; en esta ciencia que enseña, tanto a encontrar las relaciones de las cantidades evanescentes, cuanto a remontarse del conocimiento de estas relaciones a la determinación de aquellas de las magnitudes finitas; en una palabra: en este cálculo, al cual, con más orgullo que precisión, los modernos han dado el nombre de cálculo de lo infinito.

Fue Arquímedes el primero que determinó la relación aproximada del círculo y de su circunferencia; enseña cómo se podrían obtener valores cada vez más próximos, e hizo conocer los métodos de aproximación, este suplemento feliz de la insuficiencia de los métodos conocidos y, con frecuencia, de la ciencia misma.

Se le puede considerar en cierto modo como el creador de la mecánica racional. Se le debe la teoría de la palanca y el descubrimiento del principio de hidrostática, según el cual, un cuerpo colocado en un medio fluido pierde una parte de su peso igual al de la masa que desaloja.

El tornillo o rosca que lleva su nombre, sus espejos calentados y los prodigios del sitio de Siracusa atestiguan sus talentos en las ciencias de las máquinas, que los sabios habían olvidado, porque los principios de la teoría hasta entonces conocidos eran todavía insuficientes. Estos grandes descubrimientos, estas ciencias nuevas, colocan a Arquímedes entre otros genios dichosos, cuya vida forma una época en la historia del hombre, y cuya existencia parece uno de los beneficios de la Naturaleza.

En la escuela de Alejandría encontramos las primeras trazas del Álgebra, es decir, del cálculo de las cantidades consideradas únicamente como tales. La naturaleza de las cuestiones propuestas y resueltas en el libro de Diofante, exigía que los números fuesen allí considerados como teniendo un valor general, indeterminado y sometido solamente a ciertas condiciones.

Pero esta ciencia no tenía entonces, como hoy, sus signos, sus métodos propios, ni sus operaciones técnicas. Se designaban mediante palabras estos valores generales; y por una serie de razonamientos es como se llegaba a encontrar y a desenvolver la solución de los problemas.

Las operaciones caldeas, enviadas a Aristóteles por Alejandro, aceleraron los progresos de la Astronomía. Lo que ofrecen de más brillante es debido al genio de Hiparco. Pero si después de él, como después de Arquímedes en la Geometría y en la Mecánica, no se encuentran ya esos descubrimientos y esos trabajos que cambian de algún modo la fuerza entera de una ciencia, continuaron largo tiempo todavía perfeccionándose, extendiéndose y enriqueciéndose, al menos en verdades de detalle.

En su historia de los animales, Aristóteles había dado los principios y el modelo precioso de la manera de observar con exactitud y describir con método los objetos de la Naturaleza, de clasificar estas observaciones y de recoger los resultados generales que presentan. La historia de las plantas y la de los minerales fueron tratadas después de él, pero con menos precisión, y desde puntos de vista menos extensos, menos filosóficos. Los progresos de la Anatomía fueron muy lentos, no solamente porque se oponían a la disección de los cadáveres los progresos religiosos, sino porque la opinión vulgar miraba el contacto como una especie de mancha moral.

La Medicina, de Hipócrates, no era sino una ciencia de observación, que no había podido conducir todavía sino a métodos empíricos. El espíritu de secta y el gusto por las hipótesis la infecta bien pronto; pero si el número de errores supera al de de las verdades nuevas; si los prejuicios o los sistemas de los médicos hicieron más daño que bien pudieron hacer sus observaciones, no se puede negar, sin embargo, que la Medicina haya hecho durante esta época progresos débiles, pero reales.

Aristóteles no lleva a la Física ni la exactitud ni la discreta reserva que caracterizan su historia de los animales. Pagó el tributo a los hábitos de su signo y al espíritu de las escuelas, desfigurándola con esos principios hipotéticos que, en su vaga generalidad, explican todo con una especie de facilidad, porque no pueden explicar nada con precisión.

Por otra parte, la observación sola no basta; son precisas experiencias; éstas exigen instrumentos, y parece que entonces no se habían recogido bastantes hechos ni se les había visto con bastante detalle para sentir la necesidad, para tener la idea de esta manera de interrogar a la Naturaleza y de forzarla a respondernos.

Así, en esta época, la historia de los progresos de la física debe limitarse al cuadro de un pequeño número de conocimientos debidos al azar y a las observaciones a que conducen la práctica

de las artes, más aún que las investigaciones de los sabios. La hidráulica, y sobre todo la óptica, presentan una cosecha un poco menos estéril; pero son todavía más bien hechos notados, porque se ofrecen ellos mismos, que teorías o leyes físicas, descubiertas por experiencia o adivinadas por la meditación.

La agricultura se había limitado hasta entonces a la simple rutina y algunas reglas que los sacerdotes, al transmitirlas al pueblo, las habían corrompido con sus supersticiones. Llegó a ser entre los griegos, y sobre todo entre los romanos, un arte importante y respetado, cuyos usos y preceptos se apresuraron a recoger los hombres más sabios. Esta colección de observaciones, presentadas con precisión y reunidas con discernimiento, podían iluminar la práctica y extender los medios útiles; pero se estaba todavía muy lejos de las experiencias y de las observaciones calculadas.

Las artes mecánicas comenzaron a ligarse con las ciencias: los filósofos examinaron sus trabajos, buscaron su origen, estudiaron su historia, se ocuparon en describir los procesos y los productos de as que se cultivaban en los diversos países, en recoger estas observaciones y transmitirlas a la posteridad.

Así se vio a Plinio abarcar al hombre, la Naturaleza y las artes en el plan inmenso de su Historia Natural, inventario precioso de todo lo que formaba entonces las verdaderas riquezas del espíritu humano, y sus derechos a nuestro reconocimiento no pueden ser destruidos por el reproche merecido de haber acogido, con muy poca selección y demasiada credulidad, lo que la ignorancia o la vanidad engañosa de los historiadores y de los viejos había ofrecido a su insaciable avidez de conocerlo todo.

En medio de la decadencia de Grecia, Atenas, que en los días de su apogeo había honrado la Filosofía y las letras, le debió, a su vez, el conservar durante más tiempo algunos restos de su antiguo esplendor. No se decidían ya en la tribuna los destinos de Grecia y de Asia, pero en sus escuelas aprendieron los romanos a conocer los secretos de la elocuencia; el espíritu de Demóstenes ilumina al primero de sus oradores.

La academia, el liceo, el pórtico y los jardines de Epicuro fueron la cuna y la escuela principal de las cuatro sectas que se disputaron el imperio de la Filosofía.

Se enseñaba en la academia que no hay nada cierto, que sobre ningún objeto puede alcanzar el hombre una verdadera certidumbre ni siquiera una comprensión perfecta; en fin —y era difícil ir más lejos—: que no podía estar seguro de esta imposibilidad de conocer nada, y que era preciso dudar incluso de la necesidad de dudar de todo.

Allí se exponían, se defendían y se combatían las opiniones de los otros filósofos, pero como hipótesis propia para ejercitar el espíritu y para hacer sentir más, por la incertidumbre que acompañaba estas disputas, la vanidad de los conocimientos humanos y el ridículo de la confianza dogmática de las otras sectas.

Pero esta duda, que confiesa la razón cuando conduce a no razonar sobre las palabras a que podemos adscribir ideas netas y precisas; a proporcionar nuestra adhesión al grado de la probabilidad de cada proposición; a determinar para cada clase de conocimientos los límites de la certidumbre que podemos obtener, esta misma duda, si se extiende a las verdades demostradas, si ataca los principios de la moral, se convierte en estupidez o en demencia, favorece la ignorancia y la corrupción, y tal es el exceso en que caen los sofistas, que reemplazaron en la academia a los primeros discípulos de Platón.

Expondremos la marcha de estos escépticos, la causa de sus errores; buscaremos lo que, en la exageración de su doctrina, se debe atribuir a la manía de singularizarse por opiniones bizarras; haremos observar que, si fueron sólidamente refutadas por el instinto de los otros hombres, por el que los dirige a ellos mismos en la conducta de la vida, jamás fueron ni bien entendidas ni bien refutadas por los filósofos.

Sin embargo, este escepticismo intransigente no había arrastrado a toda la secta académica, y esta opinión da una idea eterna de lo justo, de lo bello, de lo honesto, independiente del interés de los hombres, de sus convenciones, de su misma existencia, idea que, impresa en nuestra alma, se convertía para nosotros en el principio de nuestros deberes y la regla de nuestras acciones, esta doctrina, recogida en los diálogos de Platón, y que continuaba siendo expuesta en su escuela, y allí servía de base a la enseñanza de la moral.

Aristóteles no conoció mejor que sus maestros el arte de analizar las ideas, es decir, de remontar por grados hasta las ideas más simples que han entrado en su combinación, de observar la formación misma de estas ideas simples, de seguir en estas operaciones la marcha del espíritu y el desenvolvimiento de sus facultades.

Su Metafísica no fue, pues, como la de los otros filósofos, sino una doctrina vaga, fundada unas veces en el abuso de las palabras y otras veces en simples hipótesis.

A él se debe, sin embargo, esta verdad importante, este primer paso en el conocimiento del espíritu humano, según el cual, *vuestras ideas, incluso las más abstractas, las más puramente intelectuales, por decirlo así, deben su origen a nuestras sensaciones*, pero no la apoyó con ningún desenvolvimiento. Esta fue la visión de un hombre de genio más bien que el resultado de una serie de observaciones analizadas con precisión, y combinadas entre sí para producir una verdad general; así, este germen arrojado en una tierra ingrata no produjo frutos útiles sino después de veinte siglos.

Aristóteles, en su Lógica, reduciendo las demostraciones a una sucesión de argumentos sometidos a la forma silogística, reduciendo después todas las proposiciones a cuatro clases que las encierra todas, aprende a reconocer, entre todas, las combinaciones posibles de proporciones de estas cuatro clases, tomadas tres a tres, las que responden a silogismos concluyentes y responden necesariamente. Por este medio se puede juzgar de la exactitud o del vicio de un argumento sabiendo únicamente a qué combinaciones pertenece; el arte del razonar justo está sometido, de algún modo, a reglas técnicas.

Esta idea ingeniosa ha permanecido inútil hasta aquí; pero puede llegar a ser un día el primer paso hacia un perfeccionamiento, que el arte de razonar y de discutir parece esperar todavía.

Cada virtud, según Aristóteles, está colocada entre dos vicios, de los cuales el uno es exceso y el otro defecto; ella no es, en cierto modo, sino una de muestras inclinaciones naturales, la cual, la razón, nos prohíbe resistir ni obedecer demasiado. Este principio general ha podido ofrecérsele en vista de una de estas ideas vagas de orden y de conveniencia tan comunes entonces en la Filosofía, pero él la comprueba aplicándola a la nomenclatura de las palabras que, en la lengua griega, expresaba lo que se llamaban virtudes.

Hacia el mismo tiempo, dos nuevas sectas, apoyando la moral en principios opuestos, al menos en apariencia, se compartieron los espíritus, extendieron mucho su influjo mucho más allá de los límites de sus escuelas y apresuraron la caída de la superstición griega, que había de ser reemplazada, desgraciadamente, por una superstición más sombría, más peligrosa y más enemiga de las luces.

Los estoicos hicieron consistir la virtud y la felicidad en la posesión de un alma igualmente insensible a la voluptuosidad y el dolor, libertada de todas las pasiones, superior a todos los temores, a todas las debilidades, no conociendo otro verdadero bien que la virtud, ni otro mal real que los remordimientos. Ellos creían que el hombre tiene el deber de elevarse a esta altura si tiene una voluntad fuerte y constante; y que entonces, independientemente de la fortuna, siempre dueña de sí misma, es igualmente inaccesible al vicio y a la desgracia.

Un espíritu único anima al mundo: está presente en todas partes, si no es todo, si es que existe otra cosa que él mismo. Las almas humanas son emanaciones suyas. La del sabio, que no ha manchado la pureza de su origen, se reúne, en el momento de la muerte, a este espíritu universal. La muerte sería, pues, un bien, si es que para el sabio, sometido a la Naturaleza, endurecido contra lo

que los hombres vulgares llaman males, no hubiese más grandeza en considerarla como una cosa indiferente.

Epicuro coloca la felicidad en el goce del placer y en la ausencia del dolor. La virtud consiste en seguir las inclinaciones naturales, pero sabiendo depurarlas y dirigirlas. La templanza, que evita el dolor, que conservando nuestras facultades naturales en toda su fuerza, nos asegura todos los goces que la Naturaleza nos ha preparado; el cuidado de preservarse de las pasiones odiosas o violentas, que atormentan y desgarran el corazón, entregado a su amargura y a sus favores; el de cultivar, por el contrario, los afectos dulces y tiernos, preservarse de la voluptuosidad que sigue a la práctica de la beneficencia, conservar la pureza de su alma para evitar la vergüenza y el remordimiento que castigan el crimen, para gozar del sentimiento delicioso que recompensa las bellas acciones: tal es el camino que conduce a la vez a la felicidad y a la virtud.

Epicuro no veía en el universo sino una selección de átomos, cuyas combinaciones diversas estaban sometidas a leyes necesarias. El alma humana misma era una de estas combinaciones. Los átomos que la componen, reunidos en el instante en que el cuerpo comenzaba la vida, se dispersaban en el momento de la muerte, para reunirse con la masa común y entrar en nuevas combinaciones.

No queriendo herir demasiado directamente los prejuicios populares había admitido a los dioses; pero indiferentes a los actos de los hombres, extraños al orden del universo y sometidos como los otros seres a las leyes generales de su mecanismo, eran en cierto modo una especie de postizo en este sistema.

Los hombres duros, orgullosos e injustos, se ocultaron tras la máscara del estoicismo. Los hombres voluptuosos y corrompidos se deslizaron con frecuencia en los jardines de Epicuro. Se calumnia a los principios de los epicúreos, a quienes se acusa de colocar el bien soberano en las groseras voluptuosidades; se ponen en ridículo las pretensiones de Zenón, quien, esclavo, dando vueltas al molino o atormentado de la gota, no es por eso menos feliz, libre y soberano.

Esta filosofía, que pretendía elevarse por encima de la Naturaleza, y aquélla, que no quería obedecerla; la moral; que no reconocía otro bien que la virtud y la que colocaba la felicidad en la voluptuosidad, conducían a las mismas consecuencias prácticas, partiendo de principios tan contrarios y teniendo un lenguaje tan opuesto. Esta semejanza en los preceptos morales de todas las religiones, de todas las sectas filosóficas, bastaría para probar que tienen una verdad independiente de los dogmas de estas religiones, de los principios de estas sectas; que es en la constitución moral del hombre donde es preciso buscar la base de sus deberes y el origen de sus ideas de justicia y de virtud: verdad de la que la secta epicúrea se había alejado menos que ninguna otra; y nada quizás contribuyó tanto a atraerle el odio de los hipócritas de todas clases, para quienes la moral no es sino un objeto del comercio cuyo monopolio se disputan.

La caída de las repúblicas griegas arrastra la de las ciencias políticas. Después de Platón, Aristóteles y Jenofonte se cesa casi de abarcarlas en el sistema de la filosofía.

Pero ya es tiempo de hablar de un acontecimiento que cambia la suerte de una gran parte del mundo y ejerce sobre los progresos del espíritu humano una influencia que se ha prolongado hasta nosotros.

Si se exceptúa la India y la China, la ciudad de Roma había extendido su imperio sobre todas las naciones en que el espíritu humano se había elevado por encima de la debilidad de su primera infancia.

Daba leyes a todos los países donde los griegos habían llevado su lengua, sus ciencias y su filosofía. Todos estos pueblos, suspendidos a una cadena que la victoria había ligado al pie del Capitolio, no existían sino por la voluntad de Roma y por las pasiones de los jefes.

Un cuadro verdadero de la constitución no sería extraño al objeto de esta obra; allí se vería el origen del patriciado hereditario y las hábiles combinaciones empleadas para darle más estabilidad

y más fuerza, haciéndole menos odiosa; un pueblo ejercitado en las armas, pero sin emplearlas jamás en sus discusiones domésticas, reuniendo la fuerza real a la autoridad legal y defendiéndose apenas contra un Senado orgulloso que, encadenándole con la superstición, lo deslumbraba con el brillo de sus victorias; una gran nación juguete alternativamente de sus tiranos o de sus defensores y víctima paciente durante cuatro siglos de una manera engañosa de obtener sus sufragios, absurda, pero consagrada.

Se verá esta constitución, hecha para una sola ciudad, cambiar de naturaleza sin cambiar de forma, cuando hubo que extenderla a un gran imperio; no pudiendo mantenerse sino mediante guerras continuas y bien pronto destruida por sus propios ejércitos, en fin, el pueblo-rey, envilecido por el hábito de ser alimentado a expensas del tesoro público, corrompido por la largueza de los senadores, vendiendo a un hombre los restos ilusorios de su inútil libertad.

La ambición de los romanos les llevó a buscar en Grecia maestros en este arte de la elocuencia, que era entre ellos uno de los caminos de la fortuna. Este gusto por los goces exclusivos y refinados; esta necesidad de nuevos placeres, que nace de la riqueza y de la ociosidad, les hizo buscar las artes de los griegos y aun la conversación de sus filósofos; pero las ciencias, la Filosofía y las artes del dibujo fueron siempre plantas extranjeras en Roma. La avaricia de los vencedores cubrió a Italia de las obras maestras de Grecia, quitadas, por la fuerza, de los templos y las ciudades donde constituían el ornamento y a las que consolaban de la esclavitud; pero no osaron mezclarse con ellas las obras de ningún romano. Cicerón, Terencio y Séneca escribieron elocuentemente en su lengua sobre la Filosofía, pero era sobre la de los griegos; y para reformar el calendario bárbaro de Numa, César se vio obligado a utilizar un matemático de Alejandría.

Roma, largo tiempo desgarrada por las facciones de generales ambiciosos, ocupada con nuevas conquistas o agitada por discordias civiles, cayó en fin de su inquieta libertad en un despotismo militar más tormentoso todavía. ¿Qué lugar hubieran podido encontrar las tranquilas meditaciones de la Filosofía o de las ciencias entre jefes que aspiraban a la tiranía, y bien pronto, bajo déspotas que temían la libertad o que odiaban igualmente los talentos y las virtudes? Por otra parte, las ciencias y la Filosofía son necesariamente olvidadas en todo país donde una carrera que conduce a las riquezas y a las dignidades está abierta a todos aquellos cuya inclinación natural lleva hacia el estudio; y tal era en Roma la de la Jurisprudencia.

En cuanto a las leyes, como en Oriente están ligadas a la religión, el derecho de interpretarlas se convierte en uno de los más fuertes apoyos de la tiranía sacerdotal. En Grecia habían formado parte del código dado a cada villa por su legislador. Él la había ligado al espíritu de la constitución y del gobierno que había establecido, y experimentaron allí poco cambio. Con frecuencia abusaron los magistrados: las injusticias particulares fueron frecuentes, pero los vicios de las leyes no condujeron jamás a un sistema de bandidaje regular y fríamente calculado. En Roma, donde durante mucho tiempo no se conoció otra autoridad que la tradición de las costumbres; donde los jueces declaraban cada año con qué principios decidirían las contiendas el tiempo de duración de su magistratura; donde las primeras leyes fueron una compilación de las leyes griegas redactadas por los decenviros, más ocupados de conservar su poder que de honrarlo presentando una buena legislación; y en Roma, donde, después de esta época, las leyes dictadas sucesivamente por el partido del Senado y por el del pueblo, se sucedían con rapidez y eran sin cesar destruidas o confirmadas, corregidas o agravadas por disposiciones nuevas, bien pronto su multiplicidad, su complicación, su obscuridad, consecuencia necesaria del cambio de la lengua, hicieron una ciencia aparte del estudio y de la inteligencia de estas leyes. El Senado, aprovechando el respeto del pueblo por las antiguas constituciones, sintió bien pronto que el privilegio de interpretar las leyes casi equivalía al derecho de hacerlas nuevas, y se llenó de jurisconsultos. Su poder sobrevivió al del mismo Senado, aumentó bajo los emperadores, porque era tanto más grande mientras más bizarra y más incierta fue la legislación.

La Jurisprudencia es, pues, la única ciencia nueva que debemos a los romanos. Trazaremos la historia, que se liga a la de los progresos que la ciencia de la religión ha hecho entre los modernos, y sobre todo a la de los obstáculos que allí ha encontrado.

Mostraremos cómo el respeto por el derecho primitivo de los romanos ha contribuido a conservar algunas ideas del derecho natural de los hombres, para impedir en seguida que estas ideas se agranden y se extiendan, y cómo hemos debido al Derecho romano un pequeño número de verdades útiles y muchos más prejuicios tiránicos.

La dulzura de las leyes penales, bajo la república, merece fijar nuestra atención. Ellas habían en cierto modo hecho sagrada la sangre de un ciudadano romano. La pena de muerte no se le podía imponer sin el aparato de un poder extraordinario que anunciaba las calamidades públicas y el peligro de la patria. El pueblo entero podía ser reclamado por juez entre un solo hombre y la república. Se había comprendido que esta dulzura es, en un pueblo libre, el único medio de impedir que las disensiones políticas degeneren en matanzas sanguinarias; se había querido corregir, por la humanidad en las leyes, la ferocidad de las costumbres de un pueblo que, aun en sus juegos, prodigaba la sangre de sus esclavos. Así, deteniéndose en el tiempo de los Gracos, jamás en ningún país tormentas tan violentas y tan repetidas costaron menos sangre ni produjeron menos delitos.

No nos ha quedado ninguna obra de los romanos sobre la política. La de Cicerón sobre las leyes no era, verosímilmente, sino un extracto embellecido de los libros de los griegos. No era, en medio de las convulsiones de la libertad expirante, donde la ciencia social hubiera podido naturalizarse y perfeccionarse. Bajo el despotismo de los Césares, aquel estudio no hubiera parecido sino una conspiración contra su poder. Nada, en fin, prueba mejor cómo fue ella siempre desconocida entre los romanos, que ver el ejemplo, único hasta aquí en la Historia, de una sucesión no interrumpida, desde Nerva hasta Marco Aurelio, de cinco emperadores que reunieron las virtudes, los talentos, las luces, el amor a la gloria, el celo del bien público, sin que haya emanado de ellos una sola constitución que expresase el deseo de poner límites al despotismo o de prevenir las revoluciones y de estrechar con nuevos lazos las partes de esta masa inmensa de la que todo presagiaba la disolución próxima.

La reunión de tantos pueblos bajo una misma dominación; la extensión de dos lenguas que se dividían en imperio y que ambas eran familiares a casi todos los hombres instruidos, estas causas, actuando de concierto, debían contribuir sin duda a esparcir las luces sobre un mayor espacio con más igualdad. Su afecto natural debía ser todavía el de debilitar poco a poco las diferencias que separan las sectas filosóficas, reunirlas en una sola, que escogería en cada una las opiniones más conformes con la razón, lo que un examen reflexivo había confirmado más. A este mismo punto debía llevar la razón a los filósofos cuando el efecto del tiempo sobre el entusiasmo sectario permitiese no escuchar sino a ella sola. Así, se encuentran ya en Séneca algunas trazas de esta filosofía; jamás fue extraña a la secta académica, que pareció confundirse casi enteramente con ella, y los últimos discípulos de Platón fueron los fundadores del eclecticismo.

Casi todas las religiones del Imperio habían sido nacionales. Pero todas tenían también grandes rasgos de semejanza y, en cierto modo, un aire de familia. Nada de dogmas metafísicos, muchas ceremonias bizarras que tenían sentido ignorado por el pueblo, y con frecuencia por los mismos sacerdotes; una mitología absurda en la que la multitud no veía sino la historia maravillosa de sus dioses y en la que los hombres más instruidos sospechaban la exposición alegórica de dogmas más hondos, sacrificios sangrientos, ídolos que representaban los dioses, y de los cuales algunos, consagrados por el tiempo, tenían una virtud celeste; pontífices consagrados al culto de cada divinidad, sin formar un cuerpo de política, sin reunirse siquiera en una comunión religiosa; oráculos adscritos a ciertos templos, a ciertas estatuas; en fin: misterios que sus hierofantes no comunicaban sino imponiendo la ley de un secreto inviolable. Tales eran estos rasgos de semejanza.

Es preciso agregar todavía que los sacerdotes, árbitros de la conciencia religiosa, no habían pretendido serlo nunca de la conciencia moral; que dirigían las prácticas del culto y no las acciones

de la vida privada. Vendían a la política oráculos o augurios; podían precipitar a los pueblos en las guerras, dictarles crímenes; pero no ejercían ningún influjo ni sobre el Gobierno ni sobre las leyes.

Cuando los pueblos, súbditos de un mismo imperio, tuvieron una comunicación habitual y las luces hubieron hecho por todas partes progresos casi iguales, los hombres instruidos se apercibieron bien pronto de que todos estos cultos eran el de un Dios único, cuyas divinidades multiplicadas, objetos inmediatos de la adoración popular, no eran sino las modificaciones o los ministros.

Sin embargo, entre los galos y en algunas regiones de Oriente, los romanos habían encontrado religiones de otro género. Allí los sacerdotes eran los jueces de la moral; la virtud consistía en la obediencia a la voluntad de un dios, del que se decían los únicos intérpretes. Su imperio se extendía sobre el hombre entero; el templo se confundía con la patria; se era adorador de Tehora o de Œsus antes de ser ciudadano o súbdito del Imperio, y los sacerdotes decidieron a qué leyes humanas permitía su dios obedecer.

Estas religiones debían herir el orgullo de los dueños del mundo. La de los galos era demasiado poderosa para que no se apresurasen a destruirla. La nación judía fue incluso dispersada; pero la vigilancia del Gobierno, o las desdeña, o no pudo alcanzar las sectas obscuras que se formaron en secreto de los restos de estos cultos antiguos.

Uno de los beneficios de la propagación de la filosofía griega ha sido el de destruir la creencia de las divinidades populares en todas las clases donde se recibía una instrucción un poco intensa. Un teísmo vago, o el puro mecanismo de Epicuro, era, incluso desde los tiempos de Cicerón, la doctrina común de los que habían cultivado su espíritu, de todos los que dirigían los negocios públicos. Esta clase de hombres se consagró necesariamente a la antigua religión, pero procurando depurarla, porque la multiplicidad misma de estos dioses de todos los países había fatigado la credulidad del pueblo. Se vio entonces a los filósofos formar sistemas sobre los genios intermediarios, someterse a las preparaciones, a las prácticas y a un régimen religioso para hacerse más dignos de aproximarse a estas inteligencias superiores; y en los diálogos de Platón fue donde buscaron los fundamentos de esta doctrina.

Los pueblos de las naciones conquistadas, los infortunados, los hombres de una imaginación ardiente y débil, debieron consagrarse con preferencia a las religiones sacerdotales, porque el interés de los sacerdotes dominadores les inspiraba precisamente esta doctrina de igualdad en la esclavitud, de renuncia a los bienes temporales, de recompensas celestes reservadas a la sumisión ciega, a los sufrimientos y a las humillaciones voluntarias o soportadas con paciencia; ¡doctrina tan seductora para la Humanidad oprimida! Pero tenían necesidad de elevar, con algunas sutilezas filosóficas, su mitología grosera; y también recurrieron a Platón. Sus diálogos fueron el arsenal a que acudieron los dos partidos para forjar sus armas teológicas. Veremos a continuación a Aristóteles obtener el mismo honor y encontrarse a la vez maestro de los teólogos y jefe de los ateos.

Veinte sectas egipcias y judaicas se pusieron de acuerdo para atacar la religión del Imperio, pero combatiéndose entre sí con un igual furor, acabando por perderse en la religión de Jesús. Se llega a componer con sus restos una historia, una creencia, ceremonias y una moral, a las cuales se reunieron poco a poco la masa de estos iluminados.

Todos creían en un Cristo, en un Mesías enviado de Dios pare redimir el género humano. Es el dogma fundamental de toda secta que quiere elevarse sobre los restos de las sectas antiguas. Se disputaron, con el tiempo, sobre el lugar de su aparición, sobre su nombre mortal; pero el de un profeta que había aparecido, se dice, en Palestina bajo Tiberio, eclipsó a los otros, y los nuevos fanáticos se alistaron bajo el estandarte del hijo de María.

Mientras más se debilitaba el imperio, mayores progresos hacía esta religión cristiana. El envilecimiento de los antiguos conquistadores del mundo se extendía sobre los dioses, que, después de haber presidido sus victorias, no eran sino los testigos impotentes de sus derrotas. El espíritu de la nueva secta convenía mejor a tiempos de decadencia o de desgracia. Sus jueces, a pesar de sus

picardías y sus vicios, eran entusiastas dispuestos a perecer por su doctrina. El celo religioso de los filósofos y de los grandes no era sino una devoción política; y toda religión a la que se permite defenderse como una creencia que es útil dejar al pueblo, no puede esperarse sino de una agonía más o menos prolongada. Bien pronto el cristianismo se convirtió en un partido poderoso; se mezcla con la querella de los Césares; puso a Constantino sobre el trono, y se coloca él mismo al lado de sus débiles sucesores.

En vano uno de estos hombres extraordinarios, que el azar eleva algunas veces al poder soberano, Juliano, quiso librar al imperio de este azote que debía acelerar su caída. Sus virtudes, su humanidad indulgente, la sencillez de sus costumbres, la elevación de su alma y de su carácter, sus talentos, su valor, su genio militar y el brillo de sus victorias, todo parecía asegurarle el éxito. No se le podía reprochar el mostrar, por una religión ya ridícula, una adhesión indigna de él si era sincera, o inhábil por su exageración si sólo era política; pero pereció en medio de su gloria, después de un reinado de dos años. El coloso del imperio romano no encontró ya brazos bastante poderosos para sostenerlo, y la muerte de Juliano rompió el solo dique que pudo oponerse al torrente de las nuevas superficies como a las inundaciones de los bárbaros.

El menosprecio por las ciencias humanas era uno de los primeros caracteres del cristianismo. Tenía que vengarse de los ultrajes de la Filosofía; temía a este espíritu de examen y de duda, a esta confianza en su propia razón, azote de todas las creencias. Aun la unión de las Ciencias naturales le era odiosa y sospechosa; porque son muy peligrosas para el éxito de los milagros, y no hay ninguna religión que no fuerce a los sectarios a devorar algunos absurdos físicos, Así, el triunfo del cristianismo fue la señal de la completa decadencia de las ciencias y de la Filosofía.

Las ciencias hubieran podido preservarse de ella si se hubiese conocido el arte de la imprenta; pero los manuscritos de un mismo libro circulaban en pequeño número; era preciso, para procurarse las obras que formaban el cuerpo entero de una ciencia, cuidados, y con frecuencia, viajes y gastos, que sólo los ricos podían sufragar. Era fácil al partido dominante hacer desaparecer los libros que chocaban con sus prejuicios o desenmascaraban sus imposturas. Una invasión de los bárbaros podía en un solo día privar para siempre a un país entero de los medios de instruirse. La destrucción de un solo manuscrito era con frecuencia irreparable para toda una región. No se copiaban, por otra parte, sino las obras recomendadas por el nombre de sus autores. Todas estas investigaciones, que no podían adquirir importancia sino por su reunión; estas observaciones aisladas, estos perfeccionamientos de detalle que sirven para mantener las ciencias al mismo nivel, y que preparan sus progresos; todos estos materiales que el tiempo reúne y que esperan al genio, permanecían condenados a una obscuridad eterna. Este concierto de sabios, esta reunión de sus fuerzas, tan útil, tan necesaria incluso en ciertas épocas, no existía. Era preciso que el mismo individuo pudiese conservar y acabar un descubrimiento, y estaba obligado a combatir él solo todas las resistencias que la Naturaleza opone a nuestros esfuerzos. Las obras que facilitan el estudio de las ciencias, que aclaran sus dificultades, que presentan sus verdades bajo formas más cómodas y más simples, estos detalles de observación, estos desenvolvimientos que nos iluminan con frecuencia acerca de los errores de los resultados, y donde el lector sorprende lo que el mismo autor no ha percibido, estas obras no hubieran podido encontrar ni copistas ni lectores.

Era, pues, imposible que las ciencias, ya llegadas a una extensión que hacía difícil su progreso y aun su estudio profundo, pudiera sostenerse y resistir a la pendiente que las arrastraba rápidamente hacia su decadencia. Así, no debe sorprendernos que el cristianismo, que más tarde no ha sido suficientemente poderoso para impedir que reaparezcan con brillo, después de la invención de la imprenta, lo fuese entonces bastante para consumar su ruina.

Si se exceptúa el arte dramático, que no florece sino en Atenas, y que tuvo que caer con ella, y, la elocuencia, que no respira sino en un aire libre, la lengua y la literatura de los griegos conservaron mucho tiempo su esplendor. Luciano y Plutarco no hubieran palidecido en el siglo de Pericles. Roma, en verdad, se elevó al nivel de Grecia en la poesía, en la elocuencia, en la historia y

en el arte de tratar con dignidad, con elegancia, con agrado, los temas áridos de la Filosofía y de las ciencias. La misma Grecia no tiene poeta que dé, tanto como Virgilio, la idea de perfección; no tiene ningún historiador que pueda igualar a Tácito. Pero este momento de brillo fue seguido de una pronta decadencia. Desde los tiempos de Luciano, Roma no tenía sino escritores casi bárbaros, Crisóstomo habla todavía la lengua de Demóstenes. No se reconoció ya la de Cicerón o Tito Livio ni en Agustín ni aun en Jerónimo, que no tienen ya la excusa de la barbarie africana.

Es que jamás en Roma ni el estudio de las letras ni el amor de las artes fue un gusto verdaderamente popular; es que la perfección pasajera de la lengua fue allí la obra, no del genio nacional, sino de algunos hombres que Grecia había formado. Es que el territorio de Roma fue siempre para las letras un suelo extranjero, donde un cultivo asiduo había podido naturalizarlas, pero donde tenían que degenerar desde el momento en que quedasen abandonadas a sí mismas.

La importancia que tuvo durante mucho tiempo en Grecia y en Roma el talento de la tribuna y el del foro multiplicó allí la clase de los retóricos. Sus trabajos han contribuido al progreso del arte, del que han desenvuelto los principios y las delicadezas. Pero enseñaban otro demasiado olvidado por los modernos y que sería preciso transportar hoy de las obras pronunciadas a las obras impresas. Es el arte de preparar con facilidad y en poco tiempo discursos que la disposición de sus partes, el método que allí reina y los ornamentos que tienen esparcidos hacen por lo menos soportables; es el de poder hablar casi improvisando, sin fatigar a sus oyentes por el desorden de las ideas y la difusión del estilo, sin desagradarles por las declamaciones extravagantes, por los contrasentidos groseros, por las bizarras disputas. ¿Cómo no había de ser útil este arte en un país en el que las funciones de un cargo, un deber público o un interés particular podían obligar a hablar y a escribir sin tener tiempo de meditar sus discursos o sus obras? Su historia merece ocuparnos tanto más cuanto que los modernos, a quienes, sin embargo, sería con frecuencia necesario, parecen no haber conocido sino el lado ridículo.

Desde los comienzos de la época cuyo cuadro acabo aquí, los libros se han multiplicado bastante; la distancia de los tiempos había sembrado bastantes grandes obscuridades sobre las obras de los primeros escritores de Grecia, para que este estudio de los libros y de las opiniones, conocido con el nombre de erudición, formase una parte importante de los trabajos del espíritu; y la biblioteca de Alejandría se pobló de gramáticos y de críticos.

Se observa, en lo que de ellos nos queda, una inclinación a medir su admiración o su confianza en la antigüedad de un libro, sobre la dificultad de entenderlo o de encontrarlo; una disposición a juzgar las opiniones no en sí mismas, sino por el nombre de sus autores; a creer por la autoridad más bien que por la razón; en fin: la idea tan falsa y tan funesta de la decadencia del género humano y de la superioridad de los tiempos antiguos. La importancia que los hombres atribuyen a lo que ha sido el objeto de sus ocupaciones, a lo que le ha costado esfuerzos, es a la vez la explicación y la excusa de otros errores, que los eruditos de todos los tiempos y de todos los países han compartido más o menos.

Se puede reprochar a los eruditos griegos y romanos, y aun a sus sabios y a sus filósofos, el haber carecido enteramente del espíritu de duda que somete al examen severo de la razón los hechos y sus pruebas. Recorriendo en sus escritos la historia de los acontecimientos y de las costumbres, la de la producción y los fenómenos de la Naturaleza, o de los productos y los procedimientos de las artes, nos maravillamos de ver contar con tranquilidad los absurdos más palpables y los prodigios más increíbles. Un *se dice, se refiere*, colocado al comienzo de la prosa, les parece suficiente para ponerse al abrigo del ridículo de una credulidad pueril. Al mal de ignorarse todavía el arte de la imprenta debe atribuirse esta indiferencia, que ha corrompido en ellos el estudio de la Historia y que se ha opuesto a sus progresos en el conocimiento de la Naturaleza. La certidumbre de haber acumulado sobre cada hecho todas las autoridades que puedan confirmarlo o destruirlo; la facilidad de comparar los diversos testimonios, de ilustrarse por las discusiones que hace nacer su diferencia, todos estos medios de asegurarse de la verdad no pueden existir sino cuando es posible tener un

gran número de libros, de multiplicar indefinidamente las copias, de no temer darle demasiada extensión.

¿Cómo las relaciones de los viajeros, las descripciones de las que frecuentemente no existía sino una copia, que no eran sometidas a la censura pública, hubiesen podido adquirir esa autoridad, de la cual la ventaja de no haber sido contradicha y de haberlo podido ser es la base primera? Así se refería todo, porque era difícil escoger con alguna certidumbre lo que merecía ser referido. Por otra parte, no tenemos el derecho de asombrarnos de esta facilidad para presentar con una misma confianza, según autoridades iguales, los hechos más naturales y los más milagrosos. Este error se enseña todavía en nuestras escuelas como un principio de filosofía, mientras que una incredulidad exagerada en el sentido contrario nos lleva a rechazar sin examen todo lo que nos parece fuera de la Naturaleza, y la ciencia que puede únicamente enseñarnos a encontrar, entre estos dos extremos, el punto donde la razón nos prescribe detenernos, no ha comenzado a existir sino en nuestros días.

SEXTA ÉPOCA
Decadencia de las luces hasta su restauración hacia el tiempo de las Cruzadas.

En esta época desastrosa veremos el espíritu humano descender rápidamente de la altura en que se había elevado, y a la ignorancia arrastrar consigo aquí la ferocidad, allí la crueldad refinada y por todas partes la corrupción y la perfidia. Apenas algunos relámpagos de talento, algunos rasgos de grandeza de alma o de bondad pueden iluminar esta noche profunda. Los sueños teológicos y las imposturas supersticiosas son el único genio de los hombres, y la intolerancia religiosa, su sola moral; y la Europa, comprimida entre la tiranía sacerdotal y el despotismo militar, espera entre sangre y lágrimas el momento en que nuevas luces le permitirán renacer a la libertad, a la humanidad y a las virtudes.

Aquí estamos obligados a dividir el cuadro en dos partes distintas: la primera abrazará el Occidente, donde la decadencia fue más rápida y más absoluta, pero donde la luz de la razón debía reaparecer para no extinguirse jamás; y la segunda el Oriente, para quien esta decadencia fue más lenta, y durante mucho tiempo menos completa, pero que no ve todavía el momento en que la razón pueda iluminar y romper sus cadenas.

Apenas la piedad cristiana hubo abatido el altar de la victoria, el Occidente se convirtió en la presa de los bárbaros. Abrazaron la religión nueva, pero no tomaron la lengua de los vencidos; sólo los sacerdotes la conservaron, y gracias a su ignorancia, a su menosprecio por las letras humanas, se vio desaparecer lo que se hubiera podido esperar de la lectura de los libros latinos, puesto que estos libros no podían ser ya leídos sino por ellos.

Se conoce bien la ignorancia y las costumbres bárbaras de los vencedores; sin embargo, de en medio de esta ferocidad estúpida fue de donde salió la destrucción de la esclavitud doméstica, que había deshonrado los bellos días de la Grecia sabia y libre.

Los siervos de la gleba cultivaban las tierras de los vencedores. Esta clase oprimida proporcionaba domésticos para sus casas, y su dependencia bastaba para su orgullo y sus caprichos. Buscaban, pues, en la guerra, no esclavos, sino tierras y colonos.

Por otra parte, los esclavos que encontraban en las regiones invadidas por ellos eran, en gran parte, o prisioneros hechos por alguna de las tribus de la nación victoriosa, o los hijos de estos prisioneros. Un gran número, en el momento de la conquista, habían huido o se habían unido al ejército de los conquistadores.

En fin: los principios de fraternidad general, que formaban parte de la moral cristiana, condenaban la esclavitud; y los sacerdotes, que no tenían ningún interés político en contradecir sobre este punto las máximas que honraban su causa, ayudaron con sus discursos a una destrucción que los acontecimientos y las costumbres debían necesariamente introducir.

Este cambio ha sido el germen de una revolución en los destinos de la especie humana; ella le debe el haber podido conocer la verdadera libertad. Pero no ejerció primeramente sino un influjo casi insensible sobre la suerte de los individuos. Formaríamos una falsa idea de la servidumbre entre los antiguos si se la comparase a la de nuestros negros. Los espartanos, los grandes de Roma, los sátrapas de Oriente, fueron, a la verdad, dueños bárbaros. La avaricia desplegaba toda su crueldad en los trabajos de las minas; pero casi por todas partes, el interés había suavizado la esclavitud de las familias particulares, La impiedad de las violencias cometidas contra el siervo de la gleba era más grande todavía, puesto que la misma ley había fijado su precio. La dependencia era casi igual, sin tener la compensación de los cuidados y los socorros. La humillación era menos continua; pero

el orgullo tenía menos arrogancia. El esclavo era un hombre condenado por el azar a un estado al cual la suerte de la guerra podía un día exponer a su dueño. El siervo era un individuo de una clase inferior y degradada.

En sus consecuencias lejanas es donde debemos considerar, pues, principalmente, esta destrucción de la esclavitud doméstica.

Todas estas naciones bárbaras tenían próximamente la misma constitución; un jefe común, llamado rey, quien, con un Consejo, pronunciaba un juicio y daba decisiones que hubiera sido peligroso retardar; una asamblea de los jefes particulares, que era consultada sobre todas las resoluciones un poco importantes; en fin: una asamblea del pueblo, donde se mantenían las deliberaciones que interesaban al pueblo entero. Las diferencias más esenciales estaban en la mayor o menor autoridad de estos tres poderes, que no se distinguían por la naturaleza de sus funciones, sino por la de los asuntos, y, sobre todo, por el interés que la masa de los ciudadanos les había consagrado.

Entre estos pueblos agricultores, y sobre todo en los que habían ya formado un primer establecimiento sobre un territorio extranjero, estas constituciones habían tomado una forma más regular, más sólida que en los pueblos pastores. Por otra parte, la nación se había allí dispersado y no reunido allí en los campos más o menos numerosos. Así, el rey no tuvo a su lado un ejército permanente y el despotismo no pudo seguir allí inmediatamente a la conquista, como en las revoluciones del Asia.

La nación victoriosa no cayó, pues, en la servidumbre. Al mismo tiempo estos conquistadores conservaron ciudades, pero sin habitarlas ellos mismos. No estando contenidas por una fuerza armada, puesto que no la había permanente, adquirieron una especie de potencia; y éste fue un punto de apoyo para la libertad de la nación vencida.

Italia fue invadida con frecuencia por los bárbaros; pero ellos no pudieron formar allí establecimientos durables, porque sus riquezas excitaban sin cesar la avaricia de los nuevos vencedores, y los griegos conservaron mucho tiempo la esperanza de unirlos a su imperio. Jamás fue esclavizada por ningún pueblo ni por completo ni de una manera durable. La lengua latina, que era allí la lengua única del pueblo, se corrompió más lentamente; la ignorancia no fue allí tan completa ni la superstición tan estúpida como en el resto de Occidente.

Roma, que no reconoció dueño sino para cambiarlo, conservó una especie de independencia. Era la residencia del jefe de la religión. Así, mientras que en el Oriente, sometido a un solo príncipe, el clero, unas veces gobernado por los emperadores, otras veces conspirando contra ellos, sostenía el despotismo, aun combatiendo al déspota, y se complacía más en servirse de todo el poder de un dueño absoluto que en disputarle una parte, se vio, por el contrario, en el Occidente a los sacerdotes, reunidos bajo un jefe común, elevar una potencia rival a la de los reyes y formar en estos Estados divididos, una especie de monarquía única e independiente.

Mostraremos esta villa dominadora, ensayando sobre el universo las cadenas de una nueva tiranía: sus pontífices sojuzgan la ignorante credulidad por actos groseramente forjados, mezclando la religión con todas las transacciones de la vida civil para proceder de acuerdo con su avaricia o su orgullo; castigando con un anatema terrible, por el horror que despertaba en el espíritu de los pueblos, la menor oposición a sus leyes, la menor resistencia a sus pretensiones; teniendo en todos los Estados un ejército de monjes, siempre dispuestos a exaltar con sus imposturas los terrores religiosos, a fin de despertar más poderosamente el fanatismo; privando a las naciones de su culto y de las ceremonias sobre las cuales se apoyaban sus experiencias, para excitarlos a la guerra civil; perturbándolo todo para dominarlo todo; ordenando en nombre de Dios la traición y el perjurio, el asesinato y el parricidio; haciendo alternativamente de los reyes y de los guerreros los instrumentos y las víctimas de sus venganzas; disponiendo de la fuerza, pero no poseyéndola jamás, terribles para sus enemigos, pero trémulos ante sus propios defensores, omnipotentes en los extremos de Europa, pero impunemente ultrajados al pie mismo de sus altares; habiendo encontrado en el cielo el punto

de apoyo de la palanca que debía remover el mundo, pero no habiendo sabido encontrar sobre la tierra el regulador que puede dirigir y conservar la acción a su gusto; elevando, en fin, pero sobre pies de arcilla, un coloso que, después de haber oprimido la Europa, debía aún fatigarla durante mucho tiempo con el peso de sus restos.

La conquista había sometido al Occidente a una anarquía tumultuosa, en la cual el pueblo gemía bajo la triple tiranía de los reyes, de los jefes guerreros y de los sacerdotes; pero esta anarquía llevaba en su seno gérmenes de libertad. Deben comprenderse en esta porción de Europa a los países en donde los romanos no habían penetrado. Arrastrados al movimiento general, conquistadores y conquistados alternativamente, teniendo el mismo origen y las mismas costumbres que los conquistadores del imperio, estos pueblos se confundieron con ellos en una masa común. Su estado político debió experimentar los mismos cambios y seguir una marcha semejante.

Trazaremos el cuadro de las revoluciones de esta anarquía feudal, nombre que sirve para caracterizarla.

La legislación fue allí incoherente y bárbara. Si se encuentran con preferencia leyes dulces, esta aparente humanidad no era sino una impunidad peligrosa. Se observan allí, sin embargo, algunas instituciones preciosas que, aunque no consagrando en verdad sino los derechos de las clases opresoras, constituían un ultraje más para los derechos del hombre, pero que al menos conservaban de ellos una débil idea y debían algún día ser de guía para reconocerlos y restablecerlos.

Esta legislación presentaba dos usos singulares, que caracterizan la infancia de las naciones y la ignorancia de los siglos groseros. Un culpable podía librarse de la pena por una suma de dinero fijada por la ley, que apreciaba la vida de los hombres según su dignidad o su nacimiento. Los crímenes no eran considerados como un atentado contra la seguridad y contra los derechos de los ciudadanos, que el temor del suplicio debía evitar, sino como un ultraje hecho a un individuo, que él mismo o su familia tenían derecho de vengar, y del cual la ley le aprecia una reparación más útil. Se tenía tan poca idea de las pruebas en que la realidad de un hecho podía ser apoyada, que se consideraba más sencillo pedir al cielo un milagro, siempre que se tratase de distinguir el crimen de la inocencia y el éxito en la suerte de un combate, fue prueba supersticiosa considerada como el medio más seguro de descubrir y de reconocer la verdad.

Entre hombres que confundían la independencia y la libertad, las querellas entre los que dominaban sobre una porción, aunque fuese muy pequeña, del territorio, debían degenerar en guerras privadas; y estas guerras, que se hacían de cantón a cantón, de ciudad a ciudad, entregaban habitualmente la superficie entera de cada país a todos esos horrores que, al menos en las grandes invasiones, son sólo pasajeros, y que en las guerras generales no desolan sino las fronteras.

Siempre que la tiranía se esfuerza por someter la masa de un pueblo a la voluntad de una de sus partes, cuenta entre sus medios con los prejuicios y la ignorancia de sus víctimas; procura compensar por la reunión, por la actividad de una fuerza menor, la superioridad real de fuerza que parece que no puede cesar de pertenecer al mayor número. Pero el último término de estas esperanzas, aquel que raramente puede alcanzar, es el establecer entre los dueños y los esclavos una diferencia real que de algún modo haga a la Naturaleza misma cómplice de la desigualdad política.

Tal fue, en los tiempos remotos, el arte de los sacerdotes orientales, cuando se les veía a la vez reyes, pontífices, jueces, astrónomos, agrimensores, artistas y médicos. Pero lo que ellos debieron a la posesión exclusiva de las facultades intelectuales, los tiranos groseros de nuestros débiles antepasados, lo obtuvieron por sus instituciones y por sus hábitos guerreros. Cubiertos de armas impenetrables; no combatiendo sino sobre caballos tan invulnerables como ellos; no pudiendo adquirir la fuerza y la destreza necesaria para domar y conducir sus caballos, para soportar y manejar sus armas, sino por un largo y penoso aprendizaje, podían oprimir con impunidad y matar sin peligro al villano, que no era bastante rico para proporcionarse estas armaduras costosas, y cuya juventud, reclamada por trabajos útiles, no había podido ser consagrada a los ejercicios militares.

Así, la tiranía del pequeño número había adquirido, por el uso de esta manera de combatir, una superioridad real de fuerza que debía prevenir toda idea de resistencia y hacer inútiles los mismos esfuerzos de la desesperación; así, la igualdad de la naturaleza había desaparecido ante esta desigualdad artificial de las fuerzas físicas.

La moral, enseñada por los sacerdotes solos, encerraba esos principios universales que ninguna secta ha desconocido; pero creaba una multitud de deberes puramente religiosos y de pecados imaginarios. Estos deberes eran más enérgicamente recomendados que los de la naturaleza; y actos indiferentes, legítimos, con frecuencia incluso virtuosos, eran más secretamente reprochados y castigados que crímenes reales. Sin embargo, un momento de arrepentimiento, consagrado por la absolución de un sacerdote, abría el cielo a los malvados; donativos a la Iglesia y algunas prácticas que halagaban su orgullo bastaban para expiar una vida cargada de crímenes. Se llega hasta formar una tarifa de estas absoluciones. Se comprendía con cuidado entre estos pecados, desde las debilidades más inocentes del amor, desde los simples deseos hasta el refinamiento y los excesos del vicio más crapuloso. Se sabía que casi nadie podía escapar a esta censura, y era una de las ramas más productivas del comercio sacerdotal. Se imagina hasta un infierno de una duración limitada, que los sacerdotes tenían el poder de abreviar y del que podían incluso dispensar, y hacían comprar esta gracia primeramente a los vivos, después a los padres y a los amigos de los muertos. Vendían lugares en el cielo por un número igual en la tierra, y tenían la modestia de no exigir ningún sobreprecio.

Las costumbres de estos tiempos desdichados fueren dignos de un sistema tan profundamente corruptor.

He aquí los progresos de este mismo sistema: monjes que inventaban unas veces antiguos milagros y fabricaban otras veces milagros nuevos y alimentaban de fábulas y prodigios la ignorante estupidez del pueblo, al que engañaban para despojarle; doctores que empleaban toda su imaginación, para enriquecer su creencia con alguna novedad absurda y avivar de alguna manera las que le habían sido transmitidas; sacerdotes que obligaban a los príncipes a entregar a las llamas a los hombres que osaban dudar de uno solo de sus dogmas o entrever sus imposturas, o indignarse de sus crímenes, y a los que se desviaban por un momento de una obediencia ciega, en fin, hasta a los teólogos mismos cuando se permitían soñar de otro modo que los jefes acreditados en la Iglesia... Tales son, en esta época, los únicos rasgos que las costumbres de la parte occidental de Europa pueden proporcionar al cuadro de la especie humana.

En el Oriente, reunido bajo un solo déspota, veremos una decadencia más lenta seguir a la debilidad gradual del imperio; la ignorancia y la corrupción de cada siglo superar en algunos grados la ignorancia y la corrupción del siglo precedente; en tanto, las riquezas disminuyen, las fronteras se aproximan a la capital, las revoluciones eran más frecuentes y la tiranía era más cobarde y más cruel.

Siguiendo la historia de este imperio, leyendo los libros que cada edad ha producido, esta correspondencia herirá los ojos menos ejercitados y menos atentos.

En el Oriente el pueblo se entregaba a las querellas teológicas; éstas ocupaban allí un lugar mayor en la Historia e influían más sobre los acontecimientos políticos; los sueños encontraban allí una sutileza que el Occidente, envidioso, no podía alcanzar. La intolerancia religiosa es también allí opresora, pero menos feroz.

Sin embargo, las obras de Focio anuncian que no se había extinguido el gusto de los estudios razonables. Algunos emperadores, príncipes y aun princesas no se limitaron al honor de brillar en las disputas teológicas, y se dignaron cultivar las letras humanas.

La legislación romana no fue alterada sino lentamente, por esta mezcla de malas leyes, que la aridez y la tiranía dictaban a los emperadores o que la superstición arrancaba a su debilidad. La lengua griega perdió su pureza y su carácter, pero conserva su riqueza, sus formas y su gramática, y los habitantes de Constantinopla podían todavía leer a Homero y Sófocles, Tucídides y Platón.

Anterio propuso la construcción de los espejos de Arquímedes, que Proclo empleó con éxito en la defensa de la capital. A la caída del imperio allí había algunos hombres que se refugiaron en Italia y cuyos conocimientos fueron útiles para el progreso de las luces; así, en esta misma época, el Oriente no había alcanzado el término último de la barbarie, pero nada ofrecía tampoco la esperanza de una restauración. Llegó a ser presa de los bárbaros; sus débiles restos desaparecieron, y el clásico genio de la Grecia espera allí todavía un libertador.

En las extremidades del Asia, y sobre los confines del África, existía un pueblo que, por su posición y su ardimiento, había escapado a la conquista de los persas, de Alejandro y de los romanos. Entre sus numerosas tribus, unas debían su subsistencia a la agricultura; otras habían conservado su vida pastoril. Todas se entregaban al comercio y algunas al bandidaje. Reunidas por un mismo origen, por una misma lengua y por algunos hábitos religiosos, formaban una gran nación, y, sin embargo, ningún lazo político unía sus diversas porciones. Repentinamente se eleva medio de ellas un hombre dotado de un entusiasmo ardiente y de una política profunda; nació con los talentos de un poeta y los de un guerrero. Concibió el atrevido proyecto de reunir en un solo cuerpo las tribus árabes, y tuvo el valor de ejecutarlo. Para dar jefe a una nación hasta entonces indomable, comienza por elevar sobre los restos del culto antiguo una religión más depurada. Legislador, profeta, pontífice, juez, general de ejército, todos los medios de sojuzgar a los hombres están entre sus manos, y sabe emplearlos con habilidad, pero con grandeza.

Elabora un conjunto de fábulas que dice haber recibido del cielo, y al tiempo gana batallas. La plegaria y los placeres del amor comparten sus momentos. Después de haber gozado veinte años de un poder sin límites, del que no existe ningún otro ejemplo, declara que si ha cometido una injusticia está presto a repararla. Todos callan: una sola mujer osa reclamar una pequeña suma de dinero. Muere, y el entusiasmo que comunicó a su pueblo va a cambiar la faz de las tres partes del mundo.

Las costumbres de los árabes tenían elevación y dulzura, y amaban y cultivaban la poesía; y cuando reinaron sobre las más bellas regiones del Asia; cuando el tiempo hubo calmado la fiebre del fanatismo religioso, el gusto de las letras y de las ciencias vino a mezclarse con su celo por la propagación de la fe y a templar su ardor por las conquistas.

Estudiaron a Aristóteles, cuyas obras tradujeron. Cultivaron la Astronomía, la óptica, todas las partes de la Medicina, y enriquecieron estas ciencias con algunas verdades nuevas. Se les debe el haber generalizado el uso del Álgebra, limitado entre los griegos a una sola clase de cuestiones. Si la indagación quimérica de un secreto para transformar los metales y de un brebaje para conseguir la inmortalidad desvirtúa sus trabajos químicos, lo cierto es que fueron los restauradores, o, más bien, los inventores de esta ciencia hasta entonces confundida con la Farmacia o con el estudio de los procedimientos de las artes. En ellos aparece por primera vez el análisis de los cuerpos, de los que hace conocer los elementos y la teoría de sus combinaciones y de las leyes a que estas combinaciones están sometidas.

Las ciencias eran allí libres y debieron a esta libertad el haber podido resucitar algunos vislumbres del genio de los griegos; pero estaban sometidos a un despotismo consagrado por la religión. Así, esta luz no brilla durante algunos momentos sino para dar lugar a las más espesas tinieblas; y estos trabajos de los árabes hubieran sido perdidos para el género humano si no hubieran servido para preparar esta restauración más duradera, de que el Occidente nos va a ofrecer el cuadro.

Se ha visto, pues, por segunda vez al genio abandonar los pueblos que había iluminado; pero otra vez se ve forzado a desaparecer ante la tiranía y la superstición. Nacido en Grecia, al lado de la libertad, no pudo mi detener la caída ni defender la razón contra los prejuicios de los pueblos ya degradados por la esclavitud. Nacido entre los árabes, en el seno del despotismo y cerca de la cuna de una religión fanática, no ha sido, como el carácter generoso y brillante de este pueblo, sino una

excepción pasajera de las leyes generales de la Naturaleza, que condenan a la bajeza y a la ignorancia a las naciones serviles y supersticiosas.

Así, este segundo ejemplo no debe asustarnos respecto del porvenir; solamente advierte a nuestros contemporáneos que no debemos olvidar nada para conservar y para aumentar las luces, si quieren llegar a ser o permanecer libres, ni para mantener su libertad sino quieren perder las ventajas que las luces les han procurado.

Yo agregaré a la historia de los trabajos de los árabes la de la elevación rápida y caída precipitada de esta nación, que, después de haber reinado desde los bordes del océano Atlántico a las riberas del Indo; arrojados por los bárbaros de la mayor parte de sus conquistas; no habiendo conservado las demás sino para representar allí el espectáculo odioso de un pueblo degenerado hasta el último término de la servidumbre, de la corrupción y de la miseria, ocupa todavía su antigua patria donde ha conservado sus costumbres, su espíritu, su carácter, y ha sabido reconquistar y defender su antigua independencia.

Expondré cómo la religión de Mahoma, la más simple en sus dogmas, la menos absurda en sus prácticas, la más tolerante en sus principios, parece condenar a una esclavitud eterna, a una incurable estupidez toda esa vasta porción de la tierra donde ha extendido su imperio, mientras que vamos a ver brillar el genio de las ciencias y de la libertad bajo las supersticiones más absurdas, en medio de la más bárbara intolerancia. La China nos ofrece el mismo fenómeno, aun cuando los efectos de este veneno embrutecedor hayan sido menos funestos.

SÉPTIMA ÉPOCA

Desde los primeros progresos de las ciencias desde su restauración en el Occidente, hasta la invención de la imprenta.

Muchas causas han contribuido a dar gradualmente al espíritu humano esta energía que parecía deber comprimir para siempre cadenas tan vergonzosas y tan pesadas.

La intolerancia de los sacerdotes, sus esfuerzos para apoderarse de los Poderes políticos, el desorden de sus costumbres, más lamentable por su hipocresía, debían levantar contra ellos las almas puras, los espíritus sagrados, los caracteres valerosos. Sorprendía la contradicción de sus dogmas, de sus máximas y de su conducta con estos mismos Evangelios, primer fundamento de su doctrina como de su moral, y de los cuales no habían podido ocultar enteramente al pueblo su conocimiento.

Se elevan, pues, contra ellos poderosas reclamaciones. En el mediodía de Francia se reunieron provincias enteras para adoptar una doctrina más simple, un cristianismo más depurado, en el que el hombre, sometido a la divinidad sola, juzgaría según sus propias luces lo que se ha sidnado revelar en los libros emanados de ella.

Ejércitos fantásticos, dirigidos por jefes ambiciosos, devastaron estas provincias. Verdugos dirigidos por legados y sacerdotes inmolaron a los que se salvaron de la soldadesca. Se estableció un tribunal de monjes, encargado de enviar al verdugo al sospechoso siquiera de obrar según su razón.

Sin embargo, no pudieron impedir que este espíritu de libertad y de examen hiciese sordamente progresos, Reprimido en el país en que osaba mostrarse, donde más de una vez la intolerante hipocresía alumbra guerras sanguinarias, se reproducía y se extendía en secreto en otra región. Se le vuelve a encontrar en todas las épocas hasta el momento en que, secundado por la invención de la imprenta, fue bastante poderoso para libertar una parte de Europa del yugo de la curia romana.

Ya existía una clase de hombres que, superiores a todas las supersticiones, se contentaban con menospreciarlas en secreto, o bien se permitían, como de paso, poner de relieve algunos rasgos de un ridículo que resultaba más por el velo de respeto con que tenían siempre buen cuidado de encubrirlo. La burla obtenía gracia para estos atrevimientos que, sembrados con precaución en las obras destinadas a divertir a los grandes o a los letrados, pero ignoradas del pueblo, no despertaban el odio de sus perseguidores.

Federico II se hizo sospechoso de ser lo que los sacerdotes del siglo XVIII llamaron un *filósofo*. El Papa le acusa, ante todas las naciones, de haber considerado como fábulas políticas las religiones de Moisés, de Jesús y de Mahoma. Se atribuye a su canciller, Pierre de Vignes, el libro imaginario de los *tres impostores*. Pero el título sólo anunciaba la existencia de una opinión, resultado bien natural del examen de tres creencias, que, nacidas de la misma fuente, no eran sino la corrupción de un culto más puro, prestado por pueblos más antiguos al alma universal del mundo.

Las colecciones de nuestros romanos y el *Decameron* de Boccacio están llenos de rasgos que respiran esta libertad de pensar, este menosprecio de los prejuicios y esta disposición para convertirlos en objeto de una irrisión maligna y secreta.

Así, esta época nos presenta pacíficos conformistas de todas las supersticiones al lado de narradores entusiastas de sus abusos más groseros, y podemos casi ligar la historia de estas

reclamaciones obscuras, de estas protestas en favor de los derechos de la razón, con la de los últimos filósofos de la escuela de Alejandría.

Examinaremos si en un tiempo en que el proselitismo religioso hubo de ser tan peligroso, no se forman sociedades secretas destinadas a perpetuar, a esparcir sordamente y sin peligro, entre algunos adeptos, un pequeño número de verdades limpias, como seguro preservativo contra los prejuicios dominantes.

Veremos si no se debe colocar en el número de estas sociedades esta orden célebre, contra la cual conspiraron con tanta bajeza los Papas y los reyes, y a la que destruyeron con tanta barbarie.

Los sacerdotes eran obligados a estudiar, sea para defenderse, sea para encubrir con algunos pretextos sus usurpaciones, sobre el poder secular y perfeccionarse en el arte de fabricar documentos supuestos. Por otra parte, para sostener con menos desventaja esta guerra, en la que las pretensiones se apoyaban sobre la autoridad y sobre los ejemplos, los reyes favorecieron escuelas, en que pudieran formarse los jurisconsultos que tenían necesidad de oponer a los sacerdotes.

En estas disputas entre el clero y los gobiernos, entre el clero de cada país y el jefe de la Iglesia, los que tenían un espíritu más justo, un carácter más franco, más elevado, combatieron por la causa de los hombres contra la de los sacerdotes, por la causa del clero nacional contra el despotismo del jefe extranjero. Atacaron estos abusos, estas usurpaciones, cuyo origen procuraron revelar. Este atrevimiento no nos parece hoy sino una timidez servil; reímos de ver prodigar tantos trabajos para probar lo que debía enseñar el simple buen sentido; pero estas verdades, entonces nuevas, decidían con frecuencia los destinos de un pueblo; estos hombres las buscaban con un alma independiente, las defendían con valor, y por ellos, la razón humana ha comenzado a recordar sus derechos y su libertad.

En las querellas que se elevaban entre los reyes y los señores, los primeros se aseguraron el apoyo de las grandes villas, o mediante privilegios, o por la restauración de algunos de los derechos naturales del hombre; procuraron multiplicar, mediante franquicias, las que gozaban del derecho de municipio. Estos mismos hombres, que renacían a la libertad, comprendieron cuánto les importaba adquirir, por el estudio de las leyes y de la Historia, una habilidad y una autoridad de opinión que les ayudase a contrapesar la potencia militar de la tiranía feudal.

La rivalidad de emperadores y de Papas impidió a Italia reunirse bajo un dueño y mantuvo un gran número de sociedades independientes. En los pequeños Estados hay necesidad de agregar el poder de la persuasión al de la fuerza y emplear las negociaciones con tanta frecuencia como las armas; y como esta guerra política tenía por principio una guerra de opinión; como nunca perdió Italia absolutamente el gusto del estudio, tenía que ser para Europa un foco de luz, débil todavía, pero que prometía aumentar con rapidez.

En fin: el entusiasmo religioso arrastra a los occidentales a la conquista de los lugares sagrados, según se decía, por la muerte y por los milagros de Cristo, y al mismo tiempo que este furor era favorable a la libertad, por debilitar y empobrecer a los señores, extendía las relaciones de los pueblos europeos con los árabes, relaciones que ya habían entablado en su mezcla con los cristianos de España y que el comercio de Pisa, Génova y Venecia había cimentado. Se aprendió la lengua de los árabes, se leyeron sus obras, se conocieron una parte de sus descubrimientos, y si no se superó el punto en que ellos habían dejado las ciencias, se tuvo al menos la ambición de alcanzarlo.

Estas guerras, emprendidas por la superstición, sirvieron para destruirla. El espectáculo de muchas religiones acabó por inspirar a los hombres de buen sentido una misma indiferencia por estas creencias igualmente impotentes contra los vicios o las pasiones de los hombres, un menosprecio igual por la adhesión igualmente sincera, igualmente tenaz, de los sectarios de las opiniones contradictorias.

Se habían formado en Italia repúblicas, de las que cada una había imitado las formas de las repúblicas griegas, mientras que las otras ensayaron conciliar con la servidumbre, en un pueblo sometido, la libertad y la igualdad democrática de un pueblo soberano. En Alemania, en el Norte, algunas ciudades, que obtuvieron una independencia casi absoluta, se gobernaron por sus propias leyes. En algunas partes de la Helvecia el pueblo rompe las cadenas de la feudalidad, así como las del poder real. En casi todos los grandes Estados se vieron nacer constituciones imperfectas, en que la atoridad para obtener los subsidios, y para hacer leyes nuevas fue compartida unas veces entre el rey, los nobles, el clero y el pueblo, y otras veces entre el rey, los barones y los municipios, en los que el pueblo, sin salir todavía de la humillación, estaba al menos al abrigo de la opresión; donde los que componen verdaderamente las naciones estaban llamados al derecho de defender sus intereses y de-ser oídos por los que regulan sus destinos. En Inglaterra, un acta célebre, solemnemente jurada por el rey y por los grandes, garantizaba los derechos de los barones y algunos de los derechos del hombre.

Otros pueblos, provincias y aun ciudades obtuvieron fueros o cartas semejantes, menos célebres y menos defendidas. Ellas son el origen de estas declaraciones de derechos, consideradas hoy por todos los hombres cultos como la base de la libertad, y de las que los antiguos no habían concebido ni podían concebir la idea, porque la esclavitud doméstica manchaba sus constituciones; que entre ellos el derecho de ciudadanía era hereditario o conferido por una adopción voluntaria y porque no eran educados hasta el conocimiento de estos derechos inherentes a la especie humana y pertenecientes a todos los hombres con una entera igualdad.

En Francia, en Inglaterra y en algunas otras grandes naciones, el pueblo pareció querer restaurar sus verdaderos derechos; pero cegado por el sentimiento de la opresión, más bien que iluminado por la razón, el fruto único de sus esfuerzos fueron las violencias, inmediatamente expiadas por venganzas más bárbaras, y sobre todo más injustas, y el pillaje, seguido de una miseria más grande.

Sin embargo, entre los ingleses, los principios del reformador Wicleff habían sido el motivo de unos de estos movimientos, dirigidos por algunos de sus discípulos, presagio de las tentativas más continuas y mejor combinadas que los pueblos debían hacer bajo otros reformadores en un siglo más esclarecido.

El descubrimiento de un manuscrito del Código de Justiniano hizo renacer el estudio de la Jurisprudencia y de la Legislación, y sirvió para hacer menos bárbara incluso la de los pueblos que supieron aprovecharlas sin querer someterse a ellas.

El comercio de Pisa, de Génova, de Florencia, de Venecia, de las ciudades de Bélgica y de algunas ciudades libres de Alemania, abrazaba el Mediterráneo, el Báltico y las costas del océano europeo. Sus negociantes fueron a buscar los productos preciosos del Levante en los puertos del Egipto y en las extremidades del Mar Negro.

La Política, la Legislación y la Economía pública no eran ciencias todavía; no se ocupaban todavía de buscar, de profundizar y de desenvolver sus principios; pero al comenzar a aclararse por la experiencia, se reunían las observaciones que podían conducir a ello; se instruían acerca de los intereses que debían hacer sentir su necesidad.

No se conoció en un principio a Aristóteles sino por una traducción hecha del árabe, y su filosofía, perseguida en los primeros instantes, reina bien pronto en todas las escuelas; no lleva la luz, pero da más regularidad y más métodos a este arte de la argumentación que las disputas teológicas habían hecho nacer. Esta escolástica no conducía al descubrimiento de la verdad, y no servía ni siquiera para discutirla ni apreciar bien sus pruebas, pero agudizaba los espíritus; y este gusto por las distinciones sutiles, esta necesidad de dividir siempre las ideas, de recoger sus matices fugitivos, de presentarlos con palabras nuevas, todo este aparato empleado para embarazar a un individuo en la disputa o para escapar a sus asechanzas fue el primer origen de este análisis fisiológico que ha sido luego la fuente fecunda de nuestros progresos.

Debemos a estos escolásticos nociones más precisas sobre las ideas que se pueden formar del Ser Supremo y de sus atributos; sobre la distinción entre la causa primera y el universo que se supone gobernar; sobre la del espíritu y la materia; sobre los diferentes sentidos que se pueden atribuir a la palabra *libertad*; sobre lo que se entiende por la *creación*; sobre la manera de distinguir entre las diversas operaciones del espíritu humano y de clasificar las ideas que se forman de los objetos reales y de sus propiedades.

Pero este mismo método no podía sino retardar en las escuelas el progreso de las Ciencias naturales. Algunas investigaciones anatómicas, trabajos oscuros sobre la Química, únicamente empleados en buscar la "gran obra"; estudios sobre la Geometría y el Álgebra, que no se elevaron ni siquiera a saber todo lo que los árabes habían descubierto ni a entender las obras de los antiguos; en fin: observaciones y cálculos astronómicos que se limitaban a formar y a perfeccionar tablas, y que desvirtuaban una ridícula mezcla de astrología, tal es el cuadro que estas ciencias ofrecían. Sin embargo, las artes mecánicas comenzaron a aproximarse a la perfección que habían conservado en Asia; el cultivo de la seda se introdujo en los países meridionales de Europa; los molinos de viento y las papelerías se establecieron también; el arte de medir el tiempo había pasado los límites en que se habían detenido entre los antiguos y entre los árabes.

En fin: dos descubrimientos importantes marcan esta misma época. La propiedad que tiene el imán de dirigirse hacia un mismo punto del cielo, propiedad conocida de los chinos y aun empleada por ellos para guiar los navíos, fue también observada en Europa. Se aprendió a utilizar la brújula, cuyo uso aumenta la actividad del comercio y perfecciona el arte de la navegación y proporciona la idea de aquellos viajes que dieron luego a conocer un mundo nuevo y permitieron al hombre pasear sus miradas sobre toda la extensión del globo en que está colocado. Un químico, mezclando el salitre con una materia inflamable, encontró el secreto de esta pólvora que ha de producir una revolución inesperada en el arte de la. guerra. A pesar de los efectos terribles de las armas de fuego, al alejar a los combatientes, han hecho la guerra menos cruel, y a los guerreros, menos feroces. Las expediciones militares son más dispendiosas, la riqueza puede contrapesar la fuerza: las naciones, incluso las más belicosas, sienten la necesidad de prepararse, de asegurarse los medios de combate, enriqueciéndose por el comercio y las artes. Los pueblos civilizados no tienen ya que temer el valor ciego de las naciones bárbaras. Las grandes conquistas y las revoluciones que le siguen se han hecho casi imposibles.

La superioridad que una armadura de hierro, que el arte de conducir un caballo casi invulnerable, de manejar una lanza, maza o espada, daban a la nobleza sobre el pueblo, acabó por desaparecer totalmente. Y la destrucción de este último obstáculo a la libertad de los hombres y a su igualdad real es debida a un invento que, al primer golpe de vista, amenazaba aniquilar la raza humana.

En Italia la lengua había llegado casi a su perfección hacia el siglo XIV. El Dante es, con frecuencia, noble, preciso, enérgico. Bocaccio tiene la gracia, la sencillez y la elegancia. El ingenioso y sensible Petrarca no ha envejecido. En esta región, donde el clima feliz se aproxima al de Grecia, se estudiaban los modelos de la antigüedad; se ensayaba transportar a la nueva lengua algunas de sus bellezas; se trataba de imitarlas en la suya. Ya algunos ensayos hacían esperar que se despertaría el genio de las artes, evocado por la visión de los monumentos antiguos e instruido por esas lecciones mudas, pero elocuentes, y por segunda vez embellecería la existencia del hombre y le prepararía estos placeres puros, cuyo goce es igual para todos y se aumenta a medida que se comparte.

El resto de Europa seguía de lejos el movimiento; pero el gusto de las letras y de la poesía comenzaba por lo menos a pulir las lenguas, todavía bárbaras.

Los mismos motivos que habían forzado los espíritus a salir de su largo letargo debían dirigir también sus esfuerzos. La razón no podía ser llamada a decidir las cuestiones que los intereses opuestos obligaban a agitar: la religión, lejos de reconocer su autoridad, pretendía someterla y se

enorgullecía de humillarla; la política consideraba como justo lo que era consagrado por convenciones, por un uso constante y por cuestiones antiguas.

No se dudaba de que los derechos de los hombres estuviesen escritos en el libro de la Naturaleza y que consultar otros fuese desconocerlos y ultrajarlos. Era en los libros sagrados, en los autores respetados, en las bulas de los Papas, en los rescriptos de los reyes, en las colecciones consuetudinarias y en los anales de las iglesias en donde se buscaban las máximas o los ejemplos de los que se podía permitir el sacar consecuencias. No se trataba ya de examinar un principio en sí mismo, sino de interpretar, de discutir, de destruir o de fortificar por otros textos aquellos sobre los cuales se le apoyaba. No se adoptaba una proposición porque fuese verdadera, sino porque estaba escrita en tal libro y porque había sido admitida en tal país y desde tal siglo.

Así, por todas partes la autoridad de los hombres substituía a la de la razón. Se estudiaban los libros mucho más que la Naturaleza, y las opiniones de los antiguos más bien que los fenómenos del universo. Esta esclavitud del espíritu, en la cual no se tenía todavía el recurso de una crítica depurada, fue entonces más perjudicial a los progresos de la especie humana, en cuanto corrompió el método de estudiar, más aún que por sus efectos inmediatos. Se estaba tan lejos de haber alcanzado a los antiguos, que no era tiempo todavía de procurar corregirlos o superarlos.

Las costumbres conservaron durante esta época su corrupción y su ferocidad; la intolerancia religiosa fue incluso más activa, y las discordias civiles, las guerras perpetuas de una multitud de pequeños príncipes reemplazaron las invasiones de los bárbaros y el azote más funesto de las guerras privadas. A la verdad, la galantería de los menestrales y de los trovadores, la institución de una caballería que profesaba la generosidad y la franqueza, consagrándose al mantenimiento de la religión y a la defensa de los oprimidos, como al servicio de las damas, parecía debían dar a las costumbres más dulzura, decoro y elevación. Pero estos cambios, limitados a las cortes y a los castillos, no alcanzaron la masa del pueblo. De aquí resultaba un poco más de igualdad entre los nobles y menos perfidia y crueldad en sus relaciones recíprocas; pero su menosprecio por el pueblo, la violencia de su tiranía y la audacia de su bandidaje, permanecieron las mismas; y las naciones, igualmente oprimidas, fueron igualmente ignorantes, bárbaras y corrompidas,

Esta galantería poética y militar, esta caballería, debida en gran parte a los árabes, cuya generosidad natural resiste largo tiempo en España a la superstición y al despotismo, fueron útiles sin duda; ellas esparcieron gérmenes de humanidad que no debían fructificar sino en tiempos más felices; y fue el carácter general de la época el de haber dispuesto el espíritu humano para la revolución que el descubrimiento de la imprenta debía introducir, y haber preparado la tierra que las edades siguientes debían cubrir de una cosecha tan rica y tan abundante.

OCTAVA ÉPOCA

Desde la invención de la imprenta hasta los tiempos en que las ciencias y la Filosofía sacudieron el yugo de la autoridad.

Los que no han reflexionado sobre la marcha del espíritu humano en el descubrimiento, sea de las verdades de las ciencias, sea de los procedimientos de las artes, deben asombrarse de que un tan largo período de tiempo haya separado el conocimiento del arte de imprimir los dibujos y el descubrimiento del arte de imprimir los caracteres.

Sin duda algunos grabadores de planchas habían tenido la idea de esta aplicación de su arte, pero les había impresionado más las dificultades de ejecución que las ventajas del éxito: y es una fortuna que no se haya podido sospechar todo su alcance; porque los sacerdotes y los reyes se hubieran unido para sofocar, desde su nacimiento, el enemigo que había de desenmascararlos y destronarlos.

La imprenta multiplica indefinidamente y con poco gasto los ejemplares de una misma obra. Desde entonces, la facultad de tener libros, de adquirirlos, según su gusto y sus necesidades, se dio para todos los que saben leer: y esta facilidad de la lectura ha aumentado y propagado el deseo y los medios de instruirse.

Estas copias multiplicadas, difundiéndolos con la mayor rapidez, no solamente los hechos, sino los descubrimientos, adquieren una publicidad más extensa, pero la adquieren con una mayor prontitud. Las luces se han hecho el objeto de un comercio activo, universal.

Se buscaban los manuscritos como se buscan hoy las obras raras. Lo que no era leído por algunos individuos ha podido serlo, pues, por un pueblo entero y llegar casi al mismo tiempo a todos los hombres que entendían la misma lengua.

Se ha conocido el medio de hablar a las naciones dispersas. Se ha visto establecerse una nueva especie de tribuna, desde las que se comunican impresiones menos vivas, pero más profundas; desde la que se ejerce un imperio menos tiránico sobre las pasiones, pero obteniendo sobre la razón una potencia más segura y más durable, y todo redunda en ventaja de la verdad, puesto que el arte no ha perdido sobre los medios de seducir, sino ganando sobre los de esclarecer. Se ha procurado una opinión pública, poderosa por el número de los que la comparten, enérgica, porque los motivos que la determinan actúan a la vez sobre todos los espíritus aun a distancias muy alejadas. Así, se ha visto elevarse en favor de la razón y la justicia un tribunal independiente de toda potencia humana, a la cual es difícil ocultar nada e imposible substraerse.

Los métodos nuevos, la historia de los primeros pasos en la ruta que debe conducir a un descubrimiento, los trabajos que los preparan, las perspectivas que pueden sugerir la idea, o solamente inspirar el deseo de buscarlo, se esparcen con prontitud, ofrecen a cada individuo el conjunto de los medios que los esfuerzos de todos han podido crear; y por estos socorros mutuos el genio parece haber más que doblado sus fuerzas,

Todo error nuevo es combatido desde su nacimiento; atacado frecuentemente antes de haberse podido propagar, no tuvo tiempo de arraigarse en los espíritus. Aquellos que, recibidos desde la infancia, se han identificado de alguna suerte con la razón de cada individuo, que los terrores o la esperanza los han hecho caros para las almas débiles, han sido quebrantados por el solo hecho de ser imposible impedir la discusión, ocultar que puedan ser rechazados y combatidos, de oponerse a los progresos de las verdades que, de consecuencia en consecuencia, deben, a la larga, hacer reconocer el absurdo.

A la imprenta se debe la posibilidad de difundir las obras que solicitan las circunstancias del momento o los movimientos pasajeros de la opinión y de ese modo interesar, en cada cuestión que se discute, por un punto único, a la universalidad de los hombres que hablan la misma lengua.

Sin los socorros de este arte, ¿hubieran podido multiplicarse estos libros destinados a cada clase de hombres, a cada grado de instrucción? Las discusiones prolongadas, que son las únicas que pueden llevar una luz segura en las cuestiones dudosas y afirmar sobre una base inquebrantable estas verdades demasiado abstractas, demasiado sutiles, demasiado alejados de los prejuicios del pueblo o de la opinión común de los sabios para no ser demasiado pronto olvidados y desconocidos; los libros puramente elementales, los diccionarios, las obras en que se reúnen con todos sus detalles una multitud de hechos, de observaciones y de experiencias, en los que todas las pruebas son desenvueltas y todas las dudas discutidas; estas colecciones preciosas, que encierran unas veces todo lo que ha sido observado, escrito y pensado sobre una rama particular de las ciencias, y otras veces el resultado de los trabajos anuales de todos los sabios de un mismo país; estas tablas, estos cuadros de toda especie, de los que unos ofrecen a los ojos los resultados que el espíritu no hubiera recogido sino con un trabajo penoso y los otros muestran a la voluntad el hecho, la observación, el número, la fórmula, el objeto que se tiene necesidad de conocer, mientras que otros, en fin, presentan, bajo una forma cómoda, en un orden metódico, los materiales de que el genio debe obtener verdades nuevas; todos estos medios de hacer la marcha del espíritu humano más rápida, más segura, más fácil; todos éstos, en suma, son también beneficios de la imprenta.

Todavía mostraremos otros nuevos cuando analicemos los efectos de la sustitución de las lenguas nacionales al uso casi exclusivo para las ciencias, de una lengua común a los sabios de todos los países.

En fin: ¿no ha libertado la imprenta a la instrucción de los pueblos de todas las cadenas políticas y religiosas? En vano uno u otro despotismo invadiría todas las escuelas; en vano hubiera éste podido, por instituciones severas, fijar invariablemente los errores con que prescribía infestar los espíritus, las verdades de que ordenaba preservarlo; en vano las cátedras, consagradas a la instrucción moral del pueblo o a la de la juventud en la filosofía o en las ciencias, se condenarían a no transmitir jamás sino una doctrina favorable al mantenimiento de esta doble tiranía: la imprenta puede esparcir todavía una luz independiente y pura. Esta instrucción, que cada hombre puede recibir por los libros en el silencio y en la soledad, no puede ser universalmente corrompida; basta que exista un rincón libre de la tierra en el que la prensa pueda tirar sus hojas. ¿Cómo en esta multitud de libros diversos, de ejemplares de un mismo libro, de reimpresiones que, en algunos instantes le multiplican de nuevo, se podrán cerrar herméticamente todas las puertas por las cuales busca la verdad introducirse?

Lo que era difícil incluso cuando no se trataba sino de destruir algunos ejemplares de un manuscrito para aniquilarlo definitivamente, cuando bastaba proscribir una verdad, una opinión durante algunos años para consagrarla a un olvido eterno, ¿no ha llegado a ser imposible hoy, que sería preciso emplear una vigilancia sin cesar renovada, una actividad que no reposase nunca? ¿Cómo, si se llegase incluso a descartar estas verdades demasiado palpables, que hieren directamente los intereses de los inquisidores, se impediría que penetrasen y se difundiesen aquellas que encierran estas verdades proscritas, sin dejarse apercibir demasiado, que las preparan y que deben un día conducir a ellas? ¿No se vería forzada un día la hipocresía a perder su careta y su caída sería tan funesta a la potencia del error como lo es la verdad? Así veremos a la razón triunfar de estos vanos esfuerzos; la veremos en esta guerra, siempre renaciente y con frecuencia cruel, triunfar de la violencia como de la mentira, desafiar a los verdugos y resistir la seducción, aplastando con su mano todopoderosa la hipocresía fanática, que exige para sus dogmas una adoración sincera, y a la hipocresía política, que suplica de rodillas que se sufra el que aprovechen en paz los errores en que si hemos de creerla es tan útil a los pueblos como a ella misma, permanecer para siempre sumergidos.

La invención de la imprenta coincide casi entre dos acontecimientos, de los cuales el uno ha ejercido una acción inmediata sobre los progresos del espíritu humano, mientras que el influjo del otro sobre el destino de la humanidad entera no debe tener de término sino su duración.

Hablo de la toma de Constantinopla por los turcos y del descubrimiento, sea del Nuevo Mundo, sea del camino que ha abierto a Europa una comunicación directa con las partes orientales del África y el Asia.

Los literatos griegos, huyendo de la dominación tártara, buscaron un asilo en Italia. Enseñaron a leer en su lengua original, a los poetas, oradores, historiadores, filósofos y sabios de la antigua Grecia; multiplicaron primeramente los manuscritos, y bien pronto las ediciones. No se limitan a la adoración de lo que se había convenido en llamar la doctrina de Aristóteles; se busca en sus propios escritos lo que había sido realmente, y se osa juzgarla y combatirla; se le opone Platón, y ya era haber sacudido el yugo el creerse con derecho a escoger un maestro.

La lectura de Euclides, de Arquímedes, de Diofanto, de Hipócrates, del libro de los animales y de la misma física de Aristóteles reanimaron el genio de la Geometría y de la Física, y opiniones anticristianas de los filósofos despertaron las ideas casi extinguidas de los antiguos derechos de la razón humana.

Hombres intrépidos, guiados por el amor de la gloria y la pasión de los descubrimientos, habían hecho retroceder para la Europa los límites del universo, le habían mostrado un nuevo cielo y le habían abierto tierras desconocidas. Gama había penetrado en la India después de haber seguido con una paciencia infatigable la inmensa extensión de las costas africanas; mientras que Colón, abandonándose a las olas del océano Atlántico, había alcanzado este mundo, hasta entonces desconocido, que se extiende entre el occidente de Europa y el oriente de Asia.

Si este sentimiento, cuya inquieta actividad abrazando desde entonces todos los objetos, presagiaba los grandes progresos de la especie humana; si una noble curiosidad había animado a los héroes de la navegación, una baja y cruel aridez, un fanatismo estúpido y feroz dirigía los reyes y los bandidos, que debían aprovechar sus trabajos. Los seres infortunados que habitaban estas regiones nuevas no fueron tratados como hombres, porque no eran cristianos. Este prejuicio, más envilecedor para los cristianos que para las víctimas, sofocaba toda especie de remordimientos y les entregaba sin freno a la sed inextinguible de oro y de sangre de estos hombres ávidos y bárbaros que Europa vomitaba en su seno. Los huesos de cinco millones de hombres han cubierto estas tierras infortunadas, donde portugueses y españoles llevaron su avaricia, sus supersticiones y su furor. Ellos depondrán hasta el fin de los siglos contra esta doctrina de la utilidad política de las religiones, que todavía encuentra apologistas entre nosotros,

En esta época solamente ha podido conocer el hombre el globo que habita, estudiar en todos los países la especie humana, modificada por el largo influjo de las causas naturales o de las instituciones sociales, y observar las producciones de la tierra y de los mares en todas las temperaturas y en todos los climas. Así, los recursos de toda especie, que estas producciones ofrecen al hombre, todavía tan lejos de haberlos agotado ni de sospechar siquiera su entera extensión, todo lo que el conocimiento de estos objetos puede agregar a la ciencia en cuanto a verdades nuevas y destruir errores acreditados; la actividad del comercio, que ha hecho tomar un nuevo impulso a la industria, a la navegación y, por un encadenamiento necesario, a todas las ciencias como a las artes; la fuerza que ha dado esta actividad a las naciones libres para resistir a los tiranos, a los pueblos esclavizados para romper sus hierros, para limar al menos los del feudalismo, tales han sido las consecuencias felices de estos descubrimientos. Pero estas ventajas no habrán expiado las que han costado a la humanidad sino en el momento en que la Europa, renunciando al sistema opresor y mezquino de un comercio de monopolio, se acuerde de que los hombres de todos los climas, iguales y hermanos por el voto de la Naturaleza, no han sido formados por ella para nutrir el orgullo y la avaricia de algunas naciones privilegiadas; el momento en que, mejor iluminada sobre sus verdaderos intereses, llame a todos los pueblos para compartir su

independencia, su libertad y sus luces, Desgraciadamente, es preciso preguntarse todavía si esta revolución será el fruto honorable de los progresos de la Filosofía o solamente, como ya lo hemos visto, la consecuencia vergonzosa de los celos nacionales y de los excesos de la tiranía.

Hasta esta época los atentados del sacerdocio habían quedado impunes. Las reclamaciones de la humanidad oprimida y de la razón ultrajada habían sido sofocadas en la sangre y en las llamas. El espíritu que había dictado estas reclamaciones no estaba extinguido, pero este silencio del terror enardecía para nuevos escándalos. En fin: el de autorizar a los monjes y hacer vender por ellos en las tabernas y en las plazas públicas la expiación de los pecados determina una explosión nueva. Lutero, con los libros sagrados en una mano, mostraba con la otra el derecho que se arrogaba el Papa de absolver de los crímenes y vender su perdón; el despotismo insolente que ejercía sobre los obispos, durante mucho tiempo iguales suyos; la cena fraternal de los primeros cristianos, convertida bajo el nombre de misa en una especie de operación mágica y en un objeto de comercio; los sacerdotes, condenados a la corrupción de un celibato irrevocable; esta ley, bárbara o escandalosa, extendiéndose a los monjes y a las religiosas, cuya ambición pontifical había inundado y manchado la Iglesia; todos los secretos: laicos, entregados por la confesión a las intrigas y a las pasiones de los sacerdotes; Dios mismo, en fin, conservando apenas una pequeña parte en estas adoraciones prodigadas al pan, a hombres, a huesos o a estatuas.

Lutero anunciaba a los pueblos asombrados que estas instituciones irritantes no eran el cristianismo, sino la depravación y la vergüenza, y que para ser fiel a la religión de Jesucristo, era preciso comenzar por abjurar a la de sus sacerdotes. Empleaba igualmente las armas de la dialéctica o de la erudición y los rasgos no menos poderosos del ridículo. Escribía, a la vez, en alemán y en latín. No era ya como en los tiempos de los albigenses y de Juan Huss, cuya doctrina, desconocida más allá de los límites de sus iglesias, eran tan fácilmente calumniadas. Los libros alemanes de los nuevos apóstoles penetraban al mismo tiempo en todos los burgos del imperio, mientras que sus libros latinos arrancaban a Europa entera del sueño vergonzoso en que la superstición la había sumergido. Aquellos cuya razón se había anticipado a los reformadores, pero que el temor retenía en el silencio; aquellos a quienes agitaba una duda secreta, y que temblaban de confesarlo a su propia conciencia; aquellos que, más sencillos, habían ignorado toda la extensión de los absurdos teológicos, que no habiendo reflexionado jamás sobre las cuestiones discutidas estaban asombrados de saber que tenían que escoger entre opiniones diversas; todos se entregaron con avidez a estas discusiones, de las que veían defender la fe, sus intereses temporales y su felicidad futura.

Toda la Europa cristiana, desde Suecia hasta Italia, desde Hungría hasta España, se cubrió en un instante de partidarios de las nuevas doctrinas, y la Reforma hubiera librado del yugo de Roma a todos los pueblos que la habitaban, si la falsa política de algunos príncipes no hubiese levantado este mismo cetro sacerdotal, que con tanta frecuencia pesó sobre la cabeza de los reyes.

Su política, que, desgraciadamente, sus sucesores no han abjurado todavía, consistía entonces en arruinar sus Estados para adquirir otros nuevos y medir su poder por la extensión de su territorio más bien que por el número de sus súbditos.

Así, Carlos V y Francisco I, ocupados en disputarse Italia, sacrificaron al interés de favorecer al Papa el de aprovechar las ventajas que ofrecía la Reforma a los países que supieran adoptarla.

El emperador, viendo que los príncipes del imperio favorecían opiniones que debían aumentar su poder y sus riquezas, se convirtió en protector de los antiguos abusos, con la esperanza de que una guerra religiosa le ofreciese una ocasión de invadir sus Estados y de destruir su independencia. Francisco imagina que, haciendo quemar protestantes y protegiendo a sus jefes en Alemania, conservaría la amistad del Papa sin perder aliados útiles.

Pero esto no lo hizo por su solo motivo; el despotismo tiene también su instinto, y este instinto había revelado a estos reyes que los hombres, después de haber sometido los prejuicios religiosos al examen de la razón, lo extenderían bien pronto a los demás prejuicios políticos, que, ilustrados ya sobre las usurpaciones de los Papas, acabarían por querer serlo sobre las usurpaciones

de los reyes, y que la reforma de los abusos eclesiásticos, tan útil al poder regio, arrastraría consigo la de los abusos más opresores, sobre los cuales este poder estaba fundado. Así, ningún rey de una gran nación favoreció voluntariamente el partido de los reformadores. Enrique VIII, herido con el anatema pontificio, los persiguió todavía; Eduardo e Isabel, no pudiendo adherirse al papismo sin declararse usurpadores, establecieron en Inglaterra la creencia y el culto que más se le parecía. Los monarcas protestantes de la Gran Bretaña han favorecido constantemente el catolicismo, siempre que ha cesado de amenazarles con un pretendiente a su corona.

En Suecia y en Dinamarca el establecimiento del luteranismo no fue, a los ojos de los reyes, sino una precaución necesaria para asegurar la expulsión del tirano católico, al que reemplazaban; y vemos ya en la monarquía prusiana, fundada por un príncipe filósofo, a su sucesor en el poder, ocultar una inclinación secreta por esta religión, tan predilecta de los reyes.

La intolerancia religiosa era común a todas las sectas, y éstas la inspiraban a todos los gobiernos. Los papistas perseguían a todas las comuniones reformadas; anatematizándose entre sí, se reunían contra los antitrinitarios, quienes, más consecuentes, había sometido igualmente todos los dogmas al examen, si no de la razón, al menos de una crítica razonable, y no habían creído deber substraerse a algunos absurdos para conservar otros igualmente inaceptables.

Esta intolerancia sirvió a la causa del papismo. Después de mucho tiempo existía en Europa, y sobre todo en Italia una clase de hombres que, rechazando todas las supersticiones, indiferentes a todos los cultos, sometidos a la razón sola, consideraban las religiones como invenciones humanas, de las que se podían burlar en secreto, pero que la prudencia o la política ordenaban que se respetasen en apariencia al menos.

Después se lleva más allá el atrevimiento; y mientras que en las escuelas se empleaba la filosofía mal entendida de Aristóteles para perfeccionar el arte de las sutilezas teológicas, para hacer ingenioso lo que naturalmente no hubiera sido sino absurdo, algunos sabios procuraban establecer sobre su verdadera doctrina un sistema destructor de toda idea religiosa, en el cual el alma humana no era sino una facultad que se desvanecía con la vida; en la que admitía otra providencia y otro ordenador del mundo a más de las leyes necesarias de la Naturaleza. Eran combatidos por los platónicos, cuyas opiniones se aproximaban a lo que se ha llamado después deísmo y eran aún más pavorosas para la ortodoxia sacerdotal.

El terror de los suplicios detuvo bien pronto esta imprudente franqueza. Italia y Francia fueron manchadas con la sangre de estos mártires de la libertad del pensamiento. Todas las sectas, todos los gobiernos y todos los géneros de autoridad no se mostraron de acuerdo sino contra la razón. Era preciso cubrirla con un velo que, substrayéndola a las miradas de los tiranos, se dejaba penetrar por las de la filosofía.

Hubo, pues, que encerrarse en la tímida reserva de esta doctrina secreta, que no cesó jamás de tener un gran número de sectarios. Se había propagado, sobre todo entre los jefes de gobierno como entre los de la Iglesia; y, hacia los tiempos de la Reforma, los principios del maquiavelismo religioso habían llegado a ser la única creencia de los príncipes, de los ministros y de los pontífices. Estas opiniones habían corrompido incluso la filosofía. ¡Qué moral esperar, en efecto, de un sistema, uno de cuyos principios consiste en que es preciso apoyar la del pueblo sobre falsas opiniones; y otro que los hombres cultos tienen el derecho de engañarle, con tal de que le den errores útiles, y retenerle en las cadenas de que ellos mismos han sabido libertarse!

Si la igualdad natural de los hombres, primera base de todos sus derechos, es el fundamento de toda moral verdadera, ¿qué podía esperar de una filosofía de la que era una de las máximas un menosprecio declarado por esta igualdad y estos derechos? Sin duda que esta misma filosofía ha podido servir a los progresos de la razón, cuyo reinado preparaba en silencio; pero, en tanto subsista sola, no hace sino substituir el fanatismo con la hipocresía y corromper, aun elevándolos por encima de los prejuicios, los que presidían el destino de los Estados.

Los filósofos, verdaderamente escarnecidos, extraños a la ambición, que se limitaban a no desengañar a los hombres sino con una extremada timidez, sin permitirse mantenerlos en errores, estos filósofos hubieran sido llevados a abrazar la Reforma; pero, desilusionados de encontrar por todas partes una igual intolerancia, la mayor parte no creyeron deber exponerse a los embarazos de un cambio, después del cual se encontraban sometidos a la misma violencia. Puesto que habían sido obligados a simular una creencia en absurdos que rechazaban, no encontraron gran ventaja en disminuir un poco el número de estos absurdos; temieron incluso revestir, por une abjuración, la apariencia de una hipocresía voluntaria; y permaneciendo adheridos a la antigua religión, la fortificaron con la autoridad de su renombre.

El espíritu que animaba a los reformados no conducía a la verdadera libertad de pensar. Cada religión, en el país que dominaba, no permitía sino ciertas opiniones. Sin embargo, como estas diversas creencias eran opuestas entre sí, había pocas opiniones que no fuesen atacadas o sostenidas en algunas partes de Europa. Por otra parte, las comuniones nuevas habían sido forzadas a desligarse un poco del rigor dogmático. Ellas no podían, sin una contradicción grosera, reducir el derecho de examinar dentro de límites demasiado estrechos, puesto que acaban de fundar sobre este mismo derecho la legitimidad de su separación. Si rehusaban conceder a la razón toda su libertad, consentían en que su prisión fuese menos estrecha; la cadena no estaba rota, pero era memos pesada y más larga. En fin: en este país, donde había sido imposible a una religión oprimir a las demás, se estableció lo que la insolencia del culto dominador osa llamar tolerancia; es decir, un permiso dado por unos hombres a otros hombres para creer lo que su razón adopta, para hacer lo que su conciencia les dicta, para rendir a su dios común el homenaje que imaginan halagarle más. Se pudieron sostener entonces todas las doctrinas toleradas con una franqueza más o menos completa.

Así se vio nacer en Europa una especie de libertad de pensar, no para todos los hombres, sino para los cristianos; y si exceptuamos la Francia, sólo para los cristianos existe en todas partes todavía.

Pero esta intolerancia fuerza a la razón humana a buscar derechos demasiado olvidados durante largo tiempo, o, más bien, que nunca habían sido ni bien conocidos ni bien aclarados.

Indignados de ver a los pueblos oprimidos hasta en el santuario de su conciencia por reyes, esclavos supersticiosos o políticos del sacerdocio, algunos hombres generosos osaron examinar, en fin, los fundamentos de su poder y revelaron a los pueblos esta gran verdad, que su libertad es un bien inalienable; que no hay prescripción en favor de la tiranía ni convención que pueda ligar irrevocablemente una nación a una familia; que los magistrados, cualquiera que sean sus títulos, sus funciones y su poder, son los oficiales del pueblo, y no sus dueños; que conserva el poder de retirarles una autoridad emanada de él sólo, sea cuando han abusado de ella, sea incluso cuando haya cesado de creer útil a sus intereses el conservarla; en fin: que tiene el derecho de castigarlos como el de revocarlos.

Tales son las opiniones que Althusius (Hubert) Languet y después Néedham y Harrington profesaron con valor y desenvolvieron con energía.

Pagando el tributo a su siglo se apoyaron con demasiada frecuencia en textos, autoridades y ejemplos; se ve que debieron estas opiniones más a la elevación de su espíritu y a la fuerza de su carácter que a un análisis exacto de los verdaderos principios de orden social.

Sin embargo, otros filósofos más tímidos se contentaron con establecer, contra los pueblos y los reyes, una exacta reciprocidad de derechos y deberes, una igual obligación de mantener las convenciones que les habían fijado. Se podía deponer o castigar a un magistrado hereditario, pero solamente si había violado este contrato sagrado, que no subsistía menos con su familia. Esta doctrina, que descartaba el derecho natural para reducirlo todo al derecho positivo, fue apoyada por los jurisconsultos y los teólogos; era más favorable a los intereses de los hombres poderosos y a los proyectos de los ambiciosos, puesto que recaía más sobre el hombre revestido de poder que sobre el

poder mismo. Así fue casi universalmente seguida por los publicistas y adoptada como base en las revoluciones y en las discusiones políticas.

La Historia nos mostraría, durante esta época, pocos progresos reales hacia la libertad, pero más orden y más fuerza en los gobiernos, y en las naciones un sentimiento más fuerte y más justo de sus derechos. Las leyes se combinan mejor; con menor frecuencia parecen la obra informe de las circunstancias y del capricho; son hechas por sabios si no lo son todavía por filósofos.

Los movimientos populares y las revoluciones que habían agitado las repúblicas de Italia, Inglaterra y Francia debían atraer las miradas de los filósofos hacia esta parte de la política, que consiste en observar y prever los efectos que las constituciones, las leyes y las instituciones públicas pueden ejercer sobre la libertad de los pueblos, sobre la prosperidad, sobre la fuerza de los Estados, sobre la conservación de su independencia y de la forma de sus gobiernos. Los unos, imitando a Platón, como Moro y Hobbes, deducen de algunos principios generales el plan de un sistema entero del orden social y presenta el modelo a que debía tender sin cesar a aproximarse la práctica. Los otros, como Maquiavelo, buscaban en el examen detenido de los hechos de la Historia las reglas, según las cuales, se podía confiar en dominar el porvenir.

La ciencia económica no existía todavía; los príncipes no contaban el número de los hombres, sino el de los soldados; la finanza no era sino el arte de robar a los pueblos sin llegar a empujarlos a la revuelta; y los gobiernos no se ocupaban del comercio si no para abrumarlo de impuestos, dificultarlo con privilegios o disputarse el monopolio.

Las naciones de Europa, ocupadas en los intereses comunes que las reunían, de los intereses opuestos que, a su juicio, debían dividirlas, sintieron la necesidad de conocer ciertas reglas entre ellas que, aun con independencia de los tratados, presidiesen sus relaciones pacíficas, mientras que otras reglas, respetadas aun en medio de la guerra, atenuaban los furores, disminuían los estragos y evitaban al menos los males inútiles.

Existe, pues, una ciencia del derecho de gentes; pero, desgraciadamente, se buscan estas leyes de las naciones, no en la razón y la naturaleza, únicas autoridades que los pueblos independientes pueden reconocer, sino en los usos establecidos o en las opiniones de los antiguos. Se ocupan menos de los derechos de la humanidad y de la justicia hacia los individuos que de la ambición, del orgullo o de la avidez de los gobiernos.

Así es que, en esta misma época, no se ve a los moralistas interrogar el corazón del hombre, analizar sus facultades y sus sentimientos para descubrir en ellos su naturaleza, el origen, la regla y la sanción de sus deberes; pero saben emplear toda la sutileza de la escolástica para encontrar, para las acciones cuya legitimidad parece incierta, el límite preciso en que acaba la inocencia y comienza el pecado; para determinar qué autoridad tiene el peso necesario para justificar en la práctica una de estas acciones dudosas; para clasificar metódicamente los pecados, unas veces por géneros y especies; otras, siguiendo su gravedad respectiva; para distinguir bien, sobre todo, aquellos de los que uno solo basta para merecer la condenación eterna.

La ciencia de la Moral no podía existir sin duda todavía, puesto que los sacerdotes gozaban del privilegio exclusivo de ser sus intérpretes y jueces. Pero estas mismas sutilezas, igualmente ridículas y escandalosas, condujeron a buscar, ayudaron a hacer conocer el grado de moralidad de los actos o de sus motivos, el orden y los límites de los deberes, los principios según los cuales se debe escoger cuando parecen combatirse; así, estudiando una máquina grosera, que el azar ha hecho caer en sus manos, un mecánico hábil llega con frecuencia a hacer otra nueva menos imperfecta y verdaderamente útil.

La Reforma, destruyendo la confesión, las indulgencias, los monjes y el celibato, depura los principios de la moral y hasta disminuye la corrupción de las costumbres en los países que la abrazaron; ella les liberta de las expiaciones sacerdotales, estos peligrosos estímulos del crimen y del celibato religioso, destructor de todas las virtudes, puesto que es el enemigo de las virtudes domésticas.

Esta época fue más viciada que ninguna otra por grandes atrocidades. Fue la de las matanzas religiosas, de las guerras sagradas y de la despoblación del Nuevo Mundo.

Allí vio establecerse la antigua esclavitud, pero más bárbara, más fecunda en crímenes contra la Naturaleza, y a la avidez mercantil comerciar con la sangre de los hombres, venderlos como mercancías, después de haberlos comprado por la traición, el bandidaje o el crimen, haberlos arrancado a un continente para entregarlos en otro, en medio de la humillación y de los ultrajes, al suplicio prolongado de una lenta y cruel destrucción.

Al mismo tiempo la hipocresía cubre a Europa de verdugos y asesinos. El monstruo del fanatismo, irritado con sus heridas, parece redoblar su ferocidad y apresurarse a acumular sus víctimas, porque la razón va a arrancarlas bien pronto de sus manos. Sin embargo, se ven al fin reaparecer algunas de estas virtudes dulces y valerosas que honran y consuelan a la humanidad. La Historia le ofrece nombres que puede pronunciar sin enrojecer; almas puras y fuertes, grandes caracteres unidos a talentos superiores se muestran de vez en cuando a través de estas escenas de perfidia, de corrupción y de carnicería.

La especie humana repugna todavía al filósofo que contempla el cuadro; pero no le humilla y le muestra esperanzas próximas.

La marcha de las ciencias se hace rápida y brillante. La lengua algebraica se generaliza, simplifica y perfecciona, o, más bien, sólo entonces es cuando verdaderamente se forma. Las primeras bases de la teoría general de las ecuaciones quedan establecidas: la naturaleza de las soluciones que dan se profundiza; se resuelven las de tercero y cuarto grado.

La ingeniosa invención de logaritmos, abreviando las operaciones de la aritmética, facilita todas las aplicaciones del cálculo a objetos reales y extiende así la esfera de todas las ciencias, en las cuales estas aplicaciones numéricas, particulares a la verdad que se procura conocer, son uno de los medios de comparar con hechos los resultados de una hipótesis o de una teoría y de llegar, por esa comparación, al descubrimiento de las leyes de la Naturaleza. En efecto: en las matemáticas, la longitud y la complicación puramente práctica de los cálculos tiene un término más allá del cual el tiempo y las fuerzas mismas no pueden alcanzar; tiempo que, sin el socorro de estas dichosas abreviaciones, marcaría los límites de la ciencia misma y el límite que los esfuerzos del genio no podrían franquear.

La ley de la caída de los cuerpos fue descubierta por Galileo, que supo deducir de ella la teoría del movimiento uniformemente acelerado y calcular la curva que describe un cuerpo lanzado en el vacío con una velocidad determinada y animado de una fuerza constante que actúa según direcciones paralelas.

Copérnico resucita el verdadero sistema del mundo, olvidado desde antiguo; describió por la teoría de los movimientos aparentes lo que había de inaceptable para los sentidos; opone la extrema sencillez de los movimientos reales que resultan de este sistema, a la complicación casi ridícula de los que exigía la hipótesis de Ptolomeo. Los movimientos de los planetas fueron mejor conocidos, y el genio de Kepler descubrió la forma de sus órbitas y las leyes eternas, según las cuales estas órbitas son recorridas.

Galileo, aplicando a la Astronomía el descubrimiento reciente de las lentes, que él perfecciona, abrió un nuevo cielo a las miradas de los hombres. Las manchas que observa sobre el disco del Sol le hicieron conocer la rotación, de la cual determinó el período y las leyes. Demostró las fases de Venus; descubrió las cuatro lunas que rodean a Júpiter y le acompañan en su inmensa órbita. Aprendió a medir el tiempo con exactitud por las oscilaciones de un péndulo.

Así, los hombres debieron a Galileo la primera teoría matemática de un movimiento que no fuese a la vez uniforme y rectilíneo y el primer conocimiento de una de las leyes mecánicas de la Naturaleza; debió a Kepler el de una de estás leyes empíricas, cuyo descubrimiento tiene la doble

ventaja de conducir al conocimiento de la ley mecánica, cuyos resultados expresan, y de suplir a este conocimiento en tanto que no está todavía permitido alcanzarlo.

El descubrimiento de la pesantez del aire y el de la circulación de la sangre marcan los progresos de la Física experimental, que nació en la escuela de Galileo, y de la Anatomía, demasiado extensa ya, para no separarse de la Medicina.

La Historia Natural y la Química, a pesar de estas quiméricas esperanzas y de su lenguaje enigmático; la Medicina y la Cirugía asombran por la rapidez de sus progresos, pero aflige con frecuencia por el espectáculo de los monstruosos prejuicios que conservan todavía.

Sin hablar de la obra en que Gesner y Agrícola encerraron tantos conocimientos reales, que la mezcla de los errores científicos o populares alteraba tan raramente, se vio a Bernard de Palissy unas veces mostrarnos las canteras en que recogemos los materiales de nuestros edificios y las masas de piedras que componen nuestras montañas, formadas por restos de animales marinos, monumentos auténticos de antiguas revoluciones del globo; otras veces explicar cómo las aguas sacadas del mar por evaporación, devueltas a la tierra por las lluvias, detenidas por las capas de arcilla, acumuladas en nieve sobre las montañas, mantienen el eterno fluir de las fuentes, de los arroyos y los ríos, mientras que Jean Rey descubría el secreto de estas combinaciones del aire con las substancias metálicas, primer germen de estas teorías brillantes que, después de algunos años, han hecho retroceder los límites de la Química.

En Italia, las artes de la poesía épica, de la pintura y de la escultura, alcanzaron una perfección que los antiguos no habían conocido. Y Corneille anunciaba que el arte dramático estaba presto a adquirir en Francia una importancia mayor todavía; porque si el entusiasmo por la antigüedad creía, quizá con justicia, reconocer alguna superioridad en el genio de los hombres que han creado las obras maestras, es bien difícil que, comparando sus obras con las producciones de Italia y de Francia, la razón no perciba los progresos reales que el arte mismo ha hecho entre la mayor parte de los modernos.

La lengua italiana estaba enteramente formada; las de los otros pueblos veían todos los días borrarse alguna huella de su antigua barbarie.

Se comenzaba a sentir la utilidad de la Metafísica y de la Gramática; a conocer el arte de analizar y de explicar filosóficamente, sean las reglas, sean los procedimientos establecidos por el uso en la composición de las palabras y de las frases.

Por todas partes se ve en esta época a la autoridad y a la razón disputarse el imperio, combate que preparaba y presagiaba el triunfo de la última.

Entonces debió nacer, pues, el triunfo de la crítica, que es la única que puede hacer a la erudición verdaderamente útil. Se tenía todavía necesidad de conocer todo lo que habían hecho los antiguos, y se comenzaba a saber que, si se les debía admirar, se tenía también el derecho de juzgarlos. La razón, que se apoyaba alguna vez sobre la autoridad y contra quienes la empleaban tan frecuentemente, quería apreciar, sea el valor del socorro que esperaba encontrar en ella, sea el motivo del sacrificio que de ella se exigía. Los que tomaban la autoridad como base de sus opiniones y por guía de su conducta, comprendían lo que les importaba asegurarse de la fuerza de sus armas y no exponerse a verlas rotas ante los primeros ataques de la razón.

El uso exclusivo de escribir en latín sobre las ciencias, sobre la Filosofía, sobre la Jurisprudencia y casi sobre la Historia, cede poco a poco el lugar al de emplear la lengua usual de cada país. Y éste es el momento de examinar cuál fuese, sobre los progresos del espíritu humano, el influjo de este cambio, que hizo a las ciencias más populares, pero disminuyendo para los sabios la facilidad de seguir la marcha general; quien hacía un libro era leído en un mismo país por hombres más débilmente instruidos y lo era menos en Europa por hombres más esclarecidos; momento que dispensa de aprender la lengua latina a un gran número de hombres ávidos de instruirse y que no

tienen ni el tiempo ni los medios de alcanzar una instrucción extensa y profunda, pero que fuerza a los sabios a consumir más tiempo en el estudio de diferentes lenguas.

Mostraremos que, si era imposible hacer del latín una lengua vulgar, común a la Europa entera, la conservación del uso de escribir en latín sobre las ciencias no tuvo para los que la cultivan sino un uso pasajero; que la existencia de una especie de lengua científica, la misma en todas las naciones, mientras que el pueblo de cada una de ellas hablaba una diferente, y hubo separado los hombres en dos clases, perpetuó en el pueblo los prejuicios y los errores, puso un obstáculo eterno a la verdadera igualdad, a un uso igual de la misma razón, a un idéntico conocimiento de las verdades necesarias, y, deteniéndose así los progresos de la masa de la especie humana, hubo de acabar, como en Oriente, por poner un término a los de las ciencias mismas.

No hubo instrucción durante mucho tiempo sino en las iglesias y en los claustros. Las universidades fueron todavía dominadas por los sacerdotes. Forzados a abandonar al Gobierno una parte de su influjo, se lo reservaron enteramente sobre la enseñanza general y primaria, sobre la que encierra las luces necesarias a todas las profesiones comunes, a todas las clases de hombres, y que, apoderándose de la infancia y de la juventud, modelan a su gusto la inteligencia flexible, el alma incierta y fácil. Dejaron solamente a la potencia secular el derecho de dirigir el estudio de la Jurisprudencia, de la Medicina, la instrucción sólida en las ciencias, la literatura y las lenguas sabias; escuelas menos numerosas, adonde no se enviaban sino hombres ya habituados al yugo sacerdotal.

Los sacerdotes perdieron este influjo en los países reformados. A la verdad, la instrucción común, aunque dependiente del Gobierno, no cesa de ser dirigida por el espíritu teológico, pero no fue ya exclusivamente confiada a los miembros de la corporación presbiteriana. Continúa corrompiendo los espíritus mediante prejuicios religiosos, pero no los encorva ya bajo el yugo de la autoridad sacerdotal; produjo todavía fanáticos, iluminados y sofistas, pero no forma ya esclavos para la superstición.

Sin embargo, la enseñanza, esclavizada por todas partes, corrompía la masa general de los espíritus, oprimiendo la razón de todos los niños bajo el peso de los prejuicios religiosos de su país y sofocando, mediante prejuicios políticos, el espíritu de libertad de los jóvenes destinados a una instrucción más extensa.

No solamente cada hombre abandonado encontraba entre él y la verdad la espesa y terrible falange de los errores de su país y de su siglo, sino que ya se había identificado con los más peligrosos, en cierto modo, de estos errores. Cada hombre, antes de poder disipar los de los demás, tenía que comenzar por reconocer los suyos; antes de combatir las dificultades que la Naturaleza opone al descubrimiento de la verdad, tenía necesidad de rehacer en cierto modo su propia inteligencia. La instrucción daba ya luces; pero para que fuesen útiles era preciso depurarlas, separarlas de la niebla con que la superstición, de acuerdo con la tiranía, había sabido envolverlas.

Mostraremos qué obstáculos aportaron a los progresos del espíritu humano estos vicios de la instrucción pública, estas creencias religiosas opuestas entre sí; este influjo de las diversas formas de gobierno. Se verá que estos progresos fueron tanto más lentos cuanto los obstáculos sometidos a la razón se referían más a los intereses políticos o religiosos; que la Filosofía general, la Metafísica, cuyas verdades atacaban directamente todas las supersticiones, fueron más tercamente retardadas en su marcha que la política cuyo perfeccionamiento no amenaza sino la autoridad de los reyes o de los senados aristocráticos; que la misma observación puede aplicarse igualmente a las ciencias físicas.

Desenvolveremos las otras fuentes de desigualdad que han podido nacer de la naturaleza de los objetos que cada ciencia enfoca o de los métodos que emplea.

Lo que se puede igualmente observar por una misma ciencia en los diversos países es también el efecto compuesto de causas políticas y causas naturales. Buscaremos lo que en estas diferencias corresponde a la diversidad de religiones, a la forma de gobierno, a la riqueza, a la potencia de la nación, a su carácter, a su posición geográfica, a los acontecimientos de que ha sido teatro; en fin: al

azar que ha hecho nacer en su seno algunos de estos hombres extraordinarios, cuya influencia, extendiéndose sobre la humanidad entera, se ejerce, sin embargo, alrededor de ellos con más energía.

Distinguiremos los progresos de la ciencia misma, que no tienen por medida sino la suma de verdades que encierra, y los de una nación en cada ciencia, progresos que se miden entonces bajo una relación por el número de hombres que en ella conocen las verdades más usuales, las más importantes, y, bajo otras, por el número y la naturaleza de estas verdades generalmente conocidas.

En efecto: hemos llegado a un punto de civilización en que el pueblo aprovecha las luces, no solamente por los servicios que recibe de los hombres ilustrados, sino porque ha sabido hacerse una especie de patrimonio y emplearlo inmediatamente en defenderse del error, en prevenir o satisfacer sus necesidades, en preservarse de los males de la vida o suavizarlos por goces nuevos.

La historia de las persecuciones a que estuvieron expuestos, en esta época, los defensores de la verdad, no será olvidada. Veremos extenderse estas persecuciones de las verdades filosóficas o políticas, incluso de las correspondientes a la Medicina, a la Historia Natural, a la Física y a la Astronomía. En el siglo VIII un Papa ignorante había perseguido a un diácono por sostener la redondez de la tierra contra la opinión del rector Agustín. En el siglo XVII, la ignorancia mucho más vergonzosa de otro Papa entrega a los inquisidores a Galileo, convencido de haber mostrado el movimiento diurno y anual de la tierra. El más grande genio que la Italia moderna haya dado a las ciencias, agobiado por la vejez y las enfermedades, fue obligado, para librarse del suplicio o de la prisión, a pedir perdón a Dios de haber enseñado a los hombres a conocer mejor sus obras, a admirarle en la sencillez de las leyes eternas por las cuales gobierna el universo.

Sin embargo, el absurdo de los teólogos era tan palpable, que, cediendo el respeto humano, permitieron sostener el movimiento de la tierra con tal que fuese como una *hipótesis* y que la fe no recibiese ningún ataque. Pero los astrónomos han hecho precisamente lo contrario: han creído en el movimiento real de la tierra y han hecho sus cálculos según la *hipótesis* de su inmovilidad.

Tres grandes hombres han marcado el paso de esta época a la siguiente: Bacon, Galileo y Descartes. Bacon ha revelado el verdadero método de estudiar la Naturaleza, de emplear los tres instrumentos que nos ha dado para penetrar sus secretos: la observación, la experiencia y el cálculo. Quiere que la filosofía, arrojada en medio del universo, comience por renunciar a todas las creencias que ha recibido, y aun a todas las nociones que se ha formado, para volver a crear en cierto modo un entendimiento nuevo en el cual no debe admitir sino ideas precisas, nociones justas y verdades cuyo grado de certidumbre o de probabilidad haya sido pesado rigurosamente. Pero Bacon, que poseía el genio de la filosofía en el grado más elevado, no tenía igualmente el de las ciencias, y estos métodos de descubrir la verdad, de los que nos da el ejemplo, fueron admirados de los filósofos, pero no cambiaron en nada la marcha de las ciencias.

Galileo la había enriquecido con descubrimientos útiles y brillantes; había enseñado con su ejemplo los medios de elevarse al conocimiento de las leyes de la Naturaleza por un método seguro y fecundo que no obliga a sacrificar la esperanza del éxito por el temor de extraviarse. Funda para las ciencias la primera escuela en que han podido ser cultivadas sin mezcla alguna de superstición ni hacia los prejuicios ni hacia la autoridad; y en la que se rechazó, con una severidad filosófica, todo otro medio que no fueran la experiencia y el cálculo. Pero limitándose exclusivamente a las ciencias matemáticas y físicas, no pudo imprimir en los espíritus el movimiento que parecían esperar.

Este honor estaba reservado a Descartes, filósofo ingenioso y atrevido. Dotado de un gran genio para las ciencias, unía al ejemplo el precepto, proporcionando el método de encontrar y reconocer la verdad. Mostró su aplicación en el descubrimiento de las leyes de la dióptrica, de las del choque de los cuerpos, y, en fin, de una nueva rama de las matemáticas que debía hacer retroceder todos los límites.

Quería extender su método a todos los objetos de la inteligencia humana; Dios, el hombre y el universo eran sucesivamente el objeto de sus meditaciones. Si en las ciencias físicas su marcha es

menos segura que la de Galileo; si su filosofía es menos sabia que la de Bacon; si se le puede reprochar no haber aprendido bastante por las lecciones del uno y los ejemplos del otro, a desconfiar de su imaginación, a no interrogar a la Naturaleza sino mediante experiencias; a no creer sino en el cálculo; a observar el universo en vez de construirlo; a estudiar el hombre en vez de adivinarlo, es lo cierto que la audacia misma de sus errores sirvió a los progresos de la especie humana. Agitó los espíritus, que la sabiduría de sus rivales no había podido despertar, Habló a los hombres de sacudir el yugo de la autoridad, de no reconocer sino lo que les dictare su razón; y fue obedecido porque subyugaba por su atrevimiento tanto como arrastraba por su entusiasmo.

El espíritu humano no se libertó sin embargo todavía, pero averiguó que estaba formado para ser libre. Los que osaron persistir en conservarle sus cadenas o en forjarle otras nuevas, se vieron obligados a probarle que debía guardarlas o recibirlas, y desde entonces se pudo prever que bien pronto serían rotas.

NOVENA ÉPOCA

Desde Descartes hasta la formación de la República francesa.

Hemos visto a la razón humana formarse lentamente por los progresos naturales de la civilización, a la superstición apoderarse de ella para corromperla, y al despotismo degradar y abrumar los espíritus bajo el peso del temor y de la desgracia.

Un solo pueblo escapa a este doble influjo. El espíritu humano, libertado de las ligaduras de su infancia, avanza hacia la verdad con un paso firme hacia esta tierra feliz donde la libertad viene a alumbrar la llama del genio. Pero la conquista trae consigo bien pronto la tiranía que sigue a la superstición, su compañera fiel, y la Humanidad entera se ve otra vez sumergida en tinieblas que amenazan ser eternas. Sin embargo, la luz del día renace poco a poco; los ojos, largo tiempo condenados a la obscuridad, la entrevén; se cierran un momento, se acostumbran lentamente, fijan por fin la luz, y el genio osa mostrarse otra vez sobre este globo, de donde el fanatismo y la barbarie lo habían desterrado.

Ya hemos visto a la razón levantar sus cadenas, limar algunas, y, adquiriendo sin cesar fuerzas nuevas, preparar y acelerar el instante de la libertad.

Nos queda por recorrer la época en que acaba de romperlas, en que, forzada a arrastrar todavía los restos, va libertándose de ellos poco a poco; en que, libre al fin en su marcha, no puede ya ser detenida sino por aquellos obstáculos cuya renovación es inevitable a cada nuevo progreso, porque tienen, por causa necesaria, la constitución misma de nuestra inteligencia o esa relación establecida por la Naturaleza entre nuestros medios para descubrir la verdad y la resistencia que ésta opone a nuestros esfuerzos. La intolerancia religiosa había forzado a siete de las provincias belgas a sacudir el yugo de España y a formar una república federativa. Sólo ella había despertado la libertad inglesa, que, fatigada por largas y sangrientas agitaciones, acabó por descansar en una constitución largo tiempo admirada por la filosofía y luego reducida a no tener ya por apoyo sino la superstición nacional y la hipocresía política.

En fin: también a las persecuciones sacerdotales debió la nación sueca el valor para reivindicar una parte de sus derechos.

Sin embargo, en medio de estos movimientos causados por querellas teológicas, Francia, España, Hungría y Bohemia habían visto aniquilarse su débil voluntad, o al menos lo que tenía apariencia de tal.

Se buscaría en vano en los países llamados libres esa libertad que no hiere a ninguno de los derechos naturales del hombre, que no solamente le reserva la propiedad, sino que le reserva el ejercicio. La libertad que en ellos se encuentra, fundada sobre un derecho positivo o desigualmente repartido, concede más o menos prerrogativas a un hombre, según que habite ésta o la otra ciudad, que haya nacido en esta o en la otra clase, que tenga ésta o la otra fortuna, que ejerza ésta o la otra profesión, y el cuadro aproximado de estas distinciones bizarras en las diversas naciones será la mejor respuesta que podemos oponer a los que sostienen todavía sus ventajas y su necesidad.

Pero en estos mismos países las leyes garantizan la libertad individual y civil. Pero si el hombre no es todo lo que debe ser, la dignidad de su naturaleza no se ha envilecido; por lo menos algunos de sus derechos son reconocidos; no se puede decir ya que sea esclavo, sino solamente que aun no sabe ser verdaderamente libre.

En las naciones en que durante el mismo tiempo la libertad ha sufrido menoscabos más o menos reales, los derechos políticos de que gozaba la masa del pueblo estaban encerrados en límites tan estrechos, que la destrucción de la aristocracia, casi arbitraria, bajo la cual había gemido, parece

haber más que compensado su pérdida. Perdió ese título de ciudadano que la desigualdad hacía casi ilusorio; pero la cualidad de hombre fue más respetada y el despotismo real le salvó de la opresión feudal, le substrajo de este estado de humillación, tanto más penoso, cuanto que el número y la presencia de estos tiranos renovaban el sentimiento sin cesar.

Las leyes tuvieron que perfeccionarse en las constituciones semilibres, porque el interés de los que ejercen un poder verdadero no es habitualmente contrario a los intereses generales del pueblo, y en los Estados despóticos, sea porque el interés de la prosperidad pública se confunde frecuentemente con el del déspota, sea porque, buscando por su parte destruir los restos del poder de los nobles y del clero, resultaba en las leyes un espíritu de igualdad, cuyo motivo era el establecer la igualdad en la servidumbre, pero cuyos efectos podían ser con frecuencia saludables.

Expondremos detalladamente las causas que han producido en Europa este género de despotismo, del que ni los siglos anteriores ni las otras partes del mundo habían ofrecido el ejemplo, en el que la autoridad casi arbitraria, contenida por la opinión, reglada por las luces, suavizada por su propio interés, ha contribuido frecuentemente al progreso de la de la industria, de la instrucción y algunas veces de los progresos mismos de la libertad civil,

Las costumbres se han suavizado por la debilidad de los prejuicios que habían mantenido la ferocidad, por el influjo de este espíritu de comercio y de industria, enemigo de las violencias y de las perturbaciones que hacen huir la riqueza, por el horror que inspiraba el cuadro todavía reciente de las barbaries de la época precedente, por una propagacoión más general de las ideas filosóficas de igualdad y de humanidad, y, en fin, por el efecto lento, pero seguro, del proceso general de las luces.

La intolerancia religiosa ha subsistido, pero como una invención de la prudencia humana, como un homenaje a los prejuicios del pueblo o una precaución contra su efervescencia. Ha perdido sus furores; las hogueras, rara vez encendidas, han sido reemplazadas por una opresión con frecuencia más arbitraria pero menos bárbara; y en estos últimos tiempos no se persigue más que de tarde en tarde, y en cierto modo por hábito o por complacencia. Por todas partes, y sobre todos los puntos, la práctica de las gobiernos había seguido, pera lentamente y como a regañadientes, la marcha de la opinión y aun la misma de la Filosofía.

En efecto: si en las ciencias Morales y Políticas existe a cada instante una gran distancia entre el punto a que la Filosofía ha llevado las luces, y el término medio a que han llegado los hombres que cultivan su espíritu, y cuya doctrina común forma esta especie de creencia generalmente adoptada que se llama opinión, los que dirigen los asuntos públicos e influyen inmediatamente sobre la suerte del pueblo, cualquiera que sea el género de su constitución, están bien lejos de elevarse al nivel de esta opinión; la siguen, pero sin alcanzarla, muy lejos de adelantarse a ella, y constantemente se encuentran por debajo, con muchos años y muchas verdades de diferencia.

Así, el cuadro de los progresos de la Filosofía y de la propagación de las luces, del que ya hemos expuesto los efectos más generales y más sensibles, va a conducirnos a la época en que el influjo de estos progresos sobre la opinión, y de la opinión sobre las naciones o sobre sus jefes, cesando repentinamente de ser lenta e insensible, ha producido en la masa entera de algunos pueblos una revolución, prenda segura de la que debe abrazar la generalidad de la especie humana.

Después de largos errores; después de haberse extraviado en teorías incompletas o vagas, los publicistas han llegado a conocer, en fin, los verdaderos derechos del hombre y deducirlos de esta sola verdad: *que es un ser sensible, capaz de formar razonamientos y de adquirir ideas morales.*

Han visto que el mantenimiento de estos derechos era el objeto único de la reunión de los hombres en sociedades políticas, y que el arte social debía consistir en garantizar la conservación de estos derechos con la más entera igualdad, así como en la mayor extensión. Se ha comprendido que estos medios de asegurar los derechos de cada uno debían someterse en cada sociedad a reglas comunes; y que el poder de escoger estos medios y de determinar estas reglas no podía pertenecer sino a la mayoría de los miembros de la misma sociedad, porque cada individuo no podía, en su

elección, seguir su propia razón sin subordinar a ella a los demás; el voto de la mayoría es el único carácter de verdad que puede ser adoptado por todos sin herir la igualdad.

Todo hombre puede, realmente, ligarse por anticipado a este voto de la mayoría, que se convierte entonces en el de la Humanidad; pero no puede ligarse sino él solo; no puede comprometerse ni aun con esa mayoría, sino en tanto que ella no hiera sus derechos individuales después de haberlos reconocido.

Tales son, a la vez, los derechos de la mayoría sobre la sociedad o sobre sus miembros y los límites de estos derechos. Tal es el origen de esta humanidad, que hace obligatorios para todos los acuerdos tomados por la mayoría sola; obligación que cesa de ser legítima cuando por el cambio de los individuos esta sanción de la humanidad ha cesado de existir. Sin duda que hay objetos sobre los cuales la mayoría se pronunciaría quizá con más frecuencia en favor del error y contra el interés común de todos; pero también corresponde a ella decidir cuáles son aquellos objetos sobre los cuales no debe atenerse inmediatamente a sus propias decisiones; ella tiene que determinar cuáles son aquellas a cuya razón crea que debe subordinar la suya, regular el método que debe seguir para llegar más seguramente a la verdad, y no puede abdicar de la autoridad para resolver si sus decisiones han herido los derechos comunes a todos.

Así, se vio desaparecer, ante principios tan simples, esas ideas de un contrato entre un pueblo y sus magistrados, que no podría ser anulado sino por un consentimiento mutuo o por la infidelidad de una de las partes, y esta opinión menos servil, pero no menos absurda, que encadenaba a un pueblo a las formas de constitución una vez establecidas, como si el derecho de cambiarlas no fuese la primera garantía de todas las demás; como si las instituciones humanas, necesariamente defectuosas y susceptibles de una perfección nueva a medida que los hombres se ilustran, pudiesen ser condenadas a una duración eterna. Así, hubo que renunciar a esa política astuta y falsa que, olvidando que todos los hombres tienen iguales derechos por su misma naturaleza, quería unas veces medir la extensión de los que era preciso dejarle por la extensión del territorio, por la temperatura del clima, por el carácter nacional, por la riqueza del pueblo o por el grado de perfección del comercio y de la industria, y otras veces distribuir con desigualdad estos mismos derechos entre diversas clases de hombres, conceder al nacimiento, a la riqueza, a la profesión, poderes opuestos, creando así intereses contrarios, para establecer en seguida entre aquéllos un equilibrio que sólo estas instituciones han hecho necesario y que no corrigen siquiera sus influjos dañosos.

Así, no se osa dividir a los hombres en dos razas diferentes, de las cuales una está destinada a gobernar y la otra a obedecer; la una a mentir y la otra a ser engañada; hubo que reconocer que todos tienen un derecho igual a ilustrarse sobre todos sus intereses, a conocer todas las verdades, y que ninguno de los poderes establecidos por ellos sobre ellos mismos puede tener el derecho de ocultarle ninguna.

Estos principios, que el generoso Sydney paga con su sangre, y a los cuales Locke adscribe la autoridad de su nombre, fueron desenvueltos después por Rousseau con más precisión, extensión y fuerza, mereciendo la gloria de haberlos colocado en el número de las verdades que no hay derecho a olvidar ni a combatir.

El hombre tiene necesidades y facultades para satisfacerlas del producto de estas facultades; diferentemente modificado y distribuido, resulta una masa de riquezas destinadas a subvenir a las necesidades comunes. Pero ¿cuáles son las leyes según las cuales estas riquezas se forman o se distribuyen, se conservan o se consumen, se aumentan o se disipan? ¿Cuáles son también las leyes de este equilibrio, que tienden sin cesar a establecer entre las necesidades y los recursos, y de donde resulta más facilidad para satisfacer las necesidades, por consiguiente, más bienestar cuando la riqueza aumenta hasta haber alcanzado el término de su acontecimiento, y, por el contrario, cuando la riqueza disminuye; más dificultades, y, por consiguiente, más sufrimiento hasta que la despoblación y las privaciones hayan traído el nivel? ¿Cómo, en esta asombrosa variedad de

trabajos y de productos, de necesidades y de recursos, en esta espantosa complicación de intereses que envuelven la subsistencia, el bienestar de un individuo aislado del sistema general de las sociedades, que le hacen dependiente de todos los accidentes dela Naturaleza, de todos los acontecimientos de la política, que extienden en cierta suerte el globo entero de la facultad de experimentar goces o privaciones, como en este caos aparente se ven, no obstante, por una ley general del mundo moral, los esfuerzos de cada uno por servir al bienestar de todos, y a pesar del choque exterior de intereses opuestos, el interés común exigir que cada uno entienda el suyo propio y pueda obedecerlo sin obstáculo?

Así, el hombre, debió poder desplegar sus facultades, disponer de sus riquezas y proveer a sus necesidades con una libertad completa. El interés general de toda sociedad, lejos de restringir su ejercicio, prohíbe, por el contrario, que se le dificulte; y en esta pérdida del orden público, el cuidado de asegurar a cada uno los derechos que tiene por la Naturaleza, o también todavía la única política útil, el único deber de la potencia social y el único derecho que la voluntad general puede ejercer legítimamente sobre los individuos.

Pero una vez reconocido este principio, quedan todavía al poder público deberes que cumplir; debe establecer medidas reconocidas por la ley, que sirven para comprobar en los cambios de toda especie, el peso, el volumen, la extensión y la longitud de las cosas cambiadas.

Tiene que crear una medida común que los represente a todos, que facilite el cálculo de sus variaciones y de sus relaciones, que, teniendo en sí misma su propio valor, pueda ser cambiada contra todas las cosas susceptibles de tener uno; medio sin el cual el comercio, limitado a cambios directos, no puede adquirir actividad.

La producción de cada año ofrece una porción disponible, puesto que no está destinada a pagar el trabajo de que esta producción es el fruto, ni el que debe asegurar una producción igual o más abundante. El poseedor de esta porción disponible no la debe inmediatamente a su trabajo; la posee independientemente del uso que puede hacer de sus facultades para subvenir a sus necesidades. Sobre esta porción disponible de la riqueza anual es sobre lo que, sin herir ningún derecho, la potencia social puede establecer los fondos necesarios a los gastos que exigen la seguridad del Estado, su tranquilidad interior, la garantía de los derechos de los individuos, el ejercicio de las autoridades instituidas para la formación o para la ejecución de la ley; en fin: el mantenimiento de la prosperidad pública.

Existen trabajos, centros e instituciones útiles a la sociedad general, que ésta debe establecer, dirigir o vigilar, y que suplen lo que las voluntades personales y el concurso de los intereses individuales pueden hacer inmediatamente, sea por los progresos de la agricultura, de la industria y del comercio, sea para prevenir y atenuar los males inevitables de la Naturaleza o los que los accidentes imprevistos vienen a agregar.

Hasta la época de que hablamos, y aun mucho después, estos diversos objetos habían sido abandonados al azar, a la avidez de los gobiernos, la destreza de los charlatanes, a los prejuicios y al interés de todas las clases poderosas; pero un discípulo de Descartes, el ilustre y desgraciado Jean de Witt, comprendió que debían, como todas las ciencias, ser sometidos a los principios de la Filosofía y a la precisión del cálculo.

Hizo pocos progresos hasta el momento en que la paz de Utrecht prometió a Europa una tranquilidad duradera. En esta época se vio a los espíritus tomar una dirección casi general hacia este estudio, hasta entonces olvidado; y esta ciencia nueva ha sido llevada por Stewart, por Smith, y sobre todo por los economistas franceses, al menos por la precisión y la pureza de los principios a un grado tal que no se podía esperar llegar a una tan larga indiferencia, tan inmediatamente después-

Pero estos progresos en la política y en la economía política tenían por causa primera los de la filosofía general o la metafísica, tomando esta palabra en su sentido más extenso.

Descartes la había traído a los dominios de la razón; había comprendido que debía emanar enteramente de las verdades evidentes y primeras quee la observación de las operaciones de nuestro espíritu debía revelarnos. Pero bien pronto su imaginación impaciente le aparta de esta misma ruta que había trazado, y la Filosofía pareció algún tiempo después no haber recobrado su independencia sino para extraviarse en nuevos errores.

En fin: Locke se apoderó del hilo que debía guiarla; muestra que un análisis exacto y preciso de las ideas, reduciéndola sucesivamente a ideas más inmediatas en su origen o más simples en su composición, era el único medio de no perderse en este caos de nociones incompletas incoherentes, indeterminadas, que el azar nos ha ofrecido sin orden y que nosotros hemos recibido sin reflexionar. Prueba por este mismo análisis que todas son el resultado de las operaciones de nuestra inteligencia sobre las sensaciones que hemos recibido, o, más exactamente todavía, combinaciones de estas sensaciones que la memoria nos representa simultáneamente, pero de manera que la atención se detenga, que la percepción se limite a una parte solamente de cada una de estas sensaciones compuestas. Hizo ver que, adscribiendo una palabra a cada idea, después de haberla analizado y circunscrito, llegamos a recordarla constantemente la misma, es decir, formada siempre de las mismas ideas más simples, siempre encerrada en los mismos límites, y, por consiguiente, a poder emplearla en una serie de razonamientos sin correr nunca el riesgo de extraviarnos. Por el contrario, si las palabras no responden a una idea bien determinada, pueden despertar sucesivamente otras distintas en un mismo espíritu, y tal es la fuente más fecunda de nuestros errores. En fin: Locke es el primero que osa fijar los límites de la inteligencia humana, o, más bien, determinar la naturaleza de las verdades que puede conocer, de los objetos que puede abrazar.

Este método se convirtió pronto en el de los filósofos, y aplicándolo a la moral, a la política y a la economía pública, es como han llegado a seguir en estas ciencias una marcha casi tan segura como la de las Ciencias naturales: a no admitir sino verdades probadas, a separar estas verdades de todo lo que puede quedar todavía de dudoso y de incierto; a saber ignorar, en fin, lo que es aún y lo que será siempre imposible de conocer.

Así, el análisis de nuestros sentimientos nos hace descubrir, en el desenvolvimiento de nuestra facultad de experimentar placer y dolor, el origen de nuestras ideas morales, el fundamento de las verdades generales que, resultando de estas ideas, determinen las leyes inmutables y necesarias de lo justo y de lo injusto; en fin: los motivos de conformar a ellas nuestra conducta, recogidos en la naturaleza misma de muestra sensibilidad en lo que se podría llamar de alguna suerte nuestra constitución moral.

Este método se convirtió en una especie de instrumento universal; se aprendió a emplearlo para perfeccionar el de las ciencias físicas, para aclarar sus principios, para apreciar sus pruebas; se le extendió al examen de los hechos y a las reglas del gusto.

Así, esta metafísica, aplicándose a todos estos objetos de la inteligencia humana, analizaba los procedimientos del espíritu en cada género de conocimiento, hacía conocer la naturaleza de las verdades que forman un sistema, la de la especie de certidumbre que se puede alcanzar, y es este último paso de la filosofía el que ha puesto en algún modo una barrera eterna entre el género humano y los viejos errores de su infancia el que debe impedir que se le reduzca a su antigua ignorancia por prejuicios nuevos, como asegura la caída de los que conservamos sin conocerlos, quizá todos todavía, de los que hasta podrán reemplazarlos, pero para no tener sino un débil influjo y una existencia efímera.

Sin embargo, en Alemania, un hombre de un genio vasto y profundo echaba los fundamentos de una doctrina nueva. Su imaginación ardiente, audaz, no podía descansar en una filosofía modesta que dejaba subsistir dudas sobre estas grandes cuestiones de la espiritualidad o de la persistencia del alma humana, de la libertad del hombre o de la de Dieos, de la existencia del dolor y del crimen en un universo gobernado por una inteligencia omnipotente cuya sabiduría, justicia y bondad parece que debían exhibirlos. Corta el nudo que un sabio análisis no hubiera podido desatar. Compone el

universo de seres simples, indestructibles, iguales por su naturaleza. Las relaciones de cada uno de estos seres con cada uno de los que entran con él en el sistema del universo determinan sus cualidades, por las cuales difiere de todas las demás; el alma humana y el último átomo que termina en bloque de piedra son igualmente una de estas mónadas. No difieren sino en el lugar diferente que ocupan en el orden del universo.

Entre todas las combinaciones posibles de estos seres, una inteligencia infinita ha preferido una de ellas, y no ha podido preferir sino una sola, la más perfecta de todas. Si la que existe nos aflige por el espectáculo de la desgracia y del crimen, es que toda otra combinación hubiera presentado todavía resultados más dolorosos.

Expondremos este sistema que, adoptado o sostenido al menos por los compatriotas de Leibnitz, ha retardado entre ellos el progreso de la Filosofía. Se vio una escuela entera de filósofos ingleses abrazar con entusiasmo y defender con elocuencia la doctrina de optimismo; pero, menos diestro y menos profundo que Leibnitz, que la fundó principalmente sobre que una inteligencia omnipotente, por la necesidad misma de su naturaleza, no había podido escoger sino el mejor de los universos posibles, buscaron en la observación del nuestro la prueba de su superioridad, y perdiendo todas las ventajas que conserva este sistema en tanto que permanece en una abstracta generalidad, se extravían demasiado frecuentemente en detalles absurdos o ridículos.

Sin embargo, en Suecia, otros filósofos, no encontrando que el análisis del desenvolvimiento de nuestras facultades condujese a un principio que diese a la moralidad de nuestras acciones una base bastante pura y bastante sólida, imaginaron atribuir al alma humana una facultad nueva, distinta de la de sentir o razonar, pero combinándose con ellas, facultad cuya existencia no probaban sino asegurando que era imposible prescindir de ella. Haremos la historia de estas opiniones y mostraremos cómo, si han perjudicado a la marcha de la Filosofía, han sido también útiles a la propagación más rápida de las ideas filosóficas.

Hasta aquí no hemos mostrado los progresos de la Filosofía sino en los hombres que la han cultivado, profundizado y perfeccionado; nos queda hacer ver cuáles han sido sus efectos sobre la opinión general, y cómo mientras que, elevándose, en fin, al conocimiento del método cierto de descubrir y reconocer la verdad, la razón aprendía a preservarse de los errores a que el respeto por la autoridad y la imaginación le habían tan frecuentemente arrastrado, destruía al mismo tiempo, en la masa general de los individuos, los prejuicios que han afligido y corrompido largo tiempo a la especie humana. Se pudo, en fin, proclamar en voz alta este derecho, tanto tiempo desconocido, a someter todas las opiniones a nuestra propia razón, es decir, a emplear, para apoderarse de la verdad, el mismo instrumento que nos haya sido dado para reconocerla. Todo hombre aprendió con una especie de orgullo que la Naturaleza no le había absolutamente destinado a creer bajo la palabra de otro; y la superstición de la antigüedad, el rebajamiento de la razón ante el delirio de una fe sobrenatural, desaparecieron de la sociedad como de la Filosofía.

Se formó bien pronto en Europa una clase de hombres menos ocupada todavía de descubrir o de profundizar la verdad que de esparcirla, los cuales, consagrándose a perseguir los prejuicios en los asilos en que el clero, las escuelas, los gobiernos y las corporaciones antiguas las habían recogido y protegido, aspiraron a la gloria de destruir los errores populares más bien que a hacer retroceder los límites del conocimiento humano, manera indirecta de servir a su progreso, que no era ni el menos peligroso ni el menos útil.

En Inglaterra, Collins y Bolingbroke; en Francia, Bayle, Fontenelle, Voltaire, Montesquieu, y las escuelas formadas por estos hombres célebres, combatieron en favor de la verdad, empleando alternativamente todas las armas que la erudición, la filosofía, el ingenio y el talento de escritor pueden proporcionar a la razón, adoptando todos los tonos, empleando todas las formas, desde la jocosa hasta la patética, desde la compilación más sabia y más vasta hasta la novela o el folleto; cubriendo la verdad de un velo que la suavizaba a los ojos demasiado débiles y dejaba el placer de adivinarla; acariciando los prejuicios con destreza para lanzarles los golpes más certeros; no

amenazando casi nunca ni muchos a la vez ni siquiera a uno por entero; consolando algunas veces a los enemigos de la razón; pareciendo no aspirar en la religión más que a una semitolerancía, y en la política a una semivoluntad; respetando el despotismo cuando combatían los absurdos religiosos y al culto cuando se alzaban contra la tiranía; atacando estos dos azotes en su principio cuando no parecían ir sino contra abusos irritantes o ridículos; hiriendo en sus raíces estos árboles funestos cuando parecían limitarse a podar algunas ramas torcidas; unas veces, enseñando a los amigos de la libertad, que cubre el despotismo con un escudo impenetrable, es la primera víctima que deben inmolar, la primera cadena que deben romper; otras veces, por el contrario, denunciándoles al déspota como el verdadero enemigo de su poder y espantándoles con el cuadro de sus hipócritas manejos y de sus furores sanguinarios. Pero no dejando jamás de reclamar la independencia de la razón y la libertad de escribir como el derecho y como la salud del género humano; elevándose con una energía infatigable contra todos los crímenes del fanatismo y de la tiranía; persiguiendo, con la religión, en la administración, en las costumbres y en las leyes todo lo que revestía el carácter de opresión, de dureza y de barbarie; ordenando, en nombre de la Naturaleza, a los reyes, a los guerreros, a los magistrados y a los sacerdotes que respeten la sangre de los hombres; reprochándoles con una enérgica severidad la que su política o su indiferencia prodigaba todavía en los combates o en los suplicios; adoptando, en fin, como grito de guerra: *Razón, tolerancia, humanidad.*

Tal fue esta filosofía nueva objeto del odio común de estas clases numerosas, que no existían sino por los prejuicios, ni vivían sino por los errores, ni eran poderosas sino por la credulidad; por todas partes acogida, pero también perseguida, y teniendo a los reyes, a los sacerdotes, a los grandes y a los magistrados por discípulos y por enemigos. Sus jefes tuvieron, casi siempre, el arte de escapar a la venganza, exponiéndose al odio, y de ocultarse a la persecución, mostrándose lo bastante para no perder nada de su gloria.

Con frecuencia un Gobierno les recompensaba con una mano, pegando con la otra a sus calumniadores; les proscribía, pero se gloriaba de que la suerte les hubiera hecho nacer en su territorio, y les castigaba por sus opiniones, pero creyéndose humillado ante la sospecha de que no las compartiese.

Estas opiniones tenían que llegar, pues, a ser bien pronto las de todos los hombres ilustrados, declaradas por los unos, disimuladas por los otros con una hipocresía más o menos transparente, según que su carácter fuese más o menos tímido y que cediese a los intereses opuestos de su profesión o de su vanidad. Pero ya era ésta bastante poderosa para que, en lugar de aquel disimulo profundo de las edades anteriores, se contentase para consigo mismo, y con preferencia para con los otros, con una reserva prudente.

Seguiremos los progresos de esta filosofía en los diversos países de Europa, donde la inquisición de los gobiernos y de los sacerdotes no pudo impedir que la lengua francesa, convertida en casi universal, la propagase con rapidez. Mostraremos con qué destreza la política y la superstición emplearon contra ella todo lo que el conocimiento de los hombres puede ofrecer de motivos para desconfiar de su razón, de argumentos para mostrar los límites y la debilidad, y cómo supo utilizar el mismo pirronismo para la causa de la libertad.

Este sistema tan simple, que colocaba en el goce de una libertad indefinida los más seguros estímulos del comercio y de la industria; que libertaba a los pueblos del azote destructor y del yugo humillante de estos impuestos, repartidos con tanta desigualdad, recaudados con tanto gasto y frecuentemente con tanta barbarie para substituirlos por una contribución justa, igual y casi insensible; esta teoría, que ligaba la verdadera potencia y la riqueza de los Estados al bienestar de los individuos y al respeto por sus derechos; que unía por el lazo de una felicidad común a las diferentes clases en que se dividen estas sociedades naturalmente; esta idea tan consoladora de una fraternidad del género humano, cuya dulce armonía no debía turbar ya ningún interés nacional; estos principios seductores por su generosidad así como por su sencillez y por su extensión, fueron

propagados con entusiasmo por los economistas franceses. Su éxito fue menos rápido y menos general que el de los filósofos; tenían que combatir prejuicios menos groseros y errores más sutiles, Tenían necesidad de ilustrar antes de desengañar y de instruir el buen sentido antes de tomarlo como juez.

Pero no pudieron ganar para el conjunto de su doctrina sino un pequeño número de partidarios; si ha asombrado la generalidad de sus máximas y la inflexibilidad de sus principios; si ellos mismos han perjudicado la bondad de su casa afectando un lenguaje obscuro y dogmático, pareciendo olvidar demasiado por los intereses de la libertad de comercio los de la libertad política; presentando de una manera demasiado absoluta y demasiado magistral algunas porciones de su sistema, que no habían profundizado bastante, al menos consiguieron hacer odiosa y despreciable esa política cobarde, astuta y corrompida, que colocaba la prosperidad de una nación en el empobrecimiento de las vecinas, en las concepciones estrechas de un régimen prohibitivo y en las pequeñas combinaciones de una fiscalidad tiránica.

Pero las verdades nuevas con que el genio había enriquecido la filosofía, la política y la economía pública, adoptadas con más o menos extensión por los hombres ilustrados, llevaron más lejos su influjo saludable.

El arte de la imprenta se había extendido por tantos puntos, había de tal modo multiplicado los libros; se había sabido adecuarlos tan bien a los grados de conocimiento, de aplicación y aun de fortuna; se los había plegado con tanta habilidad a todos los gustos y a todos los géneros de espíritu; presentaban una instrucción tan fácil y hasta frecuentemente tan agradable; habían abierto tantas puertas a la verdad, que se había hecho casi imposible cerrarle todas ellas, y no había ya clase, ni profesión, a la cual se le pudiese impedir que llegara. Por tanto, aunque quedase siempre un número siempre muy grande de hombres condenados a una ignorancia voluntaria o forzosa, el límite trazado entre la porción tosca y la porción ilustrada del género humano se había borrado casi enteramente, y una degradación insensible llenaba el espacio que separa los dos extremos: el genio y la estupidez.

Así, un conocimiento general de los derechos naturales del hombre; la opinión misma de que estos derechos son inalienables e imprescriptibles; una aspiración francamente proclamada a la libertad de pensar y de escribir, por la de comercio e industria, por el bienestar del pueblo, por la proscripción de toda la ley penal contra las religiones disidentes, por la abolición de la tortura y de los suplicios bárbaros; el deseo de una legislación criminal más dulce, de una jurisprudencia que diese a la inocencia una completa seguridad, de un código civil más simple, más conforme con la razón y con la Naturaleza; la indiferencia por las religiones, colocadas al cabo en el número de las supersticiones o de las invenciones políticas; el odio por la hipocresía y el fanatismo; el menosprecio por los prejuicios y el celo por la propagación de las luces; estos principios, al pasar poco a poco de las obras de los filósofos a todas las clases de la sociedad, en las que la instrucción se extendía más allá del catecismo y la escritura, llegaron a ser la profesión común, el símbolo de los que no eran ni maquiavélicos ni imbéciles.

En algunos países estos principios formaban una opinión pública bastante general para que la masa misma del pueblo pareciese dispuesta a dejarse dirigir por ella y a obedecerla. El sentimiento de humanidad, es decir, el de una compasión tierna y activa por todos los males que afligen a la especie humana; el de horror por todo lo que en las instituciones públicas, en los actos de gobierno y en las acciones privadas agregaba de dolores nuevos a los dolores inevitables de la naturaleza, este sentimiento de humanidad era una consecuencia natural de estos principios; respiraba en todos sus escritos, en todos los discursos, y ya su vistoso influjo se había manifestado en las leyes y aun en las mismas instituciones públicas de los pueblos sometidos al despotismo.

Los filósofos de las diversas naciones, abrazando en sus meditaciones los intereses de la humanidad entera, sin distinción de país, de raza o de secta, formaban, a pesar de la diferencia de sus opiniones especulativas, una falange fuertemente unida contra todos los errores y contra todo género de tiranía. Animados por el sentimiento de una filantropía universal combatían la injusticia,

aunque, extraña a su patria, no pudiera alcanzarles; la combatían también cuando era su misma patria la que se hacía culpable hacia otros pueblos; se levantaban en Europa contra los crímenes cuya avidez mancha las regiones de la América, del África y del Asia. Los filósofos de Inglaterra o de Francia se gloriaban en tomar el nombre y llenar los deberes de *amigos* de estos mismos negros, que sus brutales tiranos desdeñaban contar entre el número de los hombres. Los elogios de los escritores franceses eran el precio de la tolerancia concedida en Rusia y en Suecia, mientras Beccaria refutaba en Italia las nociones bárbaras de la jurisprudencia francesa.

Se procuraba en Francia curar a Inglaterra de sus prejuicios comerciales, de su respeto supersticioso por los vicios, de su constitución y de sus leyes, mientras que el respetable Howard denunciaba a los franceses la bárbara indiferencia que en sus cárceles y sus hospitales inmolaba tantas víctimas humanas. Las violencias y la seducción de los gobiernos, la intolerancia de los sacerdotes y los mismos prejuicios nacionales, habían perdido el funesto poder de sofocar la voz de la verdad, y nada podía substraer a los enemigos de la razón ni a los opresores de la libertad de un juicio que llegaría a ser bien pronto el de Europa entera.

En fin; se vio allí desenvolverse una doctrina nueva que debía dar el último golpe al edificio ya vacilante de los prejuicios: se trata de la doctrina de la perfectibilidad indefinida de la especie humana, doctrina de la que Turgot, Price y Priestley han sido los primeros y los más ilustres apóstoles; pertenece a la décima época, donde la desenvolveremos con extensión. Pero debemos exponer aquí el origen y los progresos de una falsa filosofía, contra la cual fue tan necesario el apoyo de esta doctrina para el triunfo de la razón.

Nacida en los unos del orgullo y en los otros del interés, teniendo por fin secreto perpetuar la ignorancia y prolongar el reino de los errores, se ha visto a los numerosos sectarios: unas veces, corromper la razón mediante brillantes paradojas, o seducirla por la cómoda pereza de un pirronismo absoluto; otras veces, menospreciar la especie humana, hasta el punto de anunciar que el progreso de las luces sería inútil o peligroso, tanto para su dicha como para su libertad; otras veces, en fin, extraviada con el falso entusiasmo por una grandeza o por una sabiduría imaginarias que dispensan a la virtud de ser ilustrada y al buen sentido de apoyarse sobre conocimientos reales; aquí, hablar de la Filosofía y de las ciencias profundas como de teorías demasiado superiores para un ser limitado, rodeado de necesidades y sometido a deberes cotidianos y penosos; allí, desdeñarlas como una masa de especulaciones inciertas y exageradas que deben desaparecer ante la experiencia de los negocios y la habilidad de un hombre de Estado.

Sin cesar se les oía quejarse de la decadencia de las luces en medio de sus progresos, gemir sobre la degradación de la especie, a medida que los hombres reconocían sus derechos y se servían de su razón; anunciar incluso la época próxima de una de estas oscilaciones que deben volverla a la barbarie, a la ignorancia, a la esclavitud, al momento en que todo se reúna precisamente para probar que no tenía ya que temerlas. Parecían humillados de su perfeccionamiento, porque no compartían la gloria de haber contribuido a él, o asustados de sus progresos, que les anunciaba el ocaso de su importancia o de su poder. Sin embargo, algunos charlatanes más hábiles, que con una mano torpe, se esforzaban por apuntalar el edificio de las supersticiones antiguas, cuyos cimientos había minado la filosofía, intentaron, los unos emplear las ruinas en el establecimiento de un sistema religioso en el que no se exigiría de la razón, restablecida en sus derechos, sino una semisumisión, en la que permanecería casi libre en su creencia, con tal que consintiese en creer alguna cosa incomprensible, mientras que otros intentaban resucitar en asociaciones secretas los misterios olvidados de la antigua teurgia, y dejando a los pueblos estos viejos errores, encadenando a sus discípulos con nuevas supersticiones, osaban esperar restablecer, en favor de algunos adeptos, la antigua tiranía de los reyes-pontífices de la India y del Egipto. Pero la Filosofía, apoyada sobre la base inquebrantable que las ciencias le habían preparado, les oponía una barrera, contra la cual sus esfuerzos impotentes debían romperse bien pronto.

Comparando la disposición de los espíritus, de que he trazado aquí el bosquejo, con este sistema político de los gobiernos se podía prever fácilmente que era infalible una gran revolución; y no era difícil el juzgar que no podía ser conducida sino de dos maneras: era preciso, o que el pueblo estableciese él mismo estos principios de la razón y de la naturaleza con los que la Filosofía les había encariñado, o que los gobiernos se apresurasen a prevenirla y regulasen su marcha por la de sus opiniones. La una de estas revoluciones tenía que ser más completa y más pronta, pero más tempestuosa; la otra, más lenta, más incompleta, pero más tranquila; en la una debía comprarse la libertad y la felicidad mediante males pasajeros; en la otra se evitaban estos males, pero retardando mucho tiempo quizás el goce de una parte de los bienes que debía, sin embargo, producir infaliblemente. La corrupción y la ignorancia de los gobiernos han preferido el primer medio, y el triunfo rápido de la razón y de la libertad ha vengado al género humano.

El simple buen sentido enseñó a los habitantes de las colonias británicas que los ingleses nacidos más allá del océano Atlántico habían recibido de la Naturaleza precisamente los mismos derechos que los otros ingleses nacidos bajo el meridiano de Greenwich y que una diferencia de sesenta grados de longitud no había podido cambiarlos. Conocían quizá mejor que los europeos, cuáles eran esos derechos comunes a todos los individuos de la especie humana, y entre ellos comprendían el de no pagar ningún impuesto sin haberlo consentido. Pero el Gobierno británico aparentaba creer que Dios había creado la América y el Asia para placer de los habitantes de Londres, y quería, en efecto, tener entre sus manos, más allá de los mares, una nación sujeta de la que se pudiese servir, cuando fuera oportuno, para oprimir la Inglaterra europea. Ordena a los dóciles representantes del pueblo inglés que violen los derechos de América y la someta a impuestos involuntarios. América declara que la injusticia había roto los lazos que la ligaban, y proclama su independencia.

Se vio entonces por primera vez a un gran pueblo libertado de todas sus cadenas darse pacíficamente la constitución y las leyes que creía más adecuadas para hacer su felicidad; y como su posición geográfica y su antigua situación política le obligaba a formar una república federativa, se le vio preparar a la vez en su seno trece constituciones republicanas, que tenían por base un reconocimiento solemne de los derechos naturales del hombre, y por primer objeto la conservación de estos derechos. Trazaremos el cuadro de estas constituciones; mostraremos lo que deben al progreso de las ciencias políticas y lo que los prejuicios de la educación pudieron mezclar en ella de los antiguos errores; por qué, por ejemplo, el sistema del equilibrio de los poderes altera todavía su sencillez; por qué han tenido por principio la identidad de los intereses más todavía que la igualdad de los derechos. Probaremos, no solamente hasta qué punto este principio de la identidad de los intereses, si se le convierte en la regla de los derechos políticos, constituye una violación de aquellos respecto de los cuales se permite no dejarles su completo ejercicio, sino también que esta identidad cesa de existir precisamente en el mismo instante en que se convierte en una verdadera desigualdad. Insistiremos sobre este objeto, porque este error es el único todavía peligroso; porque es también el único de que los hombres verdaderamente ilustrados no se han desengañado todavía. Mostraremos cómo las repúblicas americanas han realizado esta idea, entonces casi nueva en teoría, de la necesidad de establecer y de regular, por la ley, un medio normal y pacífico para reformar las mismas constituciones, y de separar este poder del poder de hacer las leyes.

Pero en la guerra que surgía entre dos pueblos ilustrados, de los cuales el uno defendía los derechos naturales de la humanidad y otro le oponía la doctrina impía que somete estos derechos a la prescripción, a los intereses políticos y a las convenciones escritas, esta gran causa fue sometida al tribunal de la opinión, en presencia de Europa entera; los derechos del hombre fueron altamente sostenidos y desenvueltos sin restricción, sin reserva, en los escritos que circulaban con libertad desde las márgenes del Neva hasta las del Guadalquivir. Estas discusiones penetraron en las regiones más esclavizadas y en las aldeas más remotas, y los hombres que las habitaban se asombraron al oír que tenían derechos; aprendieron a conocerlos; supieron que otros hombres osaban reconquistarlos o defenderlos.

La revolución americana tenía, pues, que extenderse pronto por Europa; y si existía un pueblo en el que el interés por la causa de los americanos hubiese extendido más que en ninguna otra parte sus escritos y sus principios; que fuese a la vez el país más ilustrado y uno de los menos libres; aquel en que los filósofos poseyesen más luces verdaderas y el Gobierno una ignorancia más profunda y más insolente; un pueblo en el que las leyes estuviesen lo bastante por debajo del espíritu público para que ningún orgullo nacional ni ningún prejuicio le atase a sus antiguas instituciones, este pueblo, ¿no estaba destinado, por la naturaleza misma de las cosas, a dar el primer impulso a esta revolución, que los amigos de la humanidad esperaban con tanta esperanza e impaciencia? Esa revolución tenía que comenzar en Francia.

La inhabilidad de su Gobierno ha precipitado esta revolución; la filosofía ha dirigido sus principios; la fuerza popular ha destruido los obstáculos que podían detener los movimientos.

Ha sido más completa que la de América, y, por consiguiente, menos pacífica en el interior; porque los americanos, contentos con las leyes civiles y criminales que habían recibido de Inglaterra, no tenían que reformar un sistema vicioso de imposiciones; no teniendo que destruir ni tiranías feudales, ni distinciones hereditarias, ni corporaciones privilegiadas, ni un sistema de intolerancia religiosa, se limitaron a establecer nuevos poderes para substituir a los que la nación británica había hasta entonces ejercido sobre ellos. Nada alcanzaba en estas innovaciones a la masa del pueblo; nada cambiaba las relaciones que se habían establecido entre los individuos. En Francia, por la razón contraria, la revolución debía alcanzar la economía entera de la sociedad, cambiar todas las relaciones sociales y penetrar hasta los últimos eslabones de la cadena política, hasta los individuos que, viviendo en paz de sus bienes o de su industria, no se mezclan en los movimientos públicos ni por sus opiniones, ni por sus ocupaciones, ni por intereses de fortuna, de ambición o de gloria.

Los americanos, que parecían no combatir sino contra los prejuicios tiránicos de la madre patria, tuvieron por aliados las potencias rivales de Inglaterra; mientras que las otras, celosas de sus riquezas y de su orgullo, anhelaban con votos secretos el tiempo de la justicia; así, Europa entera pareció reunida contra los opresores. Los franceses, por el contrario, han atacado al mismo tiempo el despotismo de los reyes y la desigualdad política de las constituciones semilibres, el orgullo de los nobles y la dominación, la intolerancia y la riqueza de los sacerdotes y los abusos del feudalismo que cubría todavía casi toda Europa; y las potencias de Europa todavía se coligaron en favor de la tiranía. Así, Francia no ha podido ver elevarse a su favor sino las voces de algunos sabios y el voto tímido de los pueblos oprimidos, socorros de que la calumnia se esforzaba todavía en privarle.

Mostraremos por qué los principios sobre los cuales la constitución y las leyes de Francia han sido combinadas, son más puros, más precisos, más profundos que los que han dirigido a los americanos; por qué han escapado más completamente al influjo de toda especie de principios; cómo la igualdad de los derechos no ha sido reemplazada en ninguna parte por esa identidad de interés que no es sino su débil e hipócrita suplemento; cómo los límites de los poderes han sustituido a ese vano equilibrio largo tiempo admirado; cómo en una gran nación, durante mucho tiempo dispersada necesariamente, compartida entre un gran número de asambleas aisladas y parciales, se ha osado, por vez primera, conservar al pueblo su derecho de soberanía, el no obedecer sino a las leyes, cuyo modo de formación, si están confiados a representantes, hayan sido legitimados por su aprobación inmediata; y de las cuales, si hieren sus derechos o sus intereses, pueda siempre obtener la reforma por un acto regular de su voluntad soberana.

Desde el momento en que el genio de Descartes imprimió a los espíritus este impulso general, primer principio de una revolución a los destinos de la especie humana, hasta la época feliz de la libertad social entera y pura en que el hombre no ha podido reemplazar su independencia natural sino después de haber pasado por una larga sucesión de siglos de esclavitud y de malestar, el cuadro de los progresos de las ciencias matemáticas y físicas nos presenta un horizonte inmenso, cuyas

diversas partes es preciso distribuir y ordenar si queremos apoderarnos bien del conjunto y observar bien sus relaciones.

No solamente la aplicación del Álgebra a la Geometría llegó a ser una fuente fecunda de descubrimientos en estas dos ciencias, sino que probando, mediante este gran ejemplo, cómo los métodos del cálculo de las magnitudes en general podían extenderse a todas las cuestiones que tienen por objeto la medida de la extensión. Descartes anunció por anticipado que serían empleados con éxito igual a todos los objetos cuyas relaciones son susceptibles de ser evaluadas con precisión, y este gran descubrimiento, mostrando por vez primera este fin último de las ciencias, de someter todas las verdades al rigor del cálculo, daba la esperanza de alcanzarlo, haciendo entrever los medios.

Bien pronto a este descubrimiento sucede el de un cálculo nuevo que enseña a encontrar las leyes de crecimiento o decrecimiento sucesivo de una cantidad variable, a encontrar la cantidad misma por el conocimiento de esta relación, sea que se suponga a este crecimiento una magnitud finita, sea que no se le busque la relación sino por el instante en que se desvanece; método que, extendiéndose a todas las combinaciones de magnitudes variables y a todas las hipótesis de sus variaciones, conduce igualmente a determinar para todas las cosas cuyos cambios son susceptibles de una medida precisa, sean las relaciones de sus elementos, sean las relaciones de las cosas, según el conocimiento de las que mantienen ellas entre sí cuándo son sólo conocidos sus elementos.

Se debe a Newton y a Leibnitz la invención de estos cálculos, cuyo descubrimiento habían preparado los trabajos de los geómetras de la generación precedente. Sus progresos, no interrumpidos durante más de un siglo, han constituido la labor y han sido la gloria de muchos hombres de genio, y presentan a los ojos del filósofo que quiere observarlos, aun sin seguirlos, un monumento importante de las fuerzas de la inteligencia humana.

Al exponer la formación y los principios del lenguaje del álgebra, el único verdaderamente exacto y analítico que existe todavía, la naturaleza de los procedimientos técnicos de esta ciencia, la comparación de estos procedimientos con las operaciones naturales del entendimiento humano, mostraremos que, si este método no es por sí mismo sino un instrumento particular de las ciencias de las cantidades, encierra los principios de un instrumento universal aplicable a todas las combinaciones de las ideas.

La Mecánica racional se convirtió bien pronto en una ciencia vasta y profunda. Las verdaderas leyes del choque de los cuerpos respecto de las cuales se había engañado Descartes fueron al fin conocidas.

Huyghens descubre la del movimiento en el círculo; da al mismo tiempo el método para determinar a qué círculo debe pertenecer cada elemento de una curva cualquiera. Reuniendo estas dos teorías, Newton encuentra la del movimiento curvilíneo, y aplica estas leyes, siguiendo las cuales Kepler descubrió que los planetas recorren sus órbitas elípticas.

Un planeta, que se supone lanzado en el espacio en un instante dado, con una velocidad y según una dirección determinada, recorre, alrededor del Sol, una elipse en virtud de una fuerza dirigida hacia este astro y proporcional a la razón inversa del cuadrado de las distancias. La misma fuerza retiene a los satélites en sus órbitas alrededor del planeta principal. Ella se extiende a todo el sistema de los cuerpos celestes y es recíproca entre todos los elementos que los componen.

La regularidad de las elipses planetarias es perturbada y el cálculo explica con precisión hasta los más ligeros matices de estas perturbaciones. Actúa sobre los cometas, de los cuales la misma teoría enseña a determinar las órbitas y a predecir la vuelta. Los movimientos observados en los ejes de rotación de la tierra y de la Luna comprueban también la existencia de esta fuerza universal. Ella es, en fin, la causa de la pesantez de los cuerpos terrestres, en los cuales aparece constante, porque no podemos observarlos a distancia bastante diferentes entre sí del centro de acción.

Así, el hombre ha conocido, en fin, por primera vez una de las leyes físicas del universo, y todavía es única, como la gloria de quien la ha revelado.

Cien años de trabajo han confirmado esta ley, a la cual todos los fenómenos celestes han parecido sometidos con una exactitud, por decirlo así, milagrosa; siempre que alguno de ellos ha parecido sustraerse, esta incertidumbre pasajera se ha convertido más tarde en un nuevo triunfo.

La filosofía se ve casi siempre forzada a gustar en las obras de un hombre de genio el hilo secreto que la ha dirigido; pero aquí el interés, inspirado por la admiración, ha hecho descubrir y observar anécdotas precisas, que permiten seguir paso a paso la marcha de Newton. Ellas nos servirán para mostrar cómo las felices combinaciones del azar concurren, con los esfuerzos del genio, a un gran descubrimiento, y cómo otras combinaciones menos favorables hubieran podido retardarlo o reservarlo a otras manos.

Pero Newton hizo más quizá por los progresos del espíritu humano que descubrir esta ley general de la Naturaleza; enseñó a los hombres a no admitir en la Física sino teorías precisas y calculadas que diesen razón, no solamente de la existencia de un fenómeno, sino también de su cantidad y de su extensión. Sin embargo, se le acusa de renovar las cualidades ocultas de los antiguos, porque se había limitado a encerrar la causa general de los fenómenos celestes en un hecho simple, cuya observación probaba su incontestable realidad. Y esta misma acusación prueba hasta qué punto los métodos de las ciencias tenían necesidad todavía de ser ilustrados por la filosofía.

Una multitud de problemas de estática y de dinámica habían sido sucesivamente propuestos y resueltos, cuando d'Alembert descubre un principio general que bastó por sí solo para determinar el movimiento de un número cualquiera de puntos, animados de cualquier fuerza y ligados entre sí por condiciones. Bien pronto extiende este mismo principio a los cuerpos finitos de una figura determinada a aquellos que, elásticos o flexibles, pueden cambiar de figura, pero según ciertas leyes y conservando ciertas relaciones entre sus partes, en fin, a los mismos fluidos, sea que conserven la misma densidad, sea que se encuentren en el estado de expansibilidad. Un nuevo cálculo era necesario para resolver estas últimas cuestiones; no puede escapar a su genio, y la Mecánica no es ya sino una ciencia de puro cálculo.

Estos descubrimientos pertenecen a las ciencias matemáticas; pero la naturaleza, sea de esta ley de gravitación universal, sea de estos principios de mecánica y las consecuencias que pueden obtenerse para el orden eterno del universo son del campo de la Filosofía. Se ha aprendido que todos los cuerpos están sometidos a leyes necesarias, que tienden por sí mismas a producir o a mantener el equilibrio y a hacer nacer o a conservar la regularidad en los movimientos.

El conocimiento de las que presiden los fenómenos celestes; los descubrimientos del análisis matemático que conducen a métodos más precisos de calcular las apariencias de aquéllos; esta perfección, de la que ni siquiera se había llegado a concebir la esperanza, a que han sido llevados los instrumentos de óptica y aquellos; esta perfección, de la que ni siquiera se llega a ser la medida de la exactitud de la observación; la precisión de las máquinas destinadas a medir el tiempo; el gusto más generalizado por las ciencias, que se une al interés de los gobiernos por multiplicar los astrónomos y los observatorios; todas estas causas, reunidas, aseguran el progreso de la Astronomía. El cielo se enriqueció para el hombre con nuevos astros y supo ya determinar y prever con exactitud su posición y sus movimientos.

La Física, libertándose poco a poco de les aplicaciones vagas introducidas por Descartes, del mismo modo que se había desembarazado de los absurdos escolásticos, no es más que el arte de interrogar la Naturaleza mediante experiencias para procurar deducir después, mediante el cálculo, hechos más generales.

Se conoce y se mide el peso del agua; se descubre que la transmisión de la luz no es instantánea y se determina su velocidad; se calculan los efectos que de ello deben resultar para la posición aparente de los cuerpos celestes; el rayo solar es descompuesto en rayos más simples,

diferentemente refrangibles y diversamente coloreados. Se explica el arco iris y se someten a cálculo los medios de producir o de hacer desaparecer sus colores. La electricidad, que no era conocida sino por la propiedad de ciertas substancias de atraer los cuerpos ligeros, después de haber sido frotados, se convierte en uno de los fenómenos generales del universo. La causa del rayo no es ya un secreto, y Franklin revela a los hombres el arte de desviarlo y dirigirlo a su gusto. Se emplean instrumentos nuevos para medir las variaciones del peso de la atmósfera, de la humedad, del aire y los grados de la temperatura de los cuerpos. Una ciencia nueva, con el nombre de Meteorología, enseña a conocer y algunas veces a prever los fenómenos de la atmósfera, de la que nos harán conocer algún día las leyes aún desconocidas.

Presentando el cuadro de estos descubrimientos, mostraremos cómo los métodos que han conducido a los físicos en sus indagaciones se han depurado y perfeccionado; cómo el arte de hacer experiencias y de construir instrumentos ha adquirido sucesivamente más precisión; de manera que la Física, no solamente se ha enriquecido diariamente con nuevas verdades, sino que las verdades ya probadas han adquirido una exactitud más grande; que no solamente han sido observados y analizados una multitud de hechos desconocidos, sino que todos han sido sometidos en sus detalles a medidas más rigurosas.

La Física no había tenido que combatir sino los prejuicios de la escolástica y el atractivo, tan seductor para la pereza, de las hipótesis generales. Otros obstáculos retardaban los progresos de la Química. Se había imaginado que ella debía dar el secreto de hacer el oro y de proporcionar la inmortalidad.

Los grandes intereses hacen al hombre supersticioso. No se creía que las promesas que acarician las dos pasiones más fuertes de las almas vulgares, e iluminan también la de la gloria, puedan verse realizadas por los medios ordinarios; y todo lo que la credulidad delirante había inventado en cuanto a extravagancias parecía haberse reunido en la cabeza de los químicos.

Pero estas quimeras cedieron poco a poco ante la filosofía mecánica de Descartes, la cual, rechazada a su vez, dio lugar a una química verdaderamente experimental. La observación de los fenómenos que acompañan las composiciones y las descripciones de los cuerpos; la indagación de las leyes de estas operaciones y el análisis de las substancias en elementos cada vez más simples adquirieron una precisión y un rigor siempre crecientes.

Pero es preciso agregar a estos progresos de la Química algunos de estos perfeccionamientos que, abrazando el sistema entero de una ciencia, y consistiendo más en extender los métodos que en aumentar el número de verdades que forman su conjunto, presagian y preparan una feliz revolución. Tal ha sido el descubrimiento de los nuevos medios de retener y de someter a las experiencias los fluidos expansivos, que hasta entonces se habían sustraído a él; descubrimiento que, permitiendo actuar sobre una clase entera de seres nuevos y sobre los ya conocidos, reducidos a un estado en que escapan a nuestras indagaciones, y agregando un elemento más a casi todas las combinaciones, ha cambiado, por decirlo así, el sistema entero de la Química. Tal ha sido la formación de una lengua, en la que los nombres que designan las substancias expresan unas veces las relaciones o las diferencias de las que tienen un elemento común, y otras veces la clase a que pertenecen.

Tales han sido también el uso de una escritura científica, en las que estas substancias están representadas por caracteres analíticamente combinados y que pueden incluso expresar las operaciones más comunes y las leyes generales de las afinidades y el empleo de todos los medios, de todos los instrumentos que invaden la Física para calcular, con una rigurosa precisión, el resultado de las experiencias y la aplicación, en fin, del cálculo de los fenómenos de la cristalización a las leyes, según las cuales los elementos de ciertos cuerpos afectan, reuniéndose, formas regulares y constantes.

Los hombres, que no habían sabido durante mucho tiempo sino explicar mediante sueños supersticiosos o filosóficos la formación del todo antes de procurar conocerlo bien, han sentido, en fin, la necesidad de estudiar con una atención escrupulosa, sea en la superficie, sea en esta parte del

interior en que sus necesidades le han hecho penetrar, las sustancias que allí se encuentran y su distribución fortuita o regular y la distribución de las masas que han formado. Han aprendido a reconocer las huellas de la acción lenta y largo tiempo prolongada del agua de la mar, de las aguas terrestres y del fuego; a distinguir las partes de la superficie y de la corteza exterior del globo, en la que las desigualdades, la disposición de las substancias que allí se encuentran, y, con frecuencia, estas substancias mismas, son obras del fuego, de las aguas terrestres, de las aguas del mar, y aquella otra porción del globo formada en gran parte de las substancias heterogéneas y con huellas de revoluciones más antiguas, cuyos agentes nos son todavía desconocidos.

Los minerales, los vegetales y los animales se dividen en muchas especies, de las cuales los individuos no difieren sino por variedades insensibles poco constantes o producidas por causas puramente locales; muchas de estas especies se relacionan por un número más o menos grande de cualidades comunes que sirven para establecer divisiones sucesivas y cada vez más extensas. Los naturalistas han aprendido a clasificar metódicamente los individuos según caracteres determinados, fáciles de comprender, único medio de reconocerse en medio de esta innumerable multitud de seres diversos. Estos métodos son una especie de lengua real, en la que cada objeto es designado por algunas de sus cualidades más constantes y por medio de las cuales, conociendo estas cualidades, se puede volver al encontrar el nombre que lleva un objeto en la lengua de convención. Estas mismas lenguas, cuando están bien hechas, enseñan también cuáles son, para cada clase de seres naturales, las cualidades verdaderamente esenciales cuya reunión implica una semejanza más o menos completa en el resto de sus propiedades.

Si se ha visto algunas veces este orgullo que agranda a los ojos de los hombres los objetos de un estudio exclusivo y de conocimientos penosamente adquiridos, atribuir a estos objetos una importancia exagerada y tomar por la ciencia misma lo que no era en cierto modo sino el diccionario y la gramática de su lengua real, también se ha visto con frecuencia, por un exceso contrario, que una cierta falsa filosofía ha rebajado demasiado estos mismos métodos, confundiéndolos con nomenclaturas arbitrarias como fútiles y laboriosas compilaciones.

El análisis químico de las substancias que ofrecen los tres grandes reinos de la Naturaleza; la descripción de su forma exterior; la exposición de sus cualidades físicas, de sus propiedades usuales; la historia del desenvolvimiento de los cuerpos organizados, animales o plantas, de su nutrición y de su reproducción; los detalles de su organización; la anatomía de sus diversas partes; las funciones de cada una de ellas; la historia de las costumbres de los animales, de su industria para procurarse el alimento, el abrigo, un alojamiento; para apoderarse de su presa o evitar a los enemigos; las sociedades de familia o de especie que forman entre ellas; esta multitud de verdades a que se ha llegado, recorriendo la cadena inmensa de los seres; las relaciones cuyos anillos sucesivos conducen, de la materia bruta al más débil grado de organización, de la manera organizada a la que da los primeros indicios de sensibilidad y de movimiento espontáneo, y, en fin, de ésta al hombre; las relaciones de todos estos seres con el hombre, sea en sus necesidades, sea en las analogías que le aproxima a ellos o en las diferentes que les separan; tal es el cuadro que nos presenta hoy la Historia Natural.

El hombre físico es el objeto de una ciencia aparte: la *anatomía*, que, en su acepción general, encierra la Fisiología. Esta ciencia, que había tenido estancada un respeto supersticioso por los muertos, se benefició del debilitamiento general de los prejuicios y les opuso felizmente el interés de su propia conservación, que le ha asegurado el apoyo de los hombres poderosos. Sus progresos han sido tales, que parece en cierto modo haberse agotado, esperar instrumentos más perfectos y métodos nuevos, y estar casi reducida a buscar, en la comparación entre las partes de los animales y las del hombre, entre los órganos comunes a diferentes especies, entre la manera como se ejercen funciones semejantes, las verdades que la observación directa del hombre parece rehusar hoy. Casi todo lo que el ojo del observador, ayudado del microscopio, ha podido descubrir, está ya revelado. La Anatomía parece tener necesidad de los socorros de las experiencias, tan útiles a los progresos de

las otras ciencias, y la naturaleza de su objeto aleja de ella este medio ahora necesario para su perfeccionamiento.

La circulación de la sangre era conocida desde hace largo tiempo; pero la disposición de los vasos que llevan el quilo destinado a mezclarse con ella para reparar las pérdidas; pero la existencia de un jugo gástrico que dispone los alimentos en esta descomposición, necesaria para separar la porción propia para ser asimilada con los fluidos vivos y con la materia organizada; pero los cambios que experimentan las diversas partes y los diversos órganos en el espacio que separa la concepción del nacimiento, y después de esta época en las diferentes edades de la vida; pero la distinción de las partes dotadas de esta sensibilidad o de esta irritabilidad, propiedad descubierta por Haller y común a casi todos los seres orgánicos, todo esto es lo que la Fisiología ha sabido en esta época brillante descubrir y apoyar sobre observaciones ciertas; y tantas verdades importantes tuvieron que obtener gracia para las explicaciones mecánicas, químicas y orgánicas, que, sucediéndose alternativamente, han abrumado las ciencias con hipótesis funestas a sus progresos y peligrosas cuando su aplicación se ha extendido hasta la Medicina.

El cuadro de las ciencias debe unirse al de las artes que, apoyándose sobre ellas, han tomado una marcha más segura y han roto las cadenas en que la víctima las había retenido hasta entonces.

Mostraremos el influjo que los progresos de la Mecánica, los de la Astronomía, los de la Óptica y del arte de medir el tiempo han ejercido sobre el arte de construir, de mover y de dirigir los barcos. Expondremos cómo el aumento del número de observadores, la mayor habilidad del navegante, una exactitud más rigurosa en las determinaciones astronómicas de las posiciones y en los métodos topográficos han hecho, en fin, conocer este globo todavía casi ignorado al final del siglo último; lo que las artes mecánicas propiamente dichas han debido, en su perfeccionamiento, al del arte de construir los instrumentos, a las máquinas y a los oficios y éstos a los progresos de la mecánica racional y de la Física; lo que deben estas mismas artes a la ciencia de emplear los motores ya conocidos, con menos gasto y pérdidas, o a la invención de nuevos motores. Se verá la arquitectura recoger en la ciencia del equilibrio y en la teoría de los fluidos los medios de dar a las bóvedas formas más cómodas y menos dispendiosas, sin temor de alterar la solidez de las construcciones y oponer al esfuerzo de las aguas una resistencia más seguramente calculada de dirigir su curso y de emplearla en canales con más habilidad y éxito.

Se verán las artes químicas enriquecerse con procedimientos nuevos, depurar y simplificar los antiguos métodos, desembarazarse de todo lo que la rutina había introducido de sustancias inútiles o perjudiciales y de prácticas vanas o imperfectas, y al mismo tiempo se encontraban los medios de evitar una parte de los peligros, con frecuencia terribles, a que estaban expuestos los obreros; y con estos medios se procuraban más goce y más riqueza y no las hacían pagar a costa de sacrificios tan dolorosos y de tantos remordimientos.

Sin embargo, la Química, la Botánica y la Historia Natural esparcían una luz fecunda sobre las artes económicas, sobre el cultivo de los vegetales destinados a nuestras diversas necesidades, sobre el arte de alimentar, de multiplicar y de conservar los animales domésticos, de perfeccionar las razas y de mejorar los productos, sobre el de preparar y conservar los productos de la tierra o los alimentos que nos proporcionan los animales.

La Cirugía y la Farmacia se convierten en artes casi nuevas desde el instante en que la Anatomía y la Química vienen a ofrecerles guías más ilustrados y más seguros.

La Medicina, que en la práctica debe ser considerada como un arte, se liberta al menos de sus falsas teorías, de su jerga pedante, de su rutina mortífera y de su servil sumisión a la autoridad de los hombres y a las doctrinas de las Facultades; aprende a no creer más que en la experiencia. Ha multiplicado sus medios, sabe combinarlos y emplearlos mejor, y si en algunas partes sus progresos son, en cierto modo, negativos; si se limitan a la destrucción de prácticas dañosas y de prejuicios perjudiciales, los métodos nuevos de estudiar la medicina química y de combinar las observaciones anuncian progresos más reales y más extensos.

Procuraremos seguir sobre todo aquella marcha del genio de las ciencias que, descendiendo unas veces de una teoría abstracta y profunda a aplicaciones nuevas y delicadas; simplificando después sus medios y proporcionándolos a las necesidades, acaba por extender sus beneficios a las prácticas más vulgares; y otras veces, avivado por las necesidades de esta misma práctica, va a buscar, en las especulaciones más elevadas, los recursos que hubieran rehusado conocimientos comunes.

Haremos ver que las declamaciones contra la inutilidad de las teorías, aun para las artes más simples, no han probado sino la ignorancia de los declamadores. Mostraremos que no es a la profundidad de estas teorías, sino, por el contrario, a su imperfección, a la que es preciso atribuir la inutilidad o los efectos funestos de tantas aplicaciones desdichadas,

Estas observaciones conducirán a la verdad general de que, en todas las artes, las verdades de la teoría son necesariamente modificadas en la práctica; que existen inexactitudes realmente inevitables, cuyos efectos es preciso procurar que sean insensibles en vez de entregarse a la esperanza quimérica de evitarlos; que un gran número de datos relativos a las necesidades, a los medios, al tiempo y al gasto, necesariamente olvidados en la teoría, deben entrar en el problema relativo a una práctica inmediata y real; y que, en fin, introduciendo estos datos con una habilidad que es verdaderamente el verdadero genio de la práctica se puede a la vez franquear los límites estrechos en que los prejuicios contra la teoría amenazan retener a las artes y evitar los errores a que pudiese arrastrar un uso torpe de la teoría.

Las ciencias que se habían dividido no han podido extenderse sin aproximarse, sin que se estableciesen entre ellas puntos de contacto.

Las exposiciones de los progresos de cada ciencia bastarían para mostrar cuál ha sido, en muchas de ellas, la utilidad de la aplicación inmediata del cálculo; cómo ha podido emplearse éste, en casi todas ellas, para dar a las experiencias y a las observaciones una precisión más grande, y lo que han debido a la Mecánica, que les ha dado instrumentos más perfectos y más exactos, y cómo han atribuido al microscopio y los instrumentos meteorológicos el perfeccionamiento dela Historia Natural; lo que esta ciencia debe a la Química, única que ha podido conducir a un conocimiento más profundo de los objetos que considera, revelando su naturaleza más íntima las diferencias más esenciales y mostrándole la composición y los elementos, mientras que al mismo tiempo la Historia Natural ofrecía a la Química tantos productos que separar y escoger, tantas operaciones que ejecutar y tantas combinaciones formadas por la Naturaleza, de las que era preciso separar los verdaderos elementos, y algunas veces descubrir y aun imitar el secreto; en fin: qué socorros mutuos se prestan la Física y la Química, y cuáles ha recibido ya la Anatomía de la Historia Natural o de las ciencias.

Pero todavía no se habrían expuesto sino la porción más pequeña de las ventajas que se han obtenido o que pueden alcanzarse con esta aplicación. Muchos geómetras han proporcionado métodos generales para encontrar, en vista de las observaciones, las leyes empíricas de los fenómenos; métodos que se extienden a todas las ciencias, puesto que todas ellas pueden igualmente conducir al conocimiento, sea de la ley de los valores sucesivos de una misma cantidad por una sucesión de instantes y de posiciones, sea de aquella otra ley según la cual se distribuyen diversos propiedades o diversos valores de una cualidad semejante entre un número dado de objetos.

Ya algunas aplicaciones han probado que se puede emplear con éxito la ciencia de las combinaciones para disponer las observaciones de manera que se puedan recoger con más facilidad las relaciones, los resultados y el conjunto.

Las aplicaciones del cálculo de probabilidades hacen presagiar cómo pueden concurrir a los progresos de las otras ciencias; aquí, determinando la verosimilitud de los hechos extraordinarios y enseñando a juzgar si deben ser rechazados o si, por el contrario, merecían ser comprobados; allí, calculando la de la repetición constante de los hechos que se presentan con frecuencia en la práctica de las artes y que no están ligados por sí mismos a un orden ya considerado como una ley general;

tal es, por ejemplo, en Medicina, el efecto saludable de ciertos remedios y el éxito de determinados preservativos. Estas aplicaciones no muestran todavía cuál es la probabilidad de que resulten un conjunto de fenómenos de la intención de un ser inteligente; que ella depende de otros fenómenos de los que coexisten con los de ese conjunto o que le han precedido, y que otra probabilidad debe ser atribuida a esta causa necesaria y desconocida que se denomina azar; palabra cuyo verdadero sentido sólo puede hacer conocer bien el estudio de este cálculo.

Estas aplicaciones han enseñado igualmente a reconocer los diversos grados de certidumbre con que podemos esperar alcanzar la verosimilitud, según la cual podemos adoptar una opinión, hacer de ella la base de nuestros razonamientos sin herir los derechos de la razón y la regla de nuestra conducta y sin faltar a la prudencia ni ofender a la justicia. Ellas muestran cuáles son las ventajas o los inconvenientes de las diversas formas de elección y de los diversos modos de decisión tomada por pluralidad de votos; los diferentes grados de probabilidad que pueden resultar de ellos; lo que el interés público debe exigir según la naturaleza de cada cuestión; los medios, ya sea de obtenerlo casi seguramente, cuando la decisión no es necesaria o cuando son desiguales los inconvenientes de ambos partidos, no pudiendo uno de ellos ser legítimo mientas permanezca por debajo de esta probabilidad, ya sea de asegurarse de antemano el obtener con frecuencia esta misma probabilidad cuando, por el contrario, es necesario la decisión y la más débil verosimilitud basta para conformarse.

Se puede incluso poner todavía en el número de estas aplicaciones el examen de la probabilidad de los hechos, para quien no puede apoyar su adhesión sobre sus propias observaciones; probabilidad que resulta, o de la autoridad de los testigos o de la conexión de estos hechos con otros inmediatamente observados.

¿Hasta dónde las investigaciones sobre la duración de la vida de los hombres, sobre el influjo que ejerce sobre esta duración la diferencia de los sexos, de las temperaturas del clima, de las profesiones, de los gobiernos y de los hábitos de la vida; sobre la mortalidad que resulta de las diversas enfermedades; sobre los cambios que experimenta la población; sobre la extensión del influjo de las diversas causas que producen estos cambios; sobre la manera como se distribuye en cada país según las edades, los sexos y las ocupaciones; hasta dónde no podrán ser útiles estas investigaciones al conocimiento físico del hombre, a la Medicina y a la economía pública?

¡Qué aplicación no ha hecho la economía política de estos mismos cálculos para el establecimiento de las rentas y fondos vitalicios, de las cajas de acumulaciones y de socorros y de los seguros de toda especie!

La aplicación del cálculo, ¿no es también necesaria para aquella parte de la economía pública que abraza la teoría de las medidas, de las monedas, de los bancos y de las operaciones financieras; en fin: a la teoría de las imposiciones, de su reparto establecido por la ley y de su distribución real, que se separa con frecuencia en sus efectos de todas las partes del sistema social?

¿Cuántas de estas cuestiones importantes en esta misma ciencia no han podido ser bien resueltas sino con el análisis de los conocimientos adquiridos sobre la Historia Natural, sobre la agricultura, sobre la física vegetal y sobre las artes mecánicas o químicas?

En una palabra: tal ha sido el progreso general de las ciencias, que no hay ninguna, por decirlo así, que pueda ser abrazada por completo en sus principios y en sus detalles sin obligarse a pedir socorro a todas las demás.

Presentando este cuadro y las verdades nuevas con que cada ciencia se ha enriquecido y de lo que cada una debe a la aplicación de las teorías o de los métodos que parecen pertenecer más particularmente a conocimientos de otro orden, buscaremos cuál ses la naturaleza y el límite de aquellas verdades a que pueden conducirnos en cada ciencia la observación, la experiencia y la meditación; buscaremos igualmente en qué consiste precisamente para cada una de ellas el talento de la invención, esta primera facultad de la inteligencia humana, a la cual se ha dado el nombre de *genio*; por qué operaciones puede alcanzar el espíritu los descubrimientos que persigue a ser

conducido a veces a los que no busca y no ha podido ni siquiera prever. Mostraremos cómo los métodos que nos llevan a descubrimientos pueden agotarse de manera que la ciencia se vea obligada en cierta suerte a detenerse y no vienen nuevos métodos a proporcionar al genio un nuevo instrumento o a facilitarle el uso de aquellas que no puede emplear sin consumir demasiado tiempo y fatigas.

Si nos limitamos a mostrar las ventajas que se han obtenido de las ciencias en sus usos inmediatos o en sus aplicaciones a las artes, sea para el bienestar de los individuos, sea para la prosperidad de las naciones, no habríamos hecho conocer todavía sino una débil parte de sus beneficios. El más importante quizá es el de haber destruido los prejuicios y enderezar en cierto modo la inteligencia humana, forzada a plegarse a las falsas direcciones que le imprimían las creencias absurdas, transmitidas a la infancia de cada generación con los terrores de la superstición y el temor de la tiranía.

Todos los errores en política y en moral tienen por base errores filosóficos que están, por su parte, ligados con los errores físicos. No existe ni un sistema religioso ni una extravagancia sobrenatural que no estén fundados sobre la ignorancia de las leyes de la Naturaleza. Los inventores y los defensores de estos absurdos no podían prever el perfeccionamiento sucesivo del espíritu humano. Persuadidos de que los hombres sabían a su tiempo todo lo que podían saber y creerían siempre todo lo que creían entonces, apoyaban con confianza sus sueños sobre las leyes de su país y de su siglo.

Los progresos de los conocimientos físicos son tanto más funestos para estos errores cuanto que, con frecuencia, los destruyen sin parecer atacarlos y extiende sobre los que se obstinan en defenderlos el ridículo envilecedor de la ignorancia.

Al mismo tiempo el hábito de razonar justo sobre los objetos de las ciencias, las ideas precisas que dan sus métodos, los medios de reconocer o de probar una verdad, deben conducir, naturalmente, a comparar el sentimiento que nos fuerza a adherirnos a opiniones fundadas sobre estos motivos reales de credulidad y el que nos liga con nuestros prejuicios de hábitos o nos fuerza a ceder a la autoridad; y esta comparación basta para aprender a desconfiar de estas últimas opiniones, para hacer sentir que no se las cree realmente ni siquiera cuando se proclama su creencia y se afirma que se las profesa con la más pura sinceridad. Ahora bien: una vez descubierto este secreto es segura y pronta su doctrina.

En fin: esta marcha de las ciencias físicas que las pasiones y los intereses no viene a turbar, en la que no se cree que el nacimiento, la profesión y el lugar de derecho a juzgar lo que no se está en condiciones de comprender; esta marcha más segura no podía ser observada sin que los hombres ilustrados procurasen en las otras ciencias aproximarse sin cesar; esta marcha les ofrecía a cada paso el modelo que debían seguir, y según el cual podían juzgar de sus propios esfuerzos, reconocer los falsos caminos que hubieran podido emprender, preservarse del pirronismo tanto como de la credulidad y de una ciega confianza, de una sumisión demasiado completa incluso a la autoridad de las luces y del renombre.

Sin duda que el análisis metafísico conducía a los mismos resultados, pero no hubiese dado sino preceptos abstractos, y aquí los mismos principios abstractos puestos en acción estaban ilustrados por el ejemplo y fortificados por el éxito.

Hasta esta época las ciencias no habían sido sino el patrimonio de algunos hombres; ya se habían hecho comunes y se aproxima el momento en que sus elementos, sus principios y sus métodos más simples se harán bien pronto populares. Será entonces cuando su aplicación a las artes y su influjo sobre la exactitud general de los espíritus será de una utilidad verdaderamente universal.

Seguiremos los progresos de las naciones europeas en la instrucción, sea de los niños, sea de los hombres; progresos débiles hasta aquí si se considera solamente el sistema filosófico de esta instrucción que, casi por todas partes, permanece entregada a los prejuicios escolásticos; pero muy rápida si se considera la extensión y la naturaleza de los objetos de enseñanza que, no abrazando

casi nada más que conocimientos reales, encierra los elementos de casi todas las ciencias, mientras que los hombres de todas las edades encuentran en los diccionarios, en los resúmenes y en los diarios las luces que necesita, aunque no sean siempre bastante puras. Examinaremos cuál haya sido la utilidad de unir la instrucción oral de las ciencias a la que se recibe inmediatamente de los libros y del estudio; si ha resultado alguna ventaja de que el trabajo de las compilaciones se haya convertido en un verdadero oficio, en un medio de subsistencia, lo cual ha multiplicado el número de obras mediocres, pero multiplicando también para hombres poco instruidos los medios de adquirir conocimientos comunes. Expondremos el influjo que han ejercido sobre los progresos del espíritu humano estas sociedades sabias, barrera que será todavía, durante mucho tiempo, útil de oponer a la charlatanería y al falso saber; haremos, en fin, la historia de los estímulos dados por los gobiernos a los progresos del espíritu humano y los obstáculos que han opuesto con frecuencia en el mismo país y en la misma época; haremos ver qué prejuicios o qué principios de maquiavelismo les han dirigido en esta oposición a la marcha de los espíritus hacia la verdad, y qué puntos de vista de política interesada o aun de bien público les han guiado cuando han parecido, por el contrario, querer acelerarlo y protegerlo.

El cuadro de las bellas artes no ofrece resultados menos brillantes. La música se ha convertido, en cierta suerte, en un arte nuevo, al mismo tiempo que la ciencia de las combinaciones y la aplicación del cálculo a las vibraciones de los cuerpos sonoros y de las oscilaciones del aire han aclarado su teoría. Las artes del dibujo, que habían ya pasado de Italia a Flandes, a España y a Francia, se elevaron, en este último país, al mismo grado a que las había llevado Italia en la época precedente, y allí se sostuvieron con más brillo aún que en la misma Italia. El arte de nuestros pintores es el de Rafael y los Carracci. Todos sus medios, conservados en las escuelas, lejos de perderse, se han esparcido más. Sin embargo, ha transcurrido demasiado tiempo sin producirse un genio que se los pueda comparar para no atribuir sino al azar esta larga esterilidad. No es que se hayan agotado los medios del arte, aunque los grandes éxitos se hayan hecho en él más difíciles. No es que la Naturaleza nos haya rehusado órganos tan perfectos como los de los italianos del siglo XVI; es a los cambios de la política y de las costumbres a los que es preciso atribuir, no la decadencia del arte, sino la debilidad de sus producciones.

Las letras, cultivadas en Italia con menos éxito, pero sin haber degenerado allí, han hecho, en la lengua francesa, progresos que han atraído para ésta el honor de llegar a ser, en cierto modo, la lengua universal de Europa.

El arte trágico, en manos de Corneille, de Racine y de Voltaire, se ha elevado, por progresos sucesivos, a una perfección hasta entonces desconocida. El arte cómico debió a Moliére el llegar más prontamente a una altura que ninguna nación ha podido alcanzar.

En Inglaterra, desde el comienzo de esta época, y en un tiempo más próximo a nosotros, en Alemania, la lengua se ha perfeccionado. El arte de la poesía y el de escribir en prosa se han sometido, pero con menos docilidad que en Francia, a estas reglas universales de la razón y de la Naturaleza, que deben dirigirlos. Estas reglas son igualmente verdaderas para todas las lenguas y para todos los pueblos. Aun cuando hasta aquí sólo haya podido conocerlas un pequeño número y elevarse a este gusto justo y seguro, que no es sino el sentimiento de estas mismas reglas que presidía las composiciones de Sófocles y de Virgilio, como las de Pope o Voltaire, que enseñaba a los griegos y a los romanos, lo mismo que a los franceses, a impresionarse con las mismas bellezas y a rebelarse ante los mismos defectos,

Haremos ver lo que en cada nación ha favorecido y retardado los progresos de estas artes; por qué causa los diversos géneros de poesía o de obras en prosa han alcanzado en los diferentes países una perfección tan desigual, y cómo estas reglas universales pueden, sin herir siquiera los principios que son su base, ser modificadas por las costumbres, por las opiniones de los pueblos que deben gozar de los productos de estas artes y por la naturaleza misma de los usos a que son destinados los diferentes géneros. Así, por ejemplo, la tragedia recitada todos los días ante un pequeño número de

espectadores en una sala poco extensa, no puede tener las mismas reglas prácticas que la tragedia cantada en un teatro inmenso, en fiestas solemnes a las que todo el pueblo era invitado. Procuraremos demostrar que las reglas del gusto tienen la misma generalidad y la misma constancia, pero son susceptibles del mismo género de modificaciones que las otras leyes del universo moral y físico cuando es preciso aplicarlas a la práctica inmediata de un arte usual,

Mostraremos cómo la impresión, multiplicando y extendiendo las mismas obras destinadas a ser públicamente leídas o recitadas, las transmite a un número de lectores infinitamente mayor que el de los oyentes; cómo casi todas las decisiones importantes tomadas en asambleas numerosas eran determinadas por la instrucción que sus miembros reciben por la lectura, y así hubieron de resultar entre las reglas de persuadir, de los antiguos y de los modernos, diferencias análogas a las del efecto que debe producir y de los medios que emplea.

Los progresos de la Filosofía y de las ciencias han extendido y favorecido los de las letras, y éstos han servido para hacer más fácil el estudio de las ciencias y más popular la Filosofía. Se han prestado un apoyo mutuo, a pesar de los esfuerzos de la ignorancia y de la estultez para desunirlas y hacerlas enemigas. La erudición, que la sumisión a la autoridad humana y el respeto por las cosas antiguas parecían destinarla a sostener la causa de los prejuicios perjudiciales, la erudición ha ayudado, sin embargo, a destruirlos, porque las ciencias y la filosofía le han prestado el espíritu de una crítica más sana. Sabían ya las autoridades comparadas entre sí, y ha acabado por someterlas al tribunal de la razón. Había rechazado los prodigios, los cuentos absurdos y los hechos contrarios a la verosimilitud, pero atacando los testimonios en que se apoyaban; ha sabido luego rechazarlos, a pesar de la fuerza de estos testimonios, para no ceder sino a aquella que pudiera triunfar sobre la inverosimilitud física o moral de los hechos extraordinarios.

Así, todas las ocupaciones intelectuales de los hombres, por diferentes que sean por su objeto y su método, o por las cualidades de espíritu que exigen, han concurrido a los progresos de la razón humana. Ocurre, en efecto, con el sistema entero de los trabajos de los hombres como con una obra bien hecha, cuyas partes, distinguidas con método, deben estar, sin embargo, estrechamente ligadas y no formar sino un solo todo y tender a un fin único.

Lanzando ahora una ojeada general sobre la especie humana, mostraremos que el descubrimiento de los verdaderos métodos en todas las ciencias; la extensión de las teorías que encierran; su aplicación a todos los objetos de la Naturaleza y a todas las necesidades de los hombres; las líneas de comunicación que se han establecido entre ellas; el gran número de los que las cultivan, y, en fin, la multiplicación de las imprentas, basta para respondernos de que ninguna de ellas puede descender ya por debajo del nivel que ha alcanzado. Haremos observar que los principios de la Filosofía, las máximas de la libertad y los conocimientos de los verdaderos derechos de los hombres y de sus intereses reales se han extendido en un número demasiado grande de naciones y dirigen en algunas de ellas las opiniones de un número demasiado grande de hombres ilustrados, para que se pueda pensar que vuelvan a caer en el olvido.

Y ¿qué temor pudiera conservarse todavía viendo que las dos lenguas más extendidas son también las lenguas de los dos pueblos que gozan de la más completa libertad y que mejor han conocido sus principios, de suerte que ni línea alguna de tiranos, ni ninguna de las combinaciones políticas posibles puede impedir la defensa solemne, en estas dos lenguas, de los derechos de la razón, así como de los de la libertad?

Pero si todo nos responde de que el género humano no debe volver a caer en su antigua barbarie; si todo debe asegurarnos contra este sistema pusilánime y corrompido que lo condena a eternas oscilaciones entre la verdad y el error, la libertad y la servidumbre, vemos al mismo tiempo no ocupar las luces todavía sino una débil parte del globo, y el número de aquellas que las poseen reales desaparecer ante la masa de los hombres entregados a los prejuicios y a la ignorancia; vemos vastas regiones gimiendo en la esclavitud y no ofreciendo sino naciones degradadas aquí por los vicios de una civilización cuya corrupción retrasa su marcha; allí vegetando todavía en la infancia

de sus primeras épocas. Vemos que los trabajos de estas últimas edades han hecho mucho por los progresos del espíritu humano, pero poco por el perfeccionamiento de la especie humana; mucho por la gloria del hombre, algo por su libertad, casi nada, todavía, por su felicidad. En algunos puntos nuestros ojos son heridos por una luz deslumbradora; pero aun cubren tinieblas espesas un inmenso horizonte. El alma del filósofo se reposa con consuelo sobre un pequeño número de objetos; pero el espectáculo de la estupidez, de la esclavitud, de la extravagancia y de la barbarie lo aflige más frecuentemente todavía, y el amigo de la humanidad no puede gozar del placer sin mezclas, sino abandonándose a las dulces esperanzas del porvenir.

Tales son los objetos que deben entrar en un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano. Procuraremos, al presentarlos, mostrar sobre todo el influjo de estos progresos sobre las opiniones y sobre el bienestar de la masa general de las diversas naciones en las diferentes épocas de su existencia política; mostrar qué verdades han conocido éstas, de qué errores han sido desengañadas, qué hábitos victoriosos han contraído, qué desenvolvimiento nuevo de sus facultades ha establecido una proporción más feliz entre estas facultades y sus necesidades, y desde un punto de vista opuesto, de qué prejuicio han sido esclavos, qué supersticiones religiosas o políticas se han introducido en ellos, por qué vicios los han corrompido la ignorancia y el despotismo, y a qué miserias les han sometido la violencia o su propia degradación.

Hasta aquí la historia política, como la de la filosofía y las ciencias, no ha sido la historia de algunos hombres lo que forma verdaderamente la especie humana; la masa de las familias que subsisten casi por entero de su trabajo ha sido olvidada, y aun en la clase de éstos que, entregados a profesiones públicas, actúan, no por ellos mismos, sino por la sociedad, cuya ocupación consiste en instruir, gobernar, defender y aliviar a los otras hombres, sólo los jefes han atraído las miradas de los historiadores.

Para la historia de los individuos basta con recoger los hechos; pero la de una masa de hombres no puede apoyarse sino sobre observaciones; y para escogerlas, para sorprender los rasgos esenciales, son ya precisas las luces y casi tanta filosofía como para emplearlos bien.

Por otra parte, estas observaciones tienen aquí por objeto cosas comunes que hieren todos los ojos, y que cada uno puede, cuando quiere, conocer por sí mismo. Así, casi todas las que han sido recogidas son debidas a viajeros y son hechas por extranjeros, porque estas cosas, tan triviales en el lugar donde existen, son para ellos un objeto de curiosidad. Ahora bien: desgraciadamente, estos viajeros son casi siempre observadores inexactos; ven los objetos con demasiada rapidez a través de los prejuicios de su país, y con frecuencia a través de los hombres con quienes se unen en relaciones en las regiones que recorren. Consultan con aquellos con quienes el azar les ha puesto en comunicación, y la respuesta está, casi siempre, dictada por el interés, por el espíritu de partido, por el orgullo nacional o por el humor del momento.

No es, pues, solamente a la bajeza de los historiadores, como se ha reprochado con frecuencia a los de la monarquía, a quienes es preciso atribuir la escasez de monumentos según los cuales se puede trazar esta parte, la más importante, de la historia de los hombres.

No se pueden suplir los prejuicios generales sino imperfectamente por el conocimiento de las leyes y de los principios prácticos de gobierno o por los de la religión.

En efecto: la ley escrita y la ley ejecutada; los principios de los que gobiernan y la manera como su acción es modificada por el espíritu de los gobernados; la institución tal como emana de los hombres que la forman y la institución realizada; la religión de los libros y la del pueblo; la universalidad aparente de un prejuicio y la adhesión real que obtiene, pueden diferir de tal modo que los efectos cesen absolutamente de responder a estas causas públicas y conocidas.

En esta parte de la historia de la especie humana, la más obscura y la más olvidada, y aquella para la cual nos ofrecen pocos materiales los monumentos, es en la que debemos fijarnos principalmente en este cuadro, y, sea que se dé cuenta de un descubrimiento, de una teoría importante, de un nuevo sistema de leyes o de una revolución política, se deberán determinar los

efectos que han debido resultar para la porción más numerosa de cada sociedad; porque es el verdadero objeto de la filosofía, ya que todos los efectos intermedios de estas mismas causas no pueden ser considerados sino como medios de actuar, en fin, sobre esta porción que constituye verdaderamente la masa del género humano.

Llegando a este último eslabón de la cadena es como llegan a ser útiles la observación de los acontecimientos pasados y los conocimientos adquiridos por la meditación. Al llegar a este término es como los hombres pueden apreciar sus títulos reales a la gloria, o gozar con un placer cierto de los progresos de su razón; aquí solamente es donde se puede juzgar del verdadero perfeccionamiento de la especie humana.

Esta idea de referirlo todo a este último punto está dictada por la justicia y por la razón; pero pudiéramos sentirnos tentados a considerarla como quimérica; sin embargo, no lo es; debe bastarnos para probarlo aquí con dos ejemplos sobresalientes.

La posesión de los objetos más comunes de consumo, que satisfacen con alguna abundancia las necesidades del hombre cuyas manos fertilizan nuestro suelo, es debida a los largos esfuerzos de una industria, secundada por la luz de las ciencias, y esta posesión se atribuye por la Historia a la victoria de Salamina, sin la cual las tinieblas del despotismo oriental amenazaban envolver la tierra entera. El marino que con una observación exacta de la longitud evita el naufragio, debe la vida a una teoría que, por una cadena de verdades, se remonta a los descubrimientos hechos en la escuela de Platón, y son considerados durante veinte siglos como una completa inutilidad.

DÉCIMA ÉPOCA

Los progresos futuros del espíritu humano.

Si el hombre puede predecir con una seguridad casi completa los fenómenos cuyas leyes conoce; si, aun cuando le sean éstas desconocidas, puede, por la experiencia del pasado, prever con una gran probabilidad los acontecimientos del porvenir, ¿por qué habría de considerarse como una empresa quimérica la de trazar con alguna verosimilitud el cuadro de los destinos futuros de la especie humana según los resultados de su historia? El único fundamento de la creencia en las ciencias naturales es esta idea de que las leyes generales, conocidas o ignoradas, que regulan los fenómenos del universo, son necesarias y constantes; y ¿por qué razón habría de ser este principio menos verdadero para el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y morales del hombre que para las restantes facultades de la naturaleza? En fin: puesto que opiniones formadas por la experiencia del pasado sobre objetos del mismo orden son la regla única de conducta de los hombres más sabios, ¿por qué habría de prohibirse al filósofo apoyar sus conjeturas sobre esta misma base, con tal de que no le atribuya una certidumbre superior a la que puede nacer del número, de la constancia y de la exactitud de las observaciones?

Nuestra esperanza sobre el porvenir de la especie humana puede reducirse a tres puntos importantes: la destrucción de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad en un mismo pueblo y, en fin, el perfeccionamiento real del hombre. Todas las naciones deben aproximarse algún día al estado de civilización a que han llegado los pueblos más ilustrados, los más libres, los más libertados de prejuicios, tales como los franceses y los angloamericanos. Esta distancia inmensa que separa estos pueblos de la servidumbre de las naciones sometidas a reyes, de la barbarie de las tribus africanas y de la ignorancia de los salvajes, ¿habrán de desvanecerse poco a poco?

¿Hay sobre el globo regiones a cuyos habitantes haya condenado la Naturaleza a no gozar jamás de la libertad ni ejercitar nunca su razón?

Esta diferencia de luces, de medios o de riqueza, observada hasta el presente en todos los pueblos civilizados, entre las diferentes clases que componen cada uno de ellos; esta desigualdad, que los primeros progresos de la variedad han aumentado y, por decirlo así, producido, ¿obedece a la civilización misma o a las imperfecciones actuales del arte social? ¿Debe debilitarse continuamente para dar lugar a esta igualdad de hecho, fin último del arte social, que, disminuyendo incluso los efectos de la diferencia natural de las facultades, no deja subsistir sino una desigualdad útil al interés de todos, porque favorecerá los progresos de la civilización, de la instrucción y de la industria, sin implicar ni dependencia, ni humillación, ni empobrecimiento? En una palabra; ¿se aproximarán los hombres a este estado en que todos tengan las luces necesarias para conducirse según su propia razón en los asuntos comunes de la vida y mantenerla exenta de prejuicios; para conocer bien sus derechos y ejercerlos según sus opiniones y su conciencia; en la que todos podrán, por el desenvolvimiento de sus facultades, obtener medios seguros de proveer a sus necesidades; en la que, en fin, la estupidez y la miseria no serán mas que accidentes y no el estado habitual de una porción de la sociedad?

En fin: la especie humana debe mejorarse, sea por nuevos descubrimientos en las ciencias y en las artes y por una consecuencia necesaria en los medios de bienestar particular y de prosperidad común, sea por progresos en los principios de conducta y en la moral práctica, sea, en fin, por el perfeccionamiento real de las facultades intelectuales, morales y físicas, que puede ser igualmente la consecuencia natural del perfeccionamiento de los instrumentos que aumentan la intensidad y

dirigen el empleo de estas facultades, o también del perfeccionamiento de la organización natural del hombre.

Respondiendo a estas tres cuestiones, encontraremos en la experiencia del pasado, en la observación de los progresos que las ciencias y la civilización han logrado hasta aquí, en el análisis de la marcha del espíritu humano y del desenvolvimiento de sus facultades, los motivos más fuertes para creer que la Naturaleza no ha puesto ningún temor a nuestras esperanzas.

Si echamos una ojeada sobre el estado actual del globo, veremos primeramente que en Europa los principios de la Constitución francesa son ya los de todos los hombres ilustrados. Los veremos demasiado extendidos y demasiado altamente profesados para que los esfuerzos de los tiranos y de los sacerdotes puedan impedirles penetrar poco a poco hasta en las cabañas de sus esclavos; y estos principios despertarán bien pronto un resto de buen sentido y esa sorda indignación que el hábito de la humillación y del terror no puede sofocar en el alma de los oprimidos.

Recorriendo en seguida estas diversas naciones, veremos en cada una qué obstáculos particulares se oponen a esta revolución o qué disposiciones la favorecen; distinguiremos aquellas en que ha de ser suavemente guiada por la sabiduría, tardía quizá, de sus gobiernos y aquellas otras en las que, hecha más violenta por su resistencia, debe arrastrarlos en estos movimientos terribles y rápidos.

¿Se puede dudar de que la sabiduría o las divisiones insensatas de las naciones europeas, secundando los efectos, lentos, infalibles, de los progresos de sus colonias, producirán bien pronto la independencia del Nuevo Mundo? Y desde ese momento, alcanzando la población europea aumentos rápidos sobre este inmenso territorio, ¿no debe civilizar o hacer desaparecer, aun sin conquista, las naciones salvajes que ocupan en él todavía vastas regiones?

Recorred la historia de nuestras empresas, de nuestros establecimientos en África o en Asia, y veréis nuestros monopolios de comercio, nuestras traiciones, nuestro menosprecio sanguinario por los hombres de otro color o de otra creencia, la insolencia de nuestras usurpaciones y el extravagante proselitismo o las intrigas de nuestros sacerdotes, destruir este sentimiento de respeto y de benevolencia que la superioridad de nuestras luces y las ventajas de muestro comercio habían obtenido primeramente.

Pero se aproxima el instante en que, cesando de mostrarles solamente corruptores o tiranos, nos convertiremos para ellos en instrumentos útiles o en generosos libertadores.

Estableciéndose en el inmenso continente de África el cultivo del azúcar se destruirá el vergonzoso bandidaje que la corrompe y la despuebla desde hace dos siglos.

Ya en la Gran Bretaña han dado el ejemplo algunos amigos de la humanidad; y si su Gobierno maquiavélico, forzado a respetar la razón pública, no ha osado oponerse, ¿qué no debe esperarse del mismo espíritu cuando, después de la reforma de una Constitución servil y venal, se haga digno de una nación humana y generosa? ¿No se apresurará Francia a imitar estas empresas, que han dictado igualmente la filantropía y el interés bien entendido de Europa? Las especierías han sido establecidas en las islas francesas, en la Guyana y en algunas posesiones inglesas, y bien pronto se verá la caída de este monopolio, que los holandeses han sostenido con tantas traiciones, vejaciones y crímenes. Estas naciones de Europa aprenderán, en fin, que las compañías no son sino un impuesto establecido sobre aquéllas para dar a sus gobiernos un nuevo instrumento de tiranía.

Entonces los europeos, limitándose a un comercio libre, demasiado ilustrado acerca de sus propios derechos para menospreciar los de los demás pueblos, respetarán esta independencia, que hasta aquí han violado con tanta audacia. Sus establecimientos, en lugar de llenarse de protegidos de los gobiernos, que a favor de un lugar o de un privilegio se apresuran a acumular tesoros por medio del bandidaje y la perfidia, para volver a Europa, donde comprar honores y títulos, se poblarán de hombres industriosos que irán a buscar en aquellos deliciosos climas el bienestar que no lograban en su patria. La libertad los retendrá allí, la ambición cesará de espolearlos, y aquellos

focos de bandidos se convertirán en colonias de ciudadanos, que esparcirán en el África y en el Asia los principios y el ejemplo de la libertad, las luces y la razón de Europa; a aquellos monjes que no llevaban a esos pueblos más que supersticiones vergonzosas y que los sublevaban amenazándolos con una nueva dominación, se verá sucederles hombres ocupados en esparcir entre esas naciones las verdades útiles a su felicidad e iluminarlos sobre sus intereses así como sobre sus derechos. El celo por la vendad es también una pasión, y guiará sus esfuerzos hacia lejanos lugares cuando no se vea rodeado de prejuicios groseros que combatir, de vergonzosos errores que disipar.

Estos países dilatados le ofrecerán pueblos numerosos que parecen no esperar para civilizarse sino a recibir de nosotros los medios para ello, y hallar hermanos en los europeos para convertirse en sus amigos y en sus discípulos. Allí, naciones esclavizadas por déspotas sagrados o conquistadores brutales, y que desde hace tantos siglos esperan a sus libertadores, venidos de fuera y no de entre las tribus salvajes que los rodean, a quienes la dureza de su clima aleja de las dulzuras de una civilización perfeccionada, mientras que esta misma dureza rechaza igualmente a aquellos que quisieran hacerles conocer sus ventajas, o de hordas conquistadoras que no conocen más ley que la fuerza, más oficio que el bandidaje. Los progresos de estas dos últimas clases de pueblos serán más lentos, acompañados de más tormentas; acaso reducidos a un número menor a medida que se vean rechazados por las naciones civilizadas, terminarán por desaparecer insensiblemente o perderse en su seno.

Mostraremos cómo estos acontecimientos serán una consecuencia infalible, no solamente de los progresos de Europa, sino hasta de la libertad que la República francesa y la de América septentrional poseen a la vez el interés más real y el poder de dar al comercio del África y del Asia; cómo deben nacer también necesariamente o de la nueva sabiduría de las naciones o de su adhesión tenaz a sus prejuicios mercantiles,

Haremos saber que una sola combinación, una nueva invasión del Asia por los tártaros podría impedir esta revolución, y que esta combinación es ya imposible. Sin embargo, todo prepara la pronta decadencia de estas grandes religiones del Oriente, que, casi por todas partes abandonadas al pueblo, participan del envilecimiento de sus ministros y ya están en muchas regiones reducidas a no ser, a los ojos de los hombres poderosos, sino invenciones políticas, y no amenazan ya con retener a la razón humana en una esclavitud sin esperanza y en una infancia eterna.

La marcha de estos pueblos sería más rápida y más segura que la nuestra, porque recibirían de nosotros lo que hemos sido obligados a descubrir y porque para conocer estas verdades simples, éstos métodos ciertos, a que no hemos llegado sino después de largos errores, les bastaría haber podido recoger sus desenvolvimientos y sus pruebas en nuestros discursos. Si los progresos de los griegos se han perdido para las otras naciones, es preciso atribuirlo a la falta de comunicación entre los pueblos y a la dominación tiránica de los romanos. Pero cuando las necesidades mutuas hayan aproximado a todos los hombres, las naciones poderosas colocarán la igualdad entre las sociedades lo mismo que entre los individuos, y el respeto por la independencia a los Estados débiles así como el sentimiento humanitario por la ignorancia y la misericordia, en el rango de sus principios políticos; en cuanto las máximas que tienden a comprimir el resorte de las facultades humanas hayan sido sustituidas por las que favorecen su acción y su energía, ¿se permitirá temer todavía que queden sobre el globo espacios inaccesibles a la luz, o que el orgullo del despotismo pueda oponer a la verdad barreras largo tiempo insuperables?

Llegará entonces el momento en que el Sol no iluminará sobre la tierra sino hombres libres, que no reconozcan otro dueño que su razón; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos o hipócritas instrumentos no existirán más que en la Historia o en el teatro; en que no ocuparán la atención sino para compadecer a sus víctimas y a aquellos a quienes engañaron; para mantener, por el horror de sus excesos, una útil vigilancia; para saber reconocer y sofocar bajo el peso de la razón los primeros gérmenes de la superstición y de la tiranía si osasen reaparecer alguna vez.

Recorriendo la historia de las sociedades habremos tenido ocasión de poner de relieve un gran intervalo entre los derechos que la ley reconoce a los ciudadanos y los derechos de que realmente gozan; entre la igualdad que se establece por las instituciones políticas y la que existe entre los individuos; habremos hecho notar que esta diferencia ha sido una de las principales causas de la destrucción de la libertad en las repúblicas antiguas, de las tormentas que las han perturbado y de la debilidad que las ha entregado a tiranos extranjeros.

Estas diferencias tienen tres causas principales: la desigualdad de la riqueza, la desigualdad de estado entre aquellos cuyos medios de subsistencia, asegurados para ellos mismos, se transmiten también a su familia, y aquellos para quienes estos medios son dependientes de la duración de su vida, o más bien de la parte de su vida en que son capaces para el trabajo; en fin: la desigualdad de la instrucción.

Será, pues, preciso mostrar que estas tres especies de desigualdades reales deben disminuir continuamente, sin aniquilarse, sin embargo, porque tienen causas naturales y necesarias, que sería absurdo y peligroso querer destruir, y tampoco se podría intentar hacer desaparecer enteramente sus efectos sin abrir fuentes de las desigualdades más fecundas y sin desencadenar sobre los derechos de los hombres los ataques más directos y más funestos.

Es fácil comprobar que las fortunas tienden naturalmente a la igualdad, y que su desproporción excesiva, o no puede existir, o debe cesar prontamente si las leyes civiles no establecen medios facticios de perpetuarlas y reunirlas; si la libertad del comercio y de la industria hace desaparecer la ventaja que toda ley prohibitiva y todo derecho fiscal dan a la riqueza adquirida; si los impuestos sobre las convenciones, las restricciones puestas a su libertad, el someterlas a formalidades embarazosas y, en fin, la incertidumbre y los gastos necesarios para obtener su ejecución no detienen la actividad del pobre y no deshacen sus débiles capitales; si la administración pública no abre a algunos hombres fuentes abundantes de opulencia cerradas al resto de los ciudadanos; si los prejuicios y el espíritu de avaricia, propios de la edad avanzada, no presiden a los matrimonios; si, en fin, por la simplicidad de las costumbres y la sabiduría de las instituciones, las riquezas no son medios de satisfacer la vanidad o la ambición, sin que, no obstante, una autoridad mal entendida no permita hacer de ella un medio de goces refinados y obligue a conservar las que han sido acumuladas.

Comparemos en las naciones ilustradas de Europa su población actual y la extensión de su territorio. Observemos en el espectáculo que presenta su cultura y su industria la distribución de los trabajos y de los medios de subsistencia, y veremos que sería imposible conservar estos medios en el mismo grado y, por una consecuencia necesaria, mantener la misma masa de población si un gran número de individuos cesasen de tener, para subvenir enteramente a sus necesidades o a las de su familia, algo más que su industria y lo que saquen de los capitales empleados en adquirirla o en aumentar el producto. Ahora bien: la conservación de unos y otros recursos depende de la vida y de la salud misma del jefe de cada familia; es, en cierto modo, una fortuna vitalicia o, aún más, dependiente del azar, y de ello resulta una diferencia muy real entre esta clase de hombres y aquellos otros cuyos recursos no están sujetos a los mismos riesgos, sea que la renta de una tierra o el interés de un capital casi independiente de su industria provea a sus necesidades.

Existe, pues, una causa necesaria de la desigualdad, de la dependencia y aun de la miseria que amenaza sin cesar a la clase más numerosa y más activa de nuestras sociedades.

Mostraremos que se la puede destruir en gran parte oponiendo el azar al azar mismo; asegurando al que alcanza la vejez un socorro producido por sus economías, pero aumentado por el de los individuos que, haciendo el mismo sacrificio, mueren antes del momento de necesitar recoger sus frutos; procurando, por efecto de una compensación semejante, a las mujeres y a los niños, para el momento en que pierdan a su esposo y a su padre, un recurso igual y adquirido al mismo precio, sea para las familias a que aflige una muerte prematura, sea para las que conservan a su jefe más largo tiempo; en fin: preparando a los niños que alcanzan la edad de trabajar por ellos mismos y de

fundar una familia nueva la ventaja de un capital necesario para el desenvolvimiento de su industria, y aumentándola a expensas de aquellos a quienes una muerte prematura impide llegar a este término. A la aplicación del cálculo a las probabilidades y a los empleos del dinero es a lo que se debe la idea de estos medios, ya empleados con éxito, sin haberlo sido nunca, no obstante, con esta extensión, con esta variedad de formas, que los haría verdaderamente útiles, no solamente para algunos individuos, sino para la masa entera de la sociedad, a la que librarían de esa ruina periódica de un gran número de familias, fuente siempre renaciente de corrupción y de miseria.

Haremos ver que esos establecimientos que pueden formarse a nombre de la potencia social y llegar a ser uno de sus mayores beneficios pueden ser también el resultado de asociaciones particulares que se formasen, sin ningún peligro cuando los principios según los cuales deban organizarse los establecimientos se hagan más populares y los errores que han destruido un gran número de estas asociaciones cesen de ser temidos por ellas.

Expondremos otros medios de asegurar esta igualdad, sea impidiendo que el crédito continúe siendo un privilegio exclusivamente atribuido a las grandes fortunas, dándole, sin embargo, una base no menos sólida, sea haciendo que los progresos de la industria y de la actividad comercial sean más independientes de la existencia de los grandes capitalistas, y también a la aplicación del cálculo se deberán estos medios.

La igualdad de instrucción que se puede esperar alcanzar, pero que debe también bastar, es la que excluye toda dependencia, forzada o voluntaria. Mostraremos, en el estado actual de los conocimientos humanos, los medios fáciles de llegar a este objeto, aun para estos que no pueden consagrar al estudio sino un pequeño número de sus primeros años y algunas horas de ocio en el resto de su vida. Haremos ver que por una feliz elección de los conocimientos mismos y de los métodos de enseñarlos se puede instruir a la masa entera de un pueblo de todo lo que cada hombre tiene derecho a saber para la economía doméstica, para la administración de sus negocios, para el libre desenvolvimiento de su industria y de sus facultades y para conocer sus derechos, defenderlos y ejercerlos; para instruirse en sus deberes, para poder llenarlos bien; para juzgar sus actos y los de los demás según sus propias luces y no ser extraño a ninguno de los sentimientos elevados y delicados que honran a la naturaleza humana; para no depender ciegamente de aquellos a quienes hay necesidad de confiar el cuidado de sus negocios o ejercicio de sus derechos; para poder escogerlos y vigilarlos; para no ser la víctima de esos errores populares que atormentan la vida con terrores supersticiosos y esperanzas quiméricas; para defenderse de los prejuicios con las solas armas de la razón; en fin: para escapar a los prestigios del charlatanismo, que tendería lazos a su fortuna, a su salud, a la libertad de sus opiniones y de su conciencia, bajo pretexto de enriquecerle, de curarle y de salvarle.

Desde ese momento, los habitantes de un mismo país, no distinguiéndose entre sí por el uso de una lengua más tosca o más refinada; pudiendo igualmente gobernarse por sus propias luces; no estando ya limitados al conocimiento maquinal de los procedimientos de un arte y a la rutina de una profesión; no dependiendo ya, ni para los menores asuntos ni para procurarse la menor instrucción, de hombres hábiles que los gobiernen por un ascendiente necesario, debe resultar una igualdad real, puesto que la diferencia de las luces o de los talentos no puede elevar ya una barrera entre hombres a quienes sus sentimientos, sus ideas y su lengua les permiten entenderse; y los unos podrán tener el deseo de ser instruidos por los otros, pero no la necesidad de ser conducidos por ellos; podrán querer confiar a los más ilustrados el cuidado de gobernarlos, pero no verse obligados a abandonarse a ellos con una ciega confianza.

Entonces es cuando esta superioridad llegará a ser una ventaja para los mismos que no participan de ella, porque existe para ellos y no contra ellos. La diferencia natural de las facultades entre los hombres cuyo sentimiento no ha sido cultivado produce, aun entre los salvajes, charlatanes y embaucadores, gentes hábiles y hombres fáciles de engañar: la misma diferencia existe sin duda en un pueblo en que la instrucción es verdaderamente general, pero no se da ya sino entre hombres

ilustrados y hombres de un espíritu recto que sienten el valor de las luces sin ser deslumbrados por ella; entre el talento o el genio y el buen sentido que sabe apreciarlos y gozarlos; y aun cuando esta diferencia fuera mayor, si se compara solamente la extensión de las facultades, no llegaría a ser menos insensible si no se comparan más que los efectos en las relaciones de los hombres entre sí, en lo que interesa a su independencia y a su felicidad.

Estas diversas causas de igualdad no actúan de una manera aislada: se unen, se penetran, se sostienen mutuamente, y de sus efectos combinados resulta una acción más fuerte, más segura, más constante. Si la instrucción es más igual, nace una mayor igualdad en la industria, y, por tanto, en las fortunas; y la igualdad de las fortunas contribuye necesariamente a la de la instrucción, mientras que la igualdad entre los pueblos y la que se establece para cada uno tienen también un influjo mutuo de la una sobre la otra.

En fin: la instrucción bien dirigida corrige la desigualdad natural de las facultades, en lugar de fortificarlas, como las buenas leyes remedian la desigualdad natural de los medios de subsistencia; como, en las sociedades en que las instrucciones hayan llevado a esta igualdad, la libertad, aunque sometida a una constitución regular, estará más extendida y será más completa que en la independencia de la vida salvaje. Entonces el arte social ha cumplido su fin: el de asegurar y extender para todos el goce de los derechos comunes a que son llamados por la Naturaleza.

Las ventajas reales que deben resultar de los progresos de que acabamos de mostrar una esperanza cierta no pueden tener otro término que el del perfeccionamiento mismo de la especie humana, puesto que, a medida que lo establezcan diversos géneros de igualdad, por medios más vastos de satisfacer a nuestras necesidades, por una instrucción más extensa y por una libertad más completa, más real será esta igualdad y más cerca estará de abrazar todo lo que interesa verdaderamente a la felicidad de los hombres.

Examinando, pues, la marcha y las leyes de este perfeccionamiento es como podemos solamente conocer la extensión o el término de nuestras esperanzas.

Nadie ha pensado jamás que el espíritu pueda agotar todos los hechos de la Naturaleza, ni los últimos medios de precisión en la medida y en el análisis de estos hechos, ni las relaciones de los objetos entre sí, ni todas las combinaciones posibles de las ideas. Las relaciones únicas de magnitud, las combinaciones de esta sola idea, la cantidad o la extensión forman un sistema demasiado inmenso para que jamás pueda el espíritu humano apoderarse de él por completo, para que no quede siempre desconocida una porción de ese sistema, siempre más vasta que aquella en que se haya penetrado. Pero se ha podido creer que, no pudiendo conocer el hombre jamás sino una parte de los objetos a los que la naturaleza de su inteligencia le permite alcanzar, debe encontrar, sin embargo, un término, en fin, en el que el número y la complicación de los que ya conoce hayan absorbido todas sus fuerzas y llegue a serle, por lo tanto, imposible todo nuevo progreso.

Pero como a medida que los hechos se multiplican el hombre aprende a clasificarlos y a reducirlos a hechos más generales; como los instrumentos y los métodos que sirven para observarlos, para medirlos con exactitud, adquieren al mismo tiempo una nueva precisión; como a medida que se conocen relaciones más múltiples entre un mayor número de objetos se llega a reducirlos a relaciones más extensas y a encerrarlos bajo expresiones más simples, a presentarlos bajo formas que permiten apoderarse de un mayor número, aun no poseyendo sino una misma intensidad intelectual y no empleando sino una misma fuerza de atención; como a medida que se eleva el espíritu a combinaciones más complicadas se le hacen bien pronto fáciles fórmulas más simples, las verdades cuyo descubrimiento ha costado más esfuerzo, que en un principio no pudieron ser entendidas sino por hombres capaces de meditaciones profundas, son bien pronto desenvueltas y probadas por métodos que no están ya por encima de una inteligencia común. Si los métodos que conducen a nuevas combinaciones se han agotado; si su aplicación a cuestiones no resueltas todavía exigen trabajos que exceden el tiempo o la inteligencia de los sabios, bien pronto métodos más generales y medios más simples vienen a abrir un nuevo campo al genio. El vigor y la

extensión real de la inteligencia humana permanecerán siendo los mismos; mas la lengua, que fija y determina las ideas, habrá podido adquirir más precisión y más generalidad; pero mientras en la mecánica no se puede aumentar la fuerza sino disminuyendo la velocidad, estos métodos, que dirigirán al genio en el descubrimiento de nuevas verdades, han aumentado igualmente su fuerza y la rapidez de sus operaciones.

En fin: estos cambios mismos, como son la conciencia necesaria del progreso en el conocimiento de las verdades de detalle, y como la causa que determina la necesidad de nuevos recursos produce al mismo tiempo los medios para obtenerlos, resulta que la masa real de las verdades que forma el sistema de las ciencias de observación, de experiencia o de cálculo puede aumentar sin cesar; y, sin embargo, todas las partes de este mismo sistema no podrían perfeccionarse sin cesar, suponiendo a las facultades del hombre la misma fuerza, la misma actividad y la misma extensión.

Aplicando estas reflexiones generales a las diferentes ciencias, daremos para cada una de ellas ejemplos de estos perfeccionamientos sucesivos, que no dejarán ninguna duda acerca de la certidumbre de los que debemos esperar. Indicaremos, particularmente para aquellos que el prejuicio considera como más cerca de agotarse, los progresos cuya esperanza es más probable y más próxima. Desenvolveremos todo lo que una aplicación más general de las ciencias del cálculo a todos los conocimientos humanos debe agregar, en cuanto a extensión, precisión y unidad, al sistema entero de estos conocimientos. Haremos notar cómo una transformación en cada país, proporcionando al mayor número de hombres los conocimientos elementales que pueden inspirarles el gusto de un género de estudios y la facilidad de hacer en él progresos, debe agregarse a estas esperanzas; cómo ellas aumentan todavía si una facilidad más general permite a un número mayor de individuos consagrarse a estas ocupaciones, puesto que, en efecto, apenas, en los países más ilustrados, la quinta parte de aquellos a quienes la Naturaleza ha dado aptitudes reciben la instrucción necesaria para desenvolverlas, y así, el número de hombres destinados a hacer retroceder los límites de las ciencias por sus descubrimientos debería entonces aumentar en esta misma proporción.

Mostraremos cómo esta igualdad de instrucción y la que debe establecerse entre las diversas naciones acelerarían la marcha de las ciencias, cuyos progresos dependen de observaciones repetidas en mayor número, extendidas sobre un territorio más vasto; todo lo que la Mineralogía, la Botánica, la Zoología y la Meteorología deben esperar; en fin, la enorme desproporción que existe para estas ciencias entre la debilidad de los medios que nos han conducido, sin embargo, a tantas verdades útiles e importantes, y la magnitud de los que el hombre podría emplear entonces.

Expondremos cómo en las mismas ciencias, en que los descubrimientos son el precio de la meditación únicamente, la ventaja de ser cultivadas por un número mayor de hombres puede contribuir todavía a sus progresos para esos perfeccionamientos de detalle que no exigen la fuerza intelectual necesaria a los inventores, y que se presentan por sí mismos a la simple reflexión.

Si pasamos a las artes cuya teoría depende de estas mismas ciencias, veremos que los progresos que deben seguir a los de esta teoría no deben tener otros límites; que los procedimientos de las artes son susceptibles del mismo perfeccionamiento y de las mismas simplificaciones que los métodos científicos; que los instrumentos, que las máquinas y los oficios se agregarán cada vez más a la fuerza y a la destreza de los hombres, aumentarán a la vez la perfección y la precisión de los productos, disminuyendo el tiempo y los trabajos necesarios para obtenerlos; entonces desaparecerán los obstáculos que se oponen todavía a estos mismos progresos, y los accidentes, que se aprenderá a prever y a prevenir, y la insalubridad, sea de los trabajos, sea de los hábitos, sea de los climas.

Entonces, de un espacio de terreno cada vez más reducido, de una masa de alimentos de mayor utilidad o de un valor más elevado se podrán obtener goces más extendidos con un menor consumo; el mismo producto de la industria responderá a una menor destrucción de las primeras

producciones o llegará a ser de un uso más duradero. Se sabrán escoger para cada suelo las producciones que son relativas a más necesidades; entre las producciones que pueden satisfacer la necesidad de un mismo género, las que satisfacen una más grande masa exigiendo menos trabajo y menos consumo nacional. Así, sin ningún sacrificio, los medios de conservación y de economía en el consumo seguirán a los progresos del arte de reproducir las diversas substancias, de prepararlas y de fabricar los productos.

Así, no solamente el mismo espacio de terreno podrá alimentar más individuos, sino que cada uno de ellos, menos penosamente ocupado, lo será de una manera productiva y podrá satisfacer mejor sus necesidades.

Pero en estos progresos de la industria y del bienestar, de los que resulta una proporción más ventajosa entre las facultades del hombre y sus necesidades, cada generación, sea por estos progresos, sea por la conservación de los productos de una industria anterior, es llamada a goces más extensos, y, por tanto, por una consecuencia de la constitución física de la especie humana, a un aumento en el número de los individuos; entonces, ¿no debe llegar un término en el que estas leyes, igualmente necesarias, vinieran a contrariarse y en que el aumento del número de los hombres sobrepuje el de sus medios y resultase necesariamente, si no una disminución continua de bienestar y de población, una marcha verdaderamente retrógrada, al menos una especie de oscilación entre el bien y el mal? Esta oscilación en las sociedades llegadas a este término, ¿no sería una causa siempre subsistente de miserias en cierta suerte periódicas? ¿No marcaría el límite en que toda mejora se haría imposible, y en cuanto a la perfectibilidad de la especie humana, el término que alcanzaría en la inmensidad de los siglos, sin poder jamás superarlos?

No hay persona, que no vea, sin duda, lo alejado que este tiempo está de nosotros; pero ¿deberemos alcanzarlo algún día? Es igualmente imposible pronunciarse a favor o en contra de la realidad futura de un acontecimiento que no se realizaría sino en una época en que la especie humana hubiera adquirido necesariamente luces de las que apenas podemos formarnos una idea. Y ¿quién, en efecto, osaría adivinar lo que debe llegar a ser un día el arte de convertir los elementos en substancias propias para nuestro uso?

Pero, suponiendo que este momento debiese llegar, no resultaría nada temeroso, ni para la felicidad de la especie humana ni para su perfectibilidad indefinida, si se supone que antes de este tiempo los progresos de la razón hayan marchado a la par con los de las ciencias y las artes, que los ridículos prejuicios de la razón hayan cesado de extender sobre la moral una austeridad que la corrompe y la degrada, en lugar de depurarla y de elevarla; los hombres sabrán entonces que, si tienen obligaciones respecto de los seres que no existen todavía, estas obligaciones no consisten en darles la existencia, sino la felicidad: tienen por objeto el bienestar general de la especie humana o de la sociedad en que viven y de la familia a que están adscritos, y no la idea pueril de cargar la tierra con seres inútiles y desgraciados. Pudiera, pues, haber un límite para la masa posible de las subsistencias, y, por consiguiente, para la mayor población posible, sin que resultase de ello esta destrucción prematura, tan contraria a la Naturaleza y a la prosperidad social, de una parte de los seres que han recibido la vida.

Como el descubrimiento, o, más bien, el análisis exacto de los primeros principios de la Metafísica, de la Moral y de la Política es todavía reciente y había sido precedido por el conocimiento de un gran número de verdades de detalle, el prejuicio de que han alcanzado por ello su límite último se ha establecido fácilmente; se ha supuesto que no había ya nada que hacer porque no quedaban ya errores groseros que destruir ni verdades fundamentales que establecer.

Pero es fácil de ver lo imperfecto que es todavía el análisis de las facultades intelectuales y morales del hombre. El conocimiento de los deberes, que supone el del influjo de sus acciones sobre el bienestar de sus semejantes, sobre la sociedad de que es miembro, puede extenderse todavía por una acción más fija, más profunda y más precisa de este influjo; como asimismo el resto de las cuestiones que resolver y de las relaciones sociales que examinar, para conocer con exactitud la

extensión de los derechos individuales del hombre y de los que el estado social da a todos respecto de cada uno. ¿Se han establecido hasta aquí con alguna precisión los límites de estos derechos, sea entre las diversas sociedades en tiempos de guerra, sea de estas sociedades sobre sus miembros en los tiempos de perturbación y de división, sea, en fin, los de los individuos y de las reuniones espontáneas, en el caso de una formación libre y primitiva o de una separación hecha necesaria?

Si pasamos ahora a la teoría que debe dirigir la aplicación de estos principios y servir de base para el arte social, ¿no se ve la necesidad de alcanzar una precisión de la que estas verdades primeras no pueden ser susceptibles, en su generalidad absoluta? ¿Hemos llegado al punto de dar por base a todas las disposiciones legales o la justicia o una utilidad probada y reconocida, y no la visión vaga, incierta y arbitraria de pretendidas ventajas políticas? ¿Hemos fijado nosotros reglas precisas para escoger con seguridad, entre el número, casi infinito, de combinaciones posibles en las que los principios generales de la igualdad y de los derechos naturales serían respetados, aquellas que más aseguran la conservación de estos derechos, dejan a su ejercicio y a su goce una extensión mayor y garantizan mejor el reposo y el bienestar de los individuos y la fuerza, la paz y la prosperidad de las naciones?

La aplicación del cálculo de las combinaciones y de las probabilidades a estas mismas ciencias promete progresos tanto más importantes cuanto que ella es a la vez el único medio de dar a sus resultados una precisión casi matemática y de apreciar sus grados de certidumbre o de verosimilitud. Los hechos en que se apoyan estos resultados pueden muy bien, sin cálculo, y por la sola observación, conducir algunas veces a verdades generales, averiguar si el efecto producido por tal causa ha sido favorable o contrario; pero si estos hechos no han podido ser ni contados ni pesados; si estos efectos no han podido ser sometidos a una medida exacta, entonces no se podrá conocer la del bien o el mal que resulte de esta causa; y si la una y la otra se compensan, con alguna igualdad; si la diferencia no es muy grande, no se podrá decidir con alguna certidumbre de qué lado se inclina la balanza. Sin la aplicación del cálculo sería con frecuencia imposible escoger con alguna seguridad entre dos combinaciones formadas para obtener el mismo fin, cuando las ventajas que presentan no llaman la atención por una desproporción evidente. En fin: sin este mismo socorro estas ciencias permanecerían siempre groseras y limitadas, faltas de instrumentos bastante acabados para apoderarse de la verdad fugitiva y de máquinas bastante seguras para alcanzar la profundidad en que se oculta una parte de sus riquezas.

Sin embargo, esta aplicación, a pesar de los esfuerzos felices de algunos geómetras, no es todavía, por decirlo así, sino sus primeros elementos, y debe abrir a las generaciones siguientes una parte de luz tan inextinguible como la ciencia misma del cálculo y el número de las combinaciones, de las relaciones y de los hechos que se les puede someter.

Es otro progreso de esta ciencia, no menos importante, el perfeccionamiento de su lengua, tan vaga todavía y tan obscura. Ahora bien: a este perfeccionamiento es al que pueden deber la ventaja de llegar a ser verdaderamente populares aun en sus primeros elementos. El genio triunfa de estas inexactitudes de las lenguas científicas lo mismo que de los otros obstáculos; reconoce la verdad a pesar de la máscara extranjera que la oculta o que la disfraza; pero quien no puede consagrar a su instrucción sino unos pocos instantes, ¿podrá adquirir y conservar estas nociones simples si están designadas por un lenguaje inexacto? Mientras menos pueda él reunir y combinar las ideas, más necesidad tendrá de que sean justas y precisas; él no puede encontrar en su propia inteligencia un sistema de verdades que la defiendan contra el error, y su espíritu, que no ha fortificado ni refinado por un largo ejercicio, ni puede recoger las débiles vislumbres que se escapan a través de las obscuridades, ni los equívocos de una lengua imperfectamente viciosa.

Los hombres no podrán ilustrarse sobre la naturaleza y el desenvolvimiento de sus sentimientos morales, sobre los principios de la moral, sobre los motivos naturales de conformar con ellos sus actos, sobre los intereses, sea como individuos, sea como miembros de una sociedad, sin hacer también en la moral práctica progresos no menos reales que los de la ciencia misma. El

interés mal entendido, ¿no es la causa más frecuente de los actos contrarios al bien general? La violencia de las pasiones, ¿no es, con frecuencia, de los hábitos de los cuales no nos desprendemos sino por un falso cálculo, o la ignorancia de los medios de resistir a sus primeros movimientos, de suavizarlos, de desviarlos o de dirigir su acción?

El hábito de reflexionar sobre su propia conducta, de interrogar y de escuchar su razón y su conciencia, y el hábito de los sentimientos dulces que confunden nuestra dicha con la de los otros, ¿no son una consecuencia necesaria del estudio y de la moral bien dirigida y de una mayor igualdad en las condiciones del pacto social? Esta conciencia de su dignidad, que corresponde al hombre libre, y una educación fundada sobre un conocimiento profundo de nuestra constitución moral, ¿no deben hacer comunes a casi todos los hombres estos principios de una justicia rigurosa y pura, estos movimientos habituales de una benevolencia activa, ilustrada y de una sensibilidad delicada y generosa, de los que la Naturaleza ha colocado el germen en todos los corazones y que no esperan para desenvolverse sino el dulce influjo de las luces y de la libertad? Lo mismo que las ciencias matemáticas y físicas sirven para perfeccionar las artes empleadas para nuestras necesidades más simples, ¿no está igualmente en el orden necesario de la Naturaleza que los progresos de las ciencias morales y políticas ejerzan la misma acción sobre los motivos que dirigen nuestros sentimientos y nuestras acciones?

El perfeccionamiento de las leyes y de las instituciones públicas, consecuencia de los progresos de estas ciencias, ¿no tiene por efecto aproximar e identificar el interés común de cada hombre con el interés común de todos? El fin del arte social, ¿no consiste en destruir esta oposición aparente? Y el país cuya constitución y cuyas leyes se conformarán más exactamente con la voz de la razón y de la Naturaleza ¿no será aquel en que la virtud sea más fácil y las tentaciones para desviarse de ella sean más raras y más débiles?

¿Cuál es el hábito vicioso, el uso contrario a la buena fe, cuál es incluso el crimen del que no pueda mostrarse el origen, la causa primera, en la legislación, en las instituciones y en los prejuicios del país en que se observa este uso, este hábito o donde este crimen se ha cometido?

En fin: el bienestar que sigue al progreso que realizan las artes útiles, apoyándose en una sana teoría, o el de una legislación justa, que se funda sobre las verdades de las ciencias políticas, ¿no dispone a los hombres a la humanidad, a la beneficencia y a la justicia?

Todas estas observaciones, en fin, que nos proponemos desenvolver en la obra misma, ¿no prueban que la bondad moral del hombre, resultado necesario de su organización, es, como todas las demás facultades, susceptible de un perfeccionamiento indefinido, y que la Naturaleza liga, por una cadena indisoluble, la verdad, la felicidad y la virtud?

Entre los progresos del espíritu humano más importantes para la felicidad general debemos contar la entera destrucción de los prejuicios que han establecido entre los dos sexos una desigualdad de derechos funesta para el mismo que favorecen. En vano se buscarían motivos para justificarla por las diferencias de su organización física o por las que quisiera encontrarse en la fuerza de su inteligencia o de su sensibilidad moral. Esta desigualdad no ha tenido otro origen que el abuso de la fuerza, y en vano se ha querido luego excusar mediante sofismas.

Mostraremos cómo la destrucción de los usos autorizados por este prejuicio y de las leyes que ha dictado puede contribuir a aumentar la felicidad de las familias, a hacer comunes las virtudes domésticas, primer fundamento de todas las demás, a favorecer los progresos de la instrucción, y sobre todo a hacerla verdaderamente general, sea porque se extendería a los dos sexos con más igualdad, sea porque no puede llegar a ser general, ni aun para los hombres, sin el concurso de las madres de familia. Este homenaje de buen sentido, rendido al fin, tardíamente, a la equidad y a la sensatez, ¿no cegaría una fuente demasiado fecunda de injusticias, de crueldades y de crímenes, haciendo desaparecer una oposición tan peligrosa entre la inclinación natural más viva y más difícil de reprimir, y los deberes del hombre o los intereses de la sociedad? ¿No produciría, en fin, esto que nunca ha sido hasta aquí sino una quimera, costumbres nacionales dulces y puras, formadas, no de

privaciones orgullosas, de apariencias hipócritas, de reservas impuestas por el temor de la vergüenza o los terrores religiosos, sino de hábitos libremente contraídos, inspirados por la Naturaleza y declarados por la razón?

Los pueblos más ilustrados, defendiendo sus derechos de disponer por sí mismos de su sangre y de sus riquezas, aprenderán poco a poco a considerar la guerra como el azote más funesto, como el mayor de los crímenes. Se verá primeramente desaparecer aquellas a que los usurpadores de la soberanía de las naciones las arrastran por pretendidos derechos hereditarios.

Los pueblos sabrán que no pueden hacerse conquistadores sin perder su libertad; que las confederaciones perpetuas son el único medio de mantener su independencia; que deben buscar la seguridad y no el poder. Poco a poco se disiparán los prejuicios comerciales, y el falso interés perderá el odioso poder de ensangrentar la tierra y de arruinar las naciones bajo pretexto de enriquecerlas. Como los pueblos se aproximarán, en fin, dentro de los principios de la política y la moral; como cada uno de ellos, en ventaja propia, llamará a los extranjeros para un reparto más igualitario de los bienes que debe a la Naturaleza o a su industria, todas estas causas que producen, envenenan y perpetúan los odios nacionales se desvanecerán poco a poco; no proporcionarán al furor bélico ni alimento ni pretexto.

Instituciones mejor combinadas que estos proyectos de paz perpetua, que han ocupado el ocio y consolado el alma de algunos filósofos, acelerarán los progresos de esta fraternidad de las naciones, y las guerras entre los pueblos, como los asesinatos, entrarán en el número de esas atrocidades extraordinarias que humillan y repugnan a la naturaleza y que imprimen un largo oprobio sobre el país y sobre el siglo cuyos anales han sido mancillados.

Hablando de las bellas artes en Grecia, en Italia y en Francia hemos observado ya que era preciso distinguir en sus producciones lo que pertenece realmente a los progresos del arte y lo que no era debido sino al talento del artista. Indicaremos aquí los progresos que deben esperar todavía las artes, sea de los de la Filosofía y las ciencias, sea de las observaciones más numerosas y más profundas sobre el objeto, sobre los efectos y sobre los medios de estas últimas artes, sea, en fin, de la destrucción de los prejuicios que han estrechado su esfera, y que las retienen todavía bajo este yugo de la autoridad que las ciencias y la Filosofía han quebrantado. Examinaremos si, como se ha creído, estos medios deben agotarse porque las bellezas más sublimes o más conmovedoras hayan sido recogidas; porque hayan sido tratados los temas más felices; porque se hayan empleado, se hayan trazado los caracteres más fuertemente pronunciados y los más generosos; porque se hayan puesto en práctica las más enérgicas pasiones, sus expresiones más naturales o más verdaderas, las verdades más imponentes, y las imágenes más brillantes hayan de estar condenadas en adelante, cualquiera que sea la fecundidad que se suponga en sus medios, a la eterna monotonía de la imitación de los primeros modelos.

Haremos ver que esta opinión no es sino un prejuicio, nacido del hábito que tienen los literatos y los artistas de juzgar a los hombres en vez de gozar de las obras; que si se debe perder algo de este placer reflexivo, nacido de la comparación de las producciones de los diferentes siglos o de los diversos países y por la admiración que excitan los esfuerzos o los éxitos del genio, sin embargo, los goces que proporcionan estas producciones, consideradas en sí mismas, deben ser también vivos, aun cuando aquel a quien se deben hubiera tenido menos mérito en elevarse hasta esta perfección. A medida que estas producciones, verdaderamente dignas de ser conservadas, se multipliquen y se hagan más perfectas, cada nación manifestará su curiosidad y su admiración por aquellas que merezcan la preferencia, mientras que insensiblemente caerán las otras en el olvido; y estos goces, debidos a estas bellezas más simples, más llamativas, que han sido observadas primeramente, no existirán menos para las nuevas generaciones cuando no las deban encontrar sino en producciones más modernas.

Los progresos de las ciencias aseguran los progresos del arte de instruir, que a su vez aceleran los de las ciencias; y este influjo recíproco, cuya acción se renueva sin cesar, debe ser colocado en

el número de las causas más activas y más poderosas del perfeccionamiento de la especie humana. Hoy, un joven, al salir de nuestras escuelas, sabe en matemáticas más de lo que Newton había aprendido tras de profundos estudios, de lo que había descubierto con su genio; sabe manejar los instrumentos del cálculo con una facilidad entonces desconocida. La misma observación puede aplicarse a todas las ciencias, aunque con alguna desigualdad. A medida que cada una de ellas se agrande, los medios de encerrar en un menor espacio las pruebas de un mayor número de verdades y de facilitar su inteligencia se perfeccionan igualmente. Así, no solamente, a pesar de los nuevos progresos de las ciencias, los hombres de un genio igual vuelven a encontrarse, en la misma época de su vida, en el nivel del estado actual de la ciencia, sino que, para cada generación, lo que con una misma energía intelectual y una misma atención puede aprenderse en el mismo espacio de tiempo aumentará necesariamente, y la porción elemental de cada ciencia, aquella a la cual todos los hombres pueden alcanzar, extendiéndose cada vez más, encerrará de un modo más completo lo que puede ser necesario saber a cada uno para dirigirse en la vida común y para ejercitar su razón con una entera independencia.

En las ciencias políticas hay un orden de verdades que, sobre todo en los pueblos libres —es decir, en ciertas generaciones de todos los pueblos—, no pueden ser útiles sino cuando son generalmente conocidas y declaradas. Así, el influjo del progreso de estas ciencias sobre la libertad y sobre la prosperidad de las naciones debe, en cierto modo, medirse por el número de estas verdades, que, por efecto de una instrucción elemental, llegan a ser comunes a todos los espíritus; así, los progresos, siempre crecientes, de esta instrucción elemental, ligados por su parte a los progresos necesarios de estas ciencias, nos responden de una mejora en los destinos de la especie humana, que puede ser considerada indefinida, puesto que no tiene otros límites que los de estos mismos progresos.

Nos queda ahora que hablar de dos medios generales que deben influir a la vez sobre el perfeccionamiento del arte de instruir y sobre el de las ciencias: el uno es el empleo más extenso y menos imperfecto de los que se pueden llamar métodos técnicos, y el otro, la institución de una lengua universal.

Entiendo por métodos técnicos el arte de reunir un gran número de objetos bajo una disposición sistemática que permite ver en un golpe de vista sus relaciones, sorprender rápidamente las combinaciones y formar más rápidamente otras nuevas.

Desenvolveremos los principios, haremos sentir la utilidad de este arte, que está todavía en su infancia, y que puede, perfeccionándose, ofrecer la ventaja de reunir en el pequeño espacio de un cuadro lo que sería con frecuencia difícil hacer entender tan prontamente ni tan bien en un libro extenso, o bien ofrecer el medio, más precioso todavía, de presentar los hechos aislados en la disposición más propia para deducir hechos generales. Expondremos cómo, con el auxilio de un pequeño número de estos cuadros, cuyo uso será fácil aprender, los hombres que no han podido elevarse por encima del nivel de la instrucción más elemental para apropiarse el conocimiento de los detalles útiles en la vida, cómo podrán encontrarlos a voluntad cuando experimenten la necesidad; cómo, en fin, el uso de estos mismos métodos puede facilitar la instrucción elemental en todos los géneros en que esta instrucción se funda sobre un orden sistemático de verdades o sobre una serie de observaciones o de hechos.

Una lengua universal es la que expresa por signos de objetos reales o de colecciones bien determinadas que, compuestas de ideas simples y generales, permanecen siendo las mismas o pueden formarse igualmente en el entendimiento de todos los hombres, sea, en fin, por signos de las relaciones generales de estas ideas, de las operaciones del espíritu humano, de las que son propias de cada ciencia o de los procedimientos de las artes. Así, los hombres que conociesen estos signos, el método para combinarlos y las leyes de su formación, entenderían lo que estuviera escrito en esa lengua y lo expresarían con una igual facilidad en la lengua común en su país.

Se ve que esta lengua podría ser empleada para exponer la teoría de una ciencia o las reglas de un arte; para dar cuenta de una experiencia o de una observación nueva; de la invención de un procedimiento, del descubrimiento, sea de una verdad, sea de un método; que, como el Álgebra, cuando se viese obligada a servirse de signos nuevos, los ya conocidos darían los medios de explicar su valor.

Tal lengua no tendría el inconveniente de un idioma científico diferente del lenguaje común. Hemos observado ya que el uso de este idioma dividiría necesariamente la sociedad en dos clases desiguales entre sí: una, compuesta de los hombres que conocieran este idioma y tuvieran así la clave de todas las ciencias; y la otra, de los que, no habiendo podido aprenderla, se encontrarían en la casi absoluta imposibilidad de adquirir las luces. Aquí, por el contrario, la lengua universal se aprendería con la ciencia misma, como ocurre con la del Álgebra; se conocería el signo al mismo tiempo que el objeto, la idea o la operación que designe. Aquel que habiendo aprendido los elementos de una ciencia quisiera penetrar más adelante, encontraría en los libros, no solamente las verdades que puede entender con el auxilio de los signos de los que conoce ya su valor, sino la explicación de los nuevos signos, de los que hay necesidad para elevarse a otras verdades.

Mostraremos que la formación de tal lengua, si se limita a expresar proposiciones simples, precisas, como las que forman el sistema de una ciencia o la práctica de un arte, no sería una idea quimérica; que la misma ejecución sería ya fácil para un gran número de objetos; que el obstáculo más real que impediría extenderla a otros sería la necesidad, un poco humillante, de reconocer qué poca abundancia tenemos de ideas precisas y de nociones bien determinadas y bien convenidas entre los espíritus.

Indicaremos cómo perfeccionándose sin cesar, adquiriendo cada día más extensión, serviría para llevar sobre todos los objetos que abraza la inteligencia humana un rigor y una precisión que haría fácil el conocimiento de la verdad y casi imposible el error. Entonces la marcha de cada ciencia tendría la seguridad de la marcha de la ciencia matemática, y las proposiciones que forman el sistema, toda la certidumbre geométrica, es decir, toda la que permite la naturaleza de su objeto y de su método.

Todas estas causas del perfeccionamiento de la especie humana, todos estos medios que lo aseguran, deben, por su naturaleza, ejercer una acción siempre activa y adquirir una extensión siempre creciente,

Hemos expuesto las pruebas, que en la obra misma recibirán, por su desenvolvimiento, una fuerza mayor; podremos, pues, concluir ya que la perfectibilidad del hombre es indefinida; y, sin embargo, hasta aquí no le hemos supuesto sino las mismas facultades naturales, la misma organización. ¿Cuál no sería, pues, la certidumbre y la extensión de sus esperanzas si se pudiese creer que estas mismas facultades naturales, esta organización son también susceptibles de mejorarse? Y ésta es la última cuestión que nos queda por examinar.

La perfectibilidad o la degeneración orgánica de las razas en los vegetales y en los animales puede ser como una de las leyes generales de la Naturaleza.

Esta ley se extiende a la especie humana, y nadie dudará de que el progreso en la medicina conservadora, el uso de alimentos y de alojamientos más sanos, una manera de vivir que desenvolviese las fuerzas por el ejercicio sin destruirlas por los excesos, y, en fin, la destrucción de las dos causas más activas de la degradación, la miseria y la riqueza excesiva, deban prolongar para los hombres la duración de la vida común y asegurarles una salud más constante y una constitución más robusta. Se comprende que los progresos de la medicina conservadora, cada vez más eficaces por los de la razón y el orden social, deben hacer desaparecer a la larga las enfermedades transmisibles o contagiosas y estas enfermedades generales que deben su origen al clima, a los alimentos y a la naturaleza de los trabajos.

No sería difícil de probar que esta esperanza debe extenderse a todas las demás enfermedades, cuyas causas lejanas es verosímil que sepan siempre averiguar. ¿Sería absurdo ahora suponer que

este perfeccionamiento de la especie humana debe ser siempre considerado como susceptible de un progreso indefinido, que debe llegar un tiempo en que la muerte no sea sino el efecto, o de accidentes extraordinarios, o de la destrucción cada vez más lenta de las fuerzas vitales, o que, en fin, la duración del intervalo medio entre el nacimiento y esta destrucción no tenga ningún término asignable? Sin duda que el hombre no llegará a ser inmortal; pero la distancia entre el momento en que comienza a vivir y la época en que, naturalmente, sin enfermedad, sin accidente, experimenta la dificultad de subsistir, ¿no puede aumentarse sin cesar? Como hablamos aquí de un progreso susceptible de ser representado con precisión por cantidades numéricas o por líneas, éste es el momento en que conviene desenvolver los dos sentidos de que es susceptible la palabra *indefinido*.

En efecto: esta duración media de la vida, que debe aumentar sin cesar a medida que nos sumerjamos en el porvenir, puede recibir aumentos siguiendo una ley tal que se aproxime continuamente a una extensión ilimitada sin poder alcanzarla jamás, o bien siguiendo una ley tal que esta misma duración pueda adquirir en la inmensidad de los siglos una extensión más grande que una cantidad determinada cualquiera que se le haya asignado por límite. En este último caso los aumentos son realmente indefinidos, en el sentido más absoluto, puesto que no existen límites más acá de los cuales deban detenerse.

En el primero lo son también en relación con nosotros, si no podemos fijar este término que no pueden alcanzar jamás y al que deben siempre aproximarse, sobre todo si, conociendo solamente que no deben detenerse, ignoramos aún en cuál de estos dos sentidos debe aplicárseles el término de indefinido, y tal es precisamente el término de nuestros conocimientos actuales sobre la perfectibilidad de la especie humana; tal es el sentido en que podemos llamarla indefinida.

Así, en el ejemplo que se considera aquí, debemos creer que esta duración media de la vida humana debe crecer sin cesar si no se oponen revoluciones físicas, pero ignoramos cuál es el término que no debe nunca sobrepujar, y aun ignoramos si las leyes de la Naturaleza han determinado alguno más allá del cual no pueda ésta extenderse.

Pero las facultades físicas, la fuerza, la destreza y la finura de los sentidos, ¿no están en el número de estas cualidades cuyo perfeccionamiento individual puede transmitirse? La observación de las diversas razas de animales domésticos debe llevarnos a creerlo, y podemos confirmarlo por observaciones directas realizadas sobre la especie humana.

En fin: ¿pueden extenderse estas mismas esperanzas hasta las facultades intelectuales? Y nuestros padres, que nos han transmitido las ventajas o los vicios de su conformación, de quienes tenemos los rasgos distintivos de la figura y las disposiciones a ciertas afecciones físicas, ¿no podrán transmitirnos también esta parte de la organización física de que dependen la inteligencia, la potencia cerebral, la energía del alma, la sensibilidad moral? ¿No es verosímil que la educación, perfeccionando estas cualidades, influya sobre esta misma organización, la modifique y la perfeccione? La analogía, el análisis del desenvolvimiento de las facultades humanas y aun algunos hechos parecen probar la realidad de estas conjeturas, que harían retroceder más todavía los límites de nuestras esperanzas.

Tales son las cuestiones cuyo examen debe terminar esta última época; y este cuadro de la especie humana libertada de todas sus cadenas, substraída al imperio del azar y al de los enemigos de su progreso, y marchando con paso firme y seguro por la ruta de la verdad, de la virtud y de la dicha, ¡cómo presenta al filósofo un espectáculo que le consuela de los errores, de los crímenes y de las injusticias de que la tierra está todavía mancillada y de las cuales él mismo es víctima con frecuencia! En la contemplación de este cuadro recibe el premio de sus esfuerzos por los progresos de la razón y por la defensa de la libertad. Osa entonces ligarlos en la cadena eterna de los destinos humanos; allí encuentra la verdadera recompensa de la virtud, el placer de haber hecho un bien durable, que la fatalidad no destruirá ya sino por una compensación funesta, resucitando los prejuicios y la esclavitud. Esta contemplación es para él un asilo, en el que el recuerdo de sus perseguidores no puede perseguirle, o en el que, viviendo por el pensamiento con el hombre

restablecido en sus derechos como en la dignidad de su naturaleza, olvida lo que atormenta y corrompe la avidez, el temor o la envidia; allí es donde él existe verdaderamente con sus semejantes en un Elipse que su razón ha sabido crear y que su amor por la humanidad embellece con los más puros goces.[1]

---

1 En el tomo VIII de la temprana edición de las *Obras Completas* de Condorcet (París 1804), se agregó a esta obra otros dos textos: *Fragments de l'Histoire de la quatrième époque*, y *Fragment sur l'Atlantide, ou efforts combinés de l'espèce humaine pour le progrès des sciences*. Fueron escritos por el autor tras concluir el *Bosquejo*, y constituirían sus primeros desarrollos en aras de la obra definitiva. Su encarcelamiento y casi inmediata muerte impidieron llevarla a cabo. (Nota del editor digital.)

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*

488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l’Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España*, *Para la comprensión de España*, *y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*

438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*

388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*

338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*

238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*

188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*

138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*

88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*

38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)